



DAVE EGGERS

Los monstruos



Lectulandia

En una versión libre del cuento clásico infantil *Donde viven los monstruos* (*Where The Wild Things Are*) de Maurice Sendak y a partir del guion de Dave Eggers y Spike Jonze de su adaptación cinematográfica, *Los monstruos* es una novela sobre la confusión de un niño, Max, que se abre paso en un mundo que no puede controlar. Su padre se ha marchado, su madre pasa el tiempo con su joven novio y su hermana está entrando en la adolescencia y ya no se interesa por él. Al mismo tiempo, Max se descubre capaz de asombrosos actos de rebeldía: se disfraza de lobo y muerde a su madre, y no siempre logra dominar sus arrebatos.

Durante una pelea en casa, Max huye corriendo al bosque. Allí encuentra una barca, sube a bordo y acaba en mar abierto, a la deriva. Desembarca en la isla de los monstruos y pronto se convierte en su rey. Pero las cosas se complican cuando Max comprende que los monstruos esperan tanto de él como él de ellos.

Lectulandia

Dave Eggers

Los monstruos

ePub r1.0

Leddy 29.04.2018

Título original: *The Wild Things*
Dave Eggers, 2009
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz
Ilustraciones: Rachell Sumpter
Diseño de cubierta: Rachell Sumpter

Editor digital: Leddy
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA



5 ANIVERSARIO


epublibre

*Para Maurice Sendak,
una bellísima persona de inefable valentía*

Acompañando cada jadeo de Stumpy, Max persiguió a su perro blanco como una nube por el pasillo de arriba y escaleras de madera abajo hasta el frío vestíbulo abierto. Max y Stumpy lo hacían a menudo, eso de corretear y pelearse por la casa, aunque la madre y la hermana de Max, las otras dos residentes del hogar, no apreciaban el volumen y violencia del juego. El padre de Max vivía en la ciudad y telefoneaba los miércoles y los domingos, pero no siempre.

Max arremetió contra Stumpy, erró la embestida, salió disparado hacia la puerta delantera y volcó la canasta-tirador. La canasta-tirador era un pequeño recipiente de mimbre que a Max le parecía una tontería pero que su madre insistía en tener en el tirador de la puerta principal porque daba buena suerte. La canasta servía sobre todo para caerse y aterrizar en el suelo, donde a menudo la pisaban. De modo que Max tiró la canasta y luego Stumpy la pisó, atravesando el fondo con la pata y produciendo un desafortunado ruido de mimbre roto. Max se preocupó un segundo, pero enseguida la visión de Stumpy tratando de pasearse por la casa con la cesta enganchada en la pata eclipsó cualquier preocupación. Max se rió sin parar. Cualquiera con dos dedos de frente habría captado la gracia de la situación.

—¿Piensas pasarte el día trasteando? —preguntó Claire, irguiéndose de pronto por encima de Max—. Solo llevas en casa diez minutos.

Su hermana Claire tenía catorce años, casi quince, y Max ya no le interesaba, al menos de forma constante. Ahora Claire iba al instituto y ya no le atraían las cosas que antes les gustaba hacer juntos —incluido el Lobo y el Amo, un juego que Max seguía considerando digno—. Claire había adoptado un tono de descontento y enojo perpetuo hacia todo lo que hacía Max y hacia casi todas las cosas que existían en el mundo.

Max no contestó a la pregunta de Claire; cualquier respuesta le daría problemas. Si respondía «No», implicaría que había estado trasteando, y si decía «Sí», significaría no solo que había sido un trasto y así lo admitía, sino que tenía intención de seguir siéndolo.

—Será mejor que te esfumes —le aconsejó Claire, repitiendo una de las expresiones favoritas de su padre—. Tengo visitas.

Si Claire hubiera pensando con claridad, habría deducido que pedirle a Max que se esfumara solo serviría para motivarlo a destacar más y que contarle que esperaba visitas le animaría a quedarse.

—¿Va a venir Meika? —preguntó el niño.

Meika era su favorita entre las amigas de Claire, el resto eran imbéciles. Meika le prestaba atención, de hecho hablaba con él, le hacía preguntas, una vez incluso había entrado en su cuarto a jugar al Lego y admirar el disfraz de lobo que guardaba en la puerta del ropero. Meika no había olvidado lo que era divertirse.

—No es asunto tuyo —contestó Claire—. Tú déjanos en paz, ¿vale? No les pidas

que jueguen al mecano ni a ninguna otra chorrada que se te ocurra.

Max sabía que observar y molestar a Claire y sus amigos sería mejor en compañía, de modo que salió a la calle, se montó en bici y se dirigió a casa de Clay. Clay era nuevo; vivía en una de las casas prefabricadas del final de la calle. Y aunque era paliducho y cabezón, Max le había concedido una oportunidad.

Max condujo por la acera serpenteando, con la cabeza repleta de ideas sobre lo que Clay y él podrían hacer con los amigos de Claire o, si no les dejaban, las cosas que podrían hacerles. Era diciembre y la nieve, un polvo seco hacía tan solo unos días, empezaba a fundirse dejando rastros fangosos en las carreteras y las aceras y clapas en los jardines.

Algo estaba pasando en el vecindario de Max. Estaban derruyendo las casas viejas y en su lugar levantaban casas nuevas, más grandes y ruidosas. En su manzana había catorce casas y, en los dos últimos años, seis de ellas, todas de una sola planta y tirando a pequeñas, habían sido arrasadas. En todos los casos había ocurrido lo mismo: los propietarios se habían marchado o habían muerto de viejos y los nuevos dueños habían decidido que les gustaba la ubicación pero querían una casa mayor en el lugar de la anterior. Ello trajo al barrio el ruido constante de las obras y, afortunadamente para Max, la provisión casi infinita de materiales de desecho: clavos, maderas, cables y baldosas. Con todos ellos se había dedicado a armar una especie de casa propia en un árbol, en el bosque junto al lago.

Max siguió pedaleando, después soltó la bici y llamó a la puerta de Clay Mahoney. Se agachó a atarse los zapatos y, mientras terminaba el segundo nudo del zapato izquierdo, se abrió la puerta.

—¿Max?

La madre de Clay se erguía sobre él vestida con pantalones negros ajustados y una camiseta blanca (que decía ¡HOY! ¡SÍ!) por encima de un top de lycra negro; vestía como una esquiadora en plena competición. Detrás de ella, alguien había pausado un vídeo de ejercicios. En la pantalla del televisor tres mujeres musculosas se estiraban arriba y a la derecha, desesperadas y haciendo muecas, tratando de alcanzar algo fuera de plano.

—¿Está Clay? —preguntó Max, incorporándose.

—No, lo siento, Max. No está en casa.

La mujer sostenía un bote plateado y grande con asa negra —una especie de taza de café—, y mientras le daba un sorbo paseó la vista por el porche delantero.

—¿Has venido solo?

Max meditó un segundo la pregunta, buscándole un segundo sentido. Por supuesto que estaba solo.

—Sí —contestó.

Max se había fijado en que la expresión de la madre de Clay era siempre de sorpresa. La postura y la voz apuntaban que estaba al corriente, pero los ojos decían: «¿De veras? ¿Qué? ¿Cómo puede ser?».

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó la mujer.

Otra pregunta rara. La bicicleta de Max descansaba poco más de un metro detrás de él, a plena vista. ¿Es que no la veía?

—En bici —contestó el niño, señalándola con el pulgar por encima del hombro.

—¿Solo?

—Sí.

«Qué mujer», pensó Max.

—¿Solo? —repitió ella.

Tenía la mirada descontrolada. Pobre Clay. Su madre estaba tarumba. Max sabía que debía andarse con cuidado con lo que decía a una loca. A los locos había que tratarlos con cautela, ¿no? Decidió ser muy educado.

—Sí, señora Mahoney. Estoy... solo. —Pronunció las palabras despacio, con detenimiento, mirándola todo el rato a los ojos.

—¿Tus padres te dejan pedalear por ahí tú solo? ¿En diciembre? ¿Sin casco?

Estaba claro que a la mujer le costaba captar lo evidente. Era evidente que Max estaba solo y era evidente que había llegado en la bici. Y no llevaba nada en la cabeza, así que ¿por qué preguntar por el casco? Aquella mujer deliraba. ¿O quizá sufriera ceguera funcional?

—Sí, señora Mahoney. No necesito casco. Vivo en la siguiente manzana. He venido por la acera.

Señaló hacia su casa, que se veía desde la puerta de la mujer. La señora Mahoney se llevó la mano a la frente y bizqueó, como un náufrago oteando el horizonte en busca de un barco de rescate. Dejó caer la mano, volvió a mirar a Max y suspiró.

—Bueno, Clay está en clase de enguatar —informó la mujer.

Max no sabía qué era enguatar, pero sonaba mucho menos divertido que fabricar arpones de hielo y lanzárselos a los pájaros, que era lo que él tenía en mente.

—Bueno. Pues gracias, señora Mahoney. Dígale que he pasado por aquí.

Max se despidió de la loca de la madre de Clay, dio media vuelta y se montó en la bici. Oyó cerrarse la puerta de los Mahoney mientras se deslizaba sin pedalear. Pero cuando giró hacia la acera en dirección a casa, se topó con la señora Mahoney a su lado, avanzando con aire decidido y con el bote plateado todavía en la mano.

—No puedo permitir que vayas solo —dijo la mujer, dando enérgicas zancadas.

—Gracias, señora Mahoney, pero voy solo todos los días —contestó pedaleando con cautela y manteniendo de nuevo un contacto visual constante.

La rareza de la mujer se había triplicado y el pulso de Max se había duplicado.

—Pues hoy no —repuso la mujer, agarrando el sillín de la bicicleta.

Max empezaba a asustarse. Aquella mujer no solo estaba zumbada, sino que le seguía, sin soltarle. Aceleró. Supuso que podría ir más rápido en bicicleta que ella a pie y decidió probar. Se puso de pie sobre los pedales.

Ella aceleró el paso... ¡sin arrancar a correr! Proyectaba los codos a izquierda y derecha mientras su boca dibujaba una raya de determinación. ¿Una sonrisa?

—¡Ja! —se rió la mujer—. ¡Qué divertido!

Siempre eran los más zumbados los que se reían cuando hacían las locuras más grandes. Esa mujer había perdido la chaveta.

—Por favor —dijo Max pedaleando todo lo rápido que podía. Casi choca con un buzón, el de los Chung, el del símbolo de la paz, detalle que había originado una gran controversia en el vecindario—. Suélteme —suplicó.

—No te preocupes —jadeó la mujer, ahora al trote—. Te acompañaré todo el camino.

¿Cómo podía quitársela de encima? ¿Le seguiría hasta dentro de casa? Desde luego la mujer estaba esperando tenerlo dentro y a solas para hacerle algo. Podía dejarlo inconsciente con un golpe del bote de café. O quizá cogiera un almohadón, lo inmovilizara y lo ahogara. Parecía más su estilo. Tenía la mirada clara y eficiente de una enfermera asesina.

Se oyeron ladridos. Max se giró y vio que se les había sumado el perro de los Scola, que ladraba a la señora Mahoney y trataba de morderle los tobillos. La señora Mahoney ni se enteró. Abría los ojos como platos. Por lo visto el ejercicio la llenaba de júbilo.

—¡Endorfinas! —canturreó—. ¡Gracias, Max!

—Por favor. ¿Qué va a hacer conmigo?

Faltaban diez casas para la suya.

—Mantenerte a salvo de todo esto —contestó la mujer.

Dibujó un círculo con la mano, abarcando el barrio en el que Max había nacido y donde se había criado. Era una calle tranquila de olmos y robles altos que no tenía salida. Del otro lado del final se extendían algunos acres de bosque y luego había un lago. En aquella calle no había ocurrido nada desagradable ni digno de mención, ni en toda la población ni, ya puestos, en varios kilómetros a la redonda.

Max viró bruscamente y bajó de la acera. Saltó el bordillo.

—¡La calzada! —gritó la señora Mahoney, como si el chaval hubiera metido la bicicleta en un río de lava fundida.

En ese momento la calle estaba vacía, siempre estaba vacía. Pero la mujer se colocó al instante detrás del chico y echó a correr tratando de agarrarse de nuevo al sillín.

Max decidió que era una tontería volver a casa; era lo que ella quería. Se quedaría atrapado y la mujer acabaría con él sin dudarle. Su única oportunidad de escapar estaba en el bosque.

Volvió a acelerar y ganó espacio suficiente para dar la vuelta. Giró rápidamente ciento ochenta grados y puso rumbo al final de la calle con la esperanza de alcanzar el bosque.

—¿Qué estás haciendo? —gimió la mujer.

Max casi se rió. No le seguiría hasta el bosque, ¿verdad? Miró atrás, y aunque había perdido un par de pasos, la mujer no tardó en dar un acelerón. ¡Qué rápida era!

Max estaba cerca del final de la calle sin salida, casi tocando los árboles.

—¡No pienso perderte de vista! —advirtió en falsete la mujer—. ¡No te preocupes!

Max saltó de nuevo el bordillo —arrancando un aullido aterrado de la señora Mahoney— y se mezcló con la nieve y los hierbajos. Pronto tuvo que agacharse raudo bajo las primeras ramas bajas de los altos pinos de mostachos blancos y serpentear entre sus troncos.

—¡MAAAAAX! —bramó la mujer—. ¡El bosque no!

Max entró en el bosque y se dirigió al barranco.

—¡Pederastas! ¡Drogas! ¡Vagabundos! ¡Agujas! —gritó la mujer.

El barranco quedaba un poco más adelante, tenía seis metros de hondo por tres y medio de ancho. Un mes antes, Max había salvado el vacío con un ancho puente de contrachapado. Si conseguía llegar al barranco, cruzar por el puente y luego retirar el tablón a tiempo, quizá por fin se librara de la mujer.

—¡Alto! —chilló ella.

La bici se balanceaba a izquierda y derecha debajo de Max. Nunca había ido tan rápido. Hasta al perro de los Scola le costaba seguirle; el animal continuaba ladrando a los tobillos de la señora.

—¡Cuidado! —gritó la mujer—. ¡El como-se-llame! ¡El desfiladero!

«No me digas», pensó Max. Alcanzó el puente y una vez más se oyó un aullido de incalculable terror:

—¡Noooooooooooo!

Cruzó con gran estruendo por el tablón. Ya del otro lado, se estiró, dejó la bici y agarró el contrachapado. La mujer casi se le había echado encima cuando Max soltó el tablón. El puente cayó al barranco y se rompió contra las rocas del fondo.

La mujer frenó en seco.

—¡Mierda! —gritó. Se detuvo un segundo, con los brazos en jarras, resollando—. ¿Cómo quieres que te proteja desde aquí?

Max pensó en algunas respuestas ingeniosas a su pregunta, pero optó por callar. Volvió a subirse a la bici por si la señora Mahoney decidía salvar el vacío de un salto. Era mucho más rápida y fuerte de lo que había imaginado, así que no podía descartar esa posibilidad.

En ese momento el perro de los Scola, que seguía corriendo a toda velocidad, eligió dejar atrás a la señora Mahoney, saltar el barranco y reunirse con Max. El animal voló sin ningún esfuerzo y aterrizó al lado del niño. Giró hacia la mujer y luego levantó la vista a Max con una sonrisa abierta y los ojos contentos, como si los dos juntos hubieran derrotado a un enemigo común. Max se rió, y cuando el perro se puso a ladrarle a la mujer doblada sobre el borde del barranco, Max también ladró. Ladraron y ladraron sin parar.

¡Oh, Claire! —gritó Max dentro de casa. No obtuvo respuesta.

Se moría de ganas de contarle a su hermana lo de la lunática esa de la señora Mahoney. A Claire no siempre le interesaba lo mismo que a Max, pero siempre le habían gustado las anécdotas sobre locos. Con esta iba a alucinar.

—¿Hay alguien? —preguntó Max, confiando en que respondiera su hermana.

Gary, el novio de su madre con la barbilla fofa como un pastel, a veces llegaba pronto de trabajar y echaba una cabezadita en el sofá. Manchaba cualquier sala en la que entraba.

—¿Claire?

Max miró en la cocina, en el salón, en el sótano. Ni rastro de Claire. Subió al piso de arriba y por fin la oyó.

Estaba diciendo: «No se lo enseñé. Esa es la cuestión».

Claire charlaba por teléfono cuando Max entró en su cuarto con las primeras palabras de su anécdota en la punta de la lengua. Pero antes de que pudiera empezar a hablar, Claire le fulminó con una mirada emponzoñada. Max salió inmediatamente de puntillas.

«Pero ¿por qué habría de decir algo así? ¡Es una mentirosa!»

Max esperó frente a la puerta. Cuando su hermana terminara, le contaría lo de la señora Mahoney, su victoria, y juntos planearían alguna broma que gastarle a la chiflada esa.

Pero por otro lado, ¿por qué esperar? Max sabía que Claire querría enterarse de lo sucedido de inmediato y que le daría las gracias —por salvarla de una conversación problemática y enfrascarla en otra mucho mejor— en cuanto escuchara la historia de Max. Volvió en entrar en la habitación y...

—¡Que te largues! —gritó la hermana.

Max se quedó parado un momento, tan impactado que no podía moverse ni hablar. Así no era cómo se había imaginado que irían las cosas.

—¡Largo! —volvió a gritar Claire el doble de fuerte que antes, y le dio con la puerta en las narices.

Max sentía una rabia sin fondo dirigida, con todo su formidable poder, a su hermana. ¿Qué había hecho él? Había entrado en el cuarto de Claire. Quería hablar con ella. No estaba bien que le tratara así, no era justo, y Claire lo sabía.

Y ahora Claire tendría que pagar por ello.

Todavía quedaba suficiente nieve para una buena construcción, de modo que Max decidió edificar un fuerte de última generación con el montículo de nieve del otro lado de la calle. Y cuando aparecieran los amigos de su hermana, estaría preparado y se vengaría. Iba a ser un asunto muy feo, pero Claire se lo había buscado.

Se puso la ropa para la nieve y cruzó la calle corriendo. Con la paleta de jardinería de su madre, excavó sin parar en el montículo de nieve y pronto terminó la cámara principal. Era tan grande que dentro cabían Max y tal vez otra persona de su tamaño y tenía un techo tal alto que podía sentarse erguido en su interior. Talló con la paleta un estante hondo y largo en la pared interior de la cueva para almacenar las bolas de nieve y tal vez libros o comida. Imaginó que si conseguía un cable lo bastante largo y resistente, podría instalar un televisor. Pero de momento tendría que esperar.

A continuación abrió una mirilla estrecha en la pared que daba a su casa. Ahora disponía de una vista perfecta del camino de entrada y de la puerta delantera de casa. Cuando aparecieran los amigos de Claire y, como de costumbre, se quedaran de pie en el camino charlando y fingiendo que sabían mascar tabaco y babear y escupir el jugo marrón en la nieve gris, le encontrarían preparado.

Max consultó el reloj; eran las 4.15, lo cual significaba que probablemente le quedaban unos quince minutos antes de que llegaran. Los amigos de Claire llegaban—cuando llegaban, porque a veces no se presentaban aunque hubieran dicho que lo harían— alrededor de las cuatro y media todos los días, porque uno de los chicos que venía siempre, uno con el pelo como recién levantado llamado Finn, se quedaba castigado después de clase todos los días del año. ¿Quién recogería a un tipo así después de clase solo para disfrutar de su compañía? Claire y los idiotas de sus amigos. Todos esperaban en el colegio al burro de Finn y luego, a saber por qué, iban a casa de Max.

Max aprovechó el rato para hacerse con un vasto arsenal. La nieve tenía la textura perfecta, la humedad ideal para resultar pegajosa. Le bastaba con coger un puñado y ya tenía una bola de nieve: las bolas casi se hacían solas. Las apretaba todas bien por todos los lados, las alisaba, volvía a apretarlas y volvía a alisarlas, y luego las depositaba en el estante. Al cabo de diez minutos había preparado treinta y una bolas de nieve y no le quedaba sitio en el estante.

De modo que construyó otro estante.

Con los cinco minutos restantes Max decidió que necesitaba una bandera para coronar el fuerte, así que salió de la cueva, se levantó y buscó un palo entre los árboles cercanos hasta que encontró uno de poco más de un metro y tieso como un asta. Lo clavó en el techo del fuerte y luego le ató su sombrero. Retrocedió y quedó satisfecho con lo que verdaderamente casi parecía una bandera: una bandera alzada por una gran nación y antes de una batalla gloriosa y moralmente necesaria.

A las 4:30 estaba de regreso en la fría comodidad del fuerte, atisbando por la mirilla, atento a cualquier movimiento proveniente de su casa. No, no tenía frío. Cualquiera pensaría que un niño que llevaba tanto tiempo en la nieve se enfriaría, pero Max no tenía frío. Tenía calor, en parte por las numerosas capas de ropa y, en parte, porque los niños que son mitad lobo y mitad viento no cogen frío.

A las 4.38 un coche familiar aparcó en el camino de entrada a su casa. Conocía de sobra ese coche, un viejo vehículo rojo que conducía uno de los muchachos que solía pasarse por allí. Se apearon dos chicos y una chica. Uno de ellos era el del pelo enmarañado llamado Finn. Otro siempre vestía de negro; era Carlos. La chica se llamaba Meika y Max la quería sin medida.

Max captó fragmentos de su conversación mientras caminaban hacia la casa.

—¿Tonya te dijo que no lo hizo? —preguntó Meika.

—Sí —contestó Carlos.

—Eso no significa que tengamos que creerla —dijo Finn.

La puerta delantera se abrió y apareció Claire.

—Hablando del rey de Roma —dijo Carlos.

—¿Qué? —preguntó Claire, y todos se rieron.

Claire también fingió reírse, y todos enfilaron para dentro. Al cabo de un minuto volvieron a salir. Probablemente querían mascar tabaco y Claire tenía el buen sentido de no permitirlo dentro de casa; su madre siempre lo notaba, hubieran pasado horas o días. Cuando los chicos y Claire iniciaron su asqueroso ritual de mascar y escupir, Max supo que había llegado el momento. Sabía lo que tenía que hacer. «Vale, vale — se dijo para sí—. Vale.»

Se arrastró afuera por la entrada del fuerte asegurándose de pasar inadvertido a los cuatro objetivos del otro lado de la calle. Ya de pie en la acera, observó con atención a Claire y sus amigos y confirmó que no le habían visto. Volvió al fuerte en busca de municiones. Cargó cuidadosamente las bolas de nieve en todos los bolsillos. Cuando los hubo llenado, se colocó el resto en el abrigo, al estilo canguro. Dejó veinte bolas en el fuerte por si más tarde necesitaba más municiones.

Ahora tenía que aproximarse. Necesitaba cruzar la calle y situarse en el jardín del vecino. Allí contaría con una cerca para defenderse del fuego enemigo. Pero había un gran trecho hasta la otra acera y seguro que le descubrirían corriendo a escasos doce metros de distancia.

Entonces se le ocurrió una idea.

Cogió una de las bolas de nieve más pequeñas y la lanzó todo lo lejos que pudo. Podía lanzar lejos —según el radar de las jaulas de bateo podía lanzar una pelota de béisbol a setenta kilómetros— así que la bola de nieve, pequeña, surcó el aire por encima de las cabezas de Claire y sus amigos hasta el jardín del vecino más alejado. Cuando aterrizó se oyó un arañazo fuerte y los cuatro adolescentes se giraron a ver de dónde procedía el ruido. Mientras estaban distraídos, Max cruzó la calle como una flecha y se tiró detrás de la cerca del otro vecino.

El plan funcionó. Era tan listo que no se podía aguantar. Avanzó deprisa.

Ahora estaba a solo seis metros del enemigo, oculto por la cerca del vecino. Los cuatro adolescentes estaban enfrascados en sus asuntos, mascando tabaco, los chicos se lo metían en la boca mientras las chicas decían «Qué asco» además de otras estupideces, ninguna de ellas digna de mención. Mientras, ninguno de ellos tenía ni

idea de que estaban a punto de sufrir un asalto devastador.

Max dejó caer todas las bolas al suelo delante de él y formó una línea de munición en la viga inferior de la cerca. Se guardó siete bolas en los bolsillos por si necesitaba avanzar sobre el enemigo para rematarlo.

Por fin estaba listo. Respiró hondo, dejó escapar algo así como vapor de dragón y empezó.

Descargó una ráfaga de cinco bolas de nieve, una tras otra, disparándolas más rápido de lo que él mismo creía posible. Su brazo parecía una máquina, algo así como un cañón de pelotas de tenis.

¡Buuum!

¡Buuum!

¡Buuum!

Una alcanzó al chico desgredado en el pecho. Hizo un ruido increíble, de golpe hueco contra la chaqueta acolchada.

—¿Qué narices pasa? —gritó el chico.

Otra golpeó a Meika en el muslo.

—¡Ah! ¿Qué es esto? —gritó la chica.

Una pegó en el parabrisas del coche familiar, también con un ruido fabuloso. Dos erraron el objetivo por completo pero no importó: Max ya estaba recargando para una nueva descarga. Cuatro bolas más partieron de su brazo-cañón y estas dieron en el hombro de Claire, el techo y la puerta del coche y justo en la entrepierna de Carlos. El chico se dobló. Fantástico.

—¿Quién es? —bramó Claire.

Max se agachó detrás de la cerca pero no antes de que los chicos dedujeran que el ataque provenía de él. Habían adivinado su posición. Max tenía otro arsenal preparado, pero cuando volvió a asomarse por la cerca —«¡Ahí está el cabroncete!»— recibió una avalancha de nieve que le cayó sobre cabeza y espalda a gran fuerza y velocidad. Los chicos habían actuado con rapidez y habían depositado una roca de nieve sobre la cerca derribándola encima de Max. La batalla había superado la artillería para degenerar en combate mano a mano antes de lo que Max esperaba.

—¿Qué te parece, gallina?

—Me has dado en las pelotas, idiota.

Si Max lograba correr hasta el otro lado de la calle, se pondría a salvo. Incluso aunque le siguieran, nunca serían capaces de encontrar su fuerte, bien oculto, y mucho menos, de penetrar sus defensas. Echó a correr.

—¡Corre, pequeño saltamontes! ¡Corre! —le dijeron.

—¡Mira cómo corren sus piernecillas!

Al tiempo que echaba a correr, Max lanzó su última bola de nieve arqueándola tan alto que desapareció en el sol sin darle tiempo a ver dónde aterrizaría.

Max corrió y alcanzó la acera opuesta antes de que los chicos decidieran si

querían perseguirle. Serpenteó entre los pinos para despistarlos y luego oyó caer la última bola de nieve con un chasquido helado.

—¡Max, tarado! —oyó decir a Claire—. ¡Le has dado a Meika en la cara!

Una pena, Meika era la única a la que no había querido acertar. ¿Quizá le considerara más musculoso porque le había golpeado en la cara? ¿Funcionaba así? Tal vez. Max sonrió mientras alcanzaba la entrada del fuerte. Quizá Meika le besara y le acariciara el cuello porque le había lanzado una bola de nieve a la cara.

Max atisbó por la mirilla y vio a Claire ayudando a Meika, que estaba llorando con la cara enrojecida y magullada. ¿Por qué iba alguien a llorar porque le hubiesen dado con una bola de nieve y hielo caída del cielo tras prácticamente rozar el sol?

Meika le decepcionó. Las chicas eran unas crías. Pronto Meika se pasaría todo el tiempo llorando por todo, que es lo que parecía hacer la madre de Max. Años atrás, Max le preguntaba qué ocurría y le pedía que no llorase, pero ahora no le veía el sentido.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó uno de los chicos.

Max oyó la voz, pero no logró descifrar su origen por la mirilla.

—Espera. Veo una bandera —dijo el otro chico.

Max tomó nota mental: la próxima vez, nada de banderas.

Oyó los pasos de los dos chicos muy cerca del fuerte. Qué rápidos. Los tenía detrás. Dio media vuelta y descubrió los pies de los intrusos frente a la entrada de la cueva.

—Está aquí dentro —dijo uno—. Le veo las botas.

—Eh, chaval, ¿estás ahí dentro? —preguntó el otro.

—Está dentro —insistió el primero—. Mira las botas, colega.

—Sal o te sacamos nosotros.

Max empezaba a preocuparse. Realmente daba la impresión de que sabían dónde estaba el fuerte y que él estaba dentro. Si permanecía en el fuerte estaba atrapado y si lo abandonaba, probablemente lo matarían. No parecía tener muchas opciones.

Una mano entró en el fuerte. Uno de los chicos había atravesado el techo con el brazo. ¿Cómo lo había hecho? Max la pateó con fuerza y la mano reculó.

—¡Ay! Estás muerto, chaval —dijo una voz.

Luego siguió un momento de silencio.

Y Max dejó de ver los pies.

Oyó una risilla y algunos chiss...

Luego vino un silencio larguísimo.

Se oyeron pisadas en el tejado. Se desprendió polvo de nieve del techo. No obstante Max se sentía a salvo, sabía que había muchas capas de nieve bien compactada entre el tejado y la cámara. Los chicos pisoteaban sin parar. «Y qué —pensó Max—. Pisad todo lo que queráis.»

Luego saltaron.

El ruido se parecía a una tos fuerte y grave.

Volvieron a saltar.

Cayó más polvo de nieve del techo. La cubierta se acercó a la cabeza de Max. El niño se agachó, se tumbó. Pero el techo seguía desmoronándose.

La tierra aplastada se tragaba más tierra.

Saltaron una vez más.

Luego el blanco. Todo se volvió blanco.

Y el frío, ¡menudo frío! Estaba en su chaqueta, en sus ojos, en su nariz, en sus pantalones. No podía respirar. Casi no oía. Se ahogaba.

Luego oyó la risa. Los chicos se reían.

—Bonito fuerte —dijo uno.

—Sal ya —dijo el otro.

Max no podía moverse. No estaba seguro de seguir vivo.

—Levanta, pequeño saltamontes —dijo una voz.

Max no podía moverse. ¿Estaba vivo?

—Ay, mierda —dijo una voz.

Sonidos de excavación. Frenéticos arañazos más arriba.

El peso que soportaba la espalda de Max se aligeró y alguien alzó al niño fuera del blanco. Los chicos estiraban de él y pronto volvió a quedar en el exterior, respirando aire liviano. Pero no tenía fuerzas. No se aguantaba de pie. Cayó al suelo como una marioneta.

Tumbado en la nieve, tosió y tosió. Tenía los ojos empapados y le quemaba la piel. Los ojos no le funcionaban, la boca no se le abría. Los pulmones respiraban con dificultad y le ardía la garganta.

—¿Estás bien? —le preguntó uno de los chicos.

Max se arrodilló, pero no podía hablar. Se atragantó con nieve y flemas. Parecía que su corazón se había largado, que había migrado hacia el norte, y ahora le latía en ambas orejas.

¿Dónde estaba Claire? A esas alturas debería estar con él. Cogiéndolo del hombro. Frotándole el cuello. Cubriéndole las orejas con las manos, soplando para calentarle como había hecho hacía justo un año, cuando Max se había caído en el riachuelo helado después de la ventisca.

Pero Claire no estaba. Max se levantó y la nieve de la chaqueta se escurrió espalda abajo. Se estremeció y se sacudió. Miró a su hermana, pero Claire estaba atendiendo a Meika y parecía dispuesta a dejar morir a Max, su hermano, en mitad de aquella tarde gris de diciembre.

—¿Te has hecho daño, niño? —preguntó uno de los chicos.

El otro ya había regresado junto al coche.

Sonó la bocina. Entonces el segundo chico se encogió de hombros, dejó a Max y corrió hacia el vehículo. Claire se retrasó un segundo en el camino, mirando en

dirección a Max. Por un breve instante Max abrigó la esperanza de que se reuniera con él, de que le metiera en casa, le preparara un baño, se quedara con él y maldijera a los chicos y no volviera a verlos nunca más. De que volviera a ser su hermana.

—Tu hermano es muy sensible, ¿no? —dijo una cara desde la ventanilla abierta del coche.

Era Finn, el chico del pelo enmarañado.

—No tienes ni idea —contestó Claire.

Le dio la espalda a Max, se subió al asiento trasero y cerró la portezuela. El coche dio marcha atrás y se alejó.

Max ya no tenía hermana.

Regresó a la casa y, sin saber exactamente lo que hacía, se encontró en la cocina, donde miró debajo del fregadero y sacó un balde grande. Le dio la vuelta para vaciarlo de limpiadores, cepillos y aerosoles. Subió el balde al piso de arriba, al cuarto de baño que compartía con Claire.

Abrió el grifo de la bañera y colocó el balde debajo. Mientras se llenaba de agua, Max se vio reflejado en el espejo del baño. Estaba empapado, hasta el último trozo de su cuerpo estaba mojado, y tenía la cara roja, salvaje. Le gustó su aspecto.

El cubo se llenó y Max se agachó para levantarlo. Pesaba demasiado, así que vació un tercio. Cogió el cubo, agitando el agua adelante y atrás, y lo trasladó al cuarto de Claire.

Era una habitación en transición. Claire siempre había tenido una cama de volantes color rosa y celeste con dosel, pero ahora cubría el colchón una fea manta de ganchillo, una porquería que había comprado en el mercadillo de algún concierto en la ciudad.

Antes de pensar en ello, Max vertió el cubo sobre la cama y el agua salpicó ruidosamente y enseguida se extendió por la superficie del colchón.

El niño regresó al cuarto de baño, donde el grifo seguía abierto. Llenó otra vez el cubo y regresó al cuarto de Claire, esta vez vertió el contenido en el suelo, cuya alfombra absorbió inmediatamente el líquido. Resultaba satisfactorio, pero solo estimulaba aún más su apetito. Llenó el cubo una y otra vez y vació su contenido una y otra vez, empapando el tocador, el ropero... hasta el último rincón de la habitación. Max vació siete cubos así, vertiendo agua sobre la silla donde Claire dejaba la ropa, sobre su colección de muñecas, de animales y su equipación de hockey hierba, sobre el tablón de anuncios donde había colgado fotografías suyas y de los inútiles de sus amigos.

Conseguir el agua y esparcirla por todo el cuarto de Claire se asemejaba mucho al trabajo de un obrero, pero Max sentía que debía hacerse. En ese momento su trabajo consistía en devolvérsela a Claire por haber permitido que lo aplastaran bajo cientos de kilos de nieve y por pasar de él, por permitir que sus amigos casi le mataran. Max estaba seguro de que ese paso, empaparle la habitación, era el primero de otro muchos de un camino que les conduciría a dejar de ser hermanos. Probablemente Claire querría mudarse para poder vivir con Meika o casarse con uno de los fumetas o instalarse en una granja en Vermont, que es lo que siempre decía que haría algún día. Quería su propia granja, decía, donde pudiera hacer helado y vender muñecas fabricadas a mano y puntos de libro de esos que acababa de aprender a confeccionar con ganchillo.

«Eso estaría bien», pensó Max. Mientras Claire se fuera, le daba igual adónde. Solo quería que se marchara de casa para no tener que volver a verse traicionado de

esa manera. Viviría feliz con su madre, en especial en cuanto ella se deshiciera de su novio Gary, en quien Max no deseaba pensar en ese momento en particular.

Se puso un momento de pie en la alfombra empapada, salpicada ahora de pequeños lagos. Más tranquilo y repasando los daños, empezó a albergar sentimientos contradictorios acerca de lo que había hecho.

La noche cercana había coloreado su cuarto de un azul algodonoso, sin aire. Desde la litera de abajo, Max encendió los dos globos terráqueos: antiguallas de otra época que le había comprado su padre, iluminadas ambas por una luz interna. Las bombillas residían muy hondo, donde estaría el centro líquido de la Tierra, y teñían los océanos y continentes de los globos de un tono mantecoso.

Max se tumbó un rato en la cama, para pensar.

Sabía que sus pensamientos a veces se comportaban como los pájaros desperdigados por el vecindario. En la manzana de Max había codornices por todas partes: extraños pájaros coronados por un penacho a los que no les gustaba volar. Las codornices se reunían en una fila recta, una familia entera, a comer semillas del suelo mientras una hacía guardia desde lo alto de una cerca baja, vigilando la presencia de intrusos. Y de pronto, al menor ruido, se dispersaban todas en mil direcciones, viraban bruscamente y desaparecían en la espesura.

De vez en cuando Max tenía la impresión de poder aclarar sus pensamientos, de que podía ordenarlos en una fila y contarlos; que podía obligarlos a comportarse. Había días en que podía leer durante horas seguidas, cuando entendía todo lo que le decían en clase, cuando podía cenar tranquilamente y ayudar a recoger y jugar a solas y en silencio en el salón.

Pero otras veces, otros días, en realidad la mayoría, sus pensamientos no se alineaban. Esos días perseguía recuerdos e impulsos que se desviaban y se dispersaban lejos de él, escondiéndose en las espesuras de la mente.

Y cuando ocurría así, cuando no conseguía entender algo, cuando los pensamientos no se sucedían uno tras otro, parecía que, pegado a los talones de las perdices desperdigadas, Max hacía y decía cosas que desearía no hacer ni decir.

Se preguntaba por qué era como era. No quería odiar a Claire y no quería haberle destrozado el dormitorio. No quería haber roto la ventana de encima del fregadero de la cocina cuando pensó que se había quedado atrapado fuera de casa, cosa que había hecho unos meses antes. No quería haber chillado y aporreado las paredes de su cuarto el año pasado cuando, en plena noche, no encontraba la puerta. Había hecho muchas cosas, había roto, arrancado y dicho muchísimas cosas y siempre era consciente de haberlas hecho, pero apenas entendía el porqué.

Y se le ocurrió que quizá tuviera problemas graves. Hasta entonces todo le había parecido bastante simple. Había estado a punto de morir en el fuerte y por tanto había calado el dormitorio de su hermana y destrozado cualquier rastro del afecto que alguna vez sintió por ella.

Pero ahora ese plan tan simple, inevitable y lógico, no parecía tan acertado como hacía solo unos momentos. Tal vez a su madre no le gustara que Max hubiera vaciado siete cubos de agua en el cuarto de Claire. Resultaba muy raro pensar en ello: ¿cómo podía ser que solo unos minutos antes, mientras hacía todo eso, le hubiera parecido la

única opción posible? Ni siquiera se lo había cuestionado. Era la única idea que tenía en la cabeza y la había llevado a la práctica con decisión y rapidez. Ahora oía los pasos de su madre en la escalera, subiendo a verle, y quiso borrar el pasado, todo lo que había hecho. Quería decir: «Sé que siempre he sido malo, pero ahora seré bueno. Déjame vivir».

—¿Hay alguien en casa? —preguntó la madre de Max—. ¿Max?

Max podía escapar. Podía deslizarse escaleras abajo y salir corriendo por la puerta principal. ¿Sí? Podía vivir en otra ciudad, podía colarse en los trenes, convertirse en un vagabundo. Podía marcharse, intentar explicarse en una nota y esperar fuera a que la situación se calmara. Estaba seguro de que habría demostraciones de ira, gritos y pisotones y quizá ese silencio violento que su madre había perfeccionado. Max no quería andar cerca cuando pasara.

De modo que se preparó para marcharse de casa para siempre.

Cogió su mochila, la que le regaló su padre antes de salir juntos de excursión por Maine. Pero justo cuando se levantaba para ponerse ropa seca y preparar la bolsa, su madre abrió la puerta y apareció en su cuarto, cerniéndose sobre él.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Algo bueno? —preguntó la madre.

Llevaba la ropa de trabajo, una falda de lana y una blusa de algodón blanco. Olía a aire frío, sudor y algo más. Dios mío, cuánto la quería. Su madre se sentó en la cama y le dio un beso en la cabeza. Max se vino abajo momentáneamente, desintegrado bajo el suave tacto de su madre. Pero entonces reconoció el olor: el desodorante de Gary, que habían empezado a compartir. Desprendía un olor químico, húmedo.

Max se sentó en la cama y se le humedecieron los ojos. ¿Cómo podían juntarse tantas lágrimas tan rápido? Qué estúpido llorar. Qué estúpido. Se tapó la cara con la manta.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre.

Max no contestó. No podía mirarla.

—¿Estás enfadado conmigo?

A Max le sorprendió la pregunta, aunque no era nueva. Durante un segundo, le dio fuerzas. Le recordó que había otros problemas, otros culpables.

—No —contestó Max.

Su madre le retiró la manta de la cara.

—Pues entonces, ¿qué pasa? ¿Estabas llorando?

—Los burros de los amigos de Claire han derribado mi iglú.

Lo contó mucho antes de lo planeado.

—Vaya —respondió la madre, deslizándose la mano por el pelo apelmazado del niño.

El delito no parecía impresionarla demasiado. Max sabía que tenía que conseguir

que lo que había hecho Claire enfureciera a su madre. Si la enojaba lo bastante, tal vez comprendiera la reacción de Max. Quizá ella también quisiera verter agua en el cuarto de Claire o incluso hacer algo peor.

—Había trabajado muy duro para construirlo —añadió Max.

—No lo dudo —respondió ella, levantándole la cabeza y llevándosela a su pecho. Max oyó su corazón, olió su piel.

—Casi me muero. Me he quedado enterrado bajo la nieve —dijo, amortiguadas las palabras en la camisa de su madre.

Entonces ella lo abrazó más fuerte y, por un momento, Max tuvo esperanzas. Ya no sentía frío ni le quemaba la cara. Por un momento Max volvió a olvidarse de que podría tener problemas y que estos se revelarían en cuanto su madre entrara en el cuarto de su hermana.

—Siento que hayas tenido un mal día, Maxie.

Sonó como si lo lamentara de verdad, pero ¿lo sentía lo suficiente para comprender la revancha de Max? El niño esquivó la mirada materna a pesar de que notaba el peso de su compasión.

—¿Dónde está Claire? —preguntó la madre.

—¿A quién le importa?

—¿A quién le importa? —dijo la madre, riendo—. A mí. Y a ti también debería. Se supone que tendría que estar en casa. No puedes quedarte solo después del colegio. Los dos lo sabéis. ¿Se ha marchado? Quiero preguntarle por el asunto ese del iglú.

La conversación tomaba un curso muy satisfactorio. Hasta entonces a Max no se le había ocurrido que Claire también se había buscado problemas. ¡No debería haberse marchado! Se suponía que debía vigilarle pero se había ido en el espantoso coche familiar a mascar tabaco. Si Max manejaba la situación con cuidado, quizá lograra desviar toda la atención hacia las fechorías de Claire.

Pero entonces se oyó un goteo.

—¿Qué es eso? —preguntó la madre.

Max puso cara de no saber nada y se encogió de hombros.

Su madre se levantó rápidamente.

—Parece que algo gotea. ¿Te has bañado?

Max negó con la cabeza. No se había bañado; eso era verdad.

Su madre salió de la habitación. Max la oyó en el cuarto de baño, apretando los grifos de la bañera. El goteo persistía.

—¿De dónde viene? —la oyó preguntar en voz alta.

Luego su madre pasó al cuarto de Claire.

Gritó.

Max nunca pensó que gritaría.

—¿Qué es esto? —chilló.

«Pinta mal —pensó Max—. Muy mal.» Sopesó sus opciones. Podía inventar una

historia sobre el origen del agua. ¿Un agujero en el tejado? Quizá una ventana que alguien se había dejado abierta. Ojalá hubiera pensando antes en todo eso. Quizá se hubieran colado unos animales y las pisadas de nieve...

Pero nunca antes había mentido a su madre y ahora no podía hacerlo. En lugar de eso, casi sin pensar, apartó las mantas y salió de la cama. Entró en el cuarto de Claire y oyó el chapoteo de la alfombra bajo sus pies. De pie en el umbral, con los ojos desencajados, la madre vio el cubo y las ropas para la nieve de Max. Se agachó a palpar el suelo y ahogó una respiración.

—¿Has sido tú?

Max asintió y se encogió de hombros a la vez.

—¿En qué estabas pensando, Max?

No se acordaba. Sus pensamientos habían vuelto a dispersarse por docenas de agujeritos.

Su madre despotricó durante unos minutos, utilizando su lenguaje más colorista, antes de regresar de nuevo a la pregunta: —¿En qué estabas pensando?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Es difícil de explicar.

Ahora su madre estaba de rodillas.

—Esto no está bien, Max. Tanta agua... Podría calar las vigas. Podría ocasionar daños permanentes en la casa.

Noticia que empujó a Max al borde de las lágrimas. Quería que fuera algo temporal. Quería que todo hubiera acabado a la hora de cenar. Ahora la perspectiva de haber arruinado la casa convirtió el día en interminable y aplastó la luz de su interior.

La madre salió de la habitación. Max la oía abrir y cerrar armarios de golpe mientras maldecía por lo bajo. Estuvo fuera varios minutos muy largos. Regresó con un montón de toallas.

—Venga. Te ayudaré a limpiarlo.

Extendieron las toallas por el suelo para intentar chupar el agua. Mientras estaban de rodillas, la madre vio el agua de las muñecas y las fotos arrancadas de las paredes.

—Ay, Dios mío. ¿Las paredes? ¿Las paredes? Pero ¿qué pasa contigo?

Max estaba preguntándose lo mismo.

La madre salió del cuarto y bajó las escaleras. Max no oyó nada durante muchos minutos pero no se atrevió a moverse. Luego oyó un coche arrancar, rugir durante un minuto. ¿Su madre se iba? Después se apagó el motor. Al final la oyó subir de nuevo las escaleras y enseguida volvió a tenerla a su lado, de rodillas, ayudándole con las toallas del suelo.

—¿Qué ha pasado con vosotros dos? —preguntó la madre—. Antes estabais muy unidos.

Lo cual entristeció aún más a Max.

—No lo sé —musitó el niño.

Su madre dejó escapar un suspiro que llenó la habitación.

—Necesito que me ayudes a mantener el hogar en pie, Max. Necesito que seas una fuerza de estabilidad, no del caos.

Max asintió con gravedad. «Mantener el hogar en pie. Fuerza de estabilidad.» Apoyados en manos y rodillas, Max y su madre continuaron colocando toallas sobre la alfombra, intentando que chuparan el caos de debajo.

Max cenó en su cuarto, un plan de acción que a todos los implicados les pareció el mejor. Oía a Claire, su madre y Gary abajo, comiendo en un silencio roto solo por el tintineo de los cubiertos. Ni él ni Claire se habían disculpado todavía y Max opinaba que permitir que un hermano estuviera a punto de morir era peor que empapar la habitación de una hermana. Después de la cena, oyó a Claire salir para hacer de canguro al otro lado del río.

Cuando estuvo seguro de que se había marchado, Max entró sigilosamente en el despacho que su madre tenía en el porche trasero, donde había instalado un escritorio y un par de estanterías. El porche daba al patio de atrás, negro en la fría noche, sin nada a la vista más que los troncos grises de los árboles y sus dedos huesudos, que pellizcaban hojas temblorosas y frágiles.

Su madre hablaba por teléfono mientras tecleaba en el ordenador ruidosamente, como alguien que fingiera teclear en el ordenador. Tap-tap, tap-tap, tap-tic-tap. La larga melena negra le caía hacia delante, cubriéndole las mejillas; tenía un mechón enganchado en los labios. Pareció percatarse de la presencia de Max, pero no le miró.

El niño se aproximó al despacho, manteniéndose pegado a la pared. Casi vuelca una foto que había colgada, pero la sujetó a tiempo. En la foto, una docena de amigos de su madre se había reunido en la fiesta de Fin de Año que habían organizado en casa. A Max le habían dejado quedarse hasta las doce, «correteando como un puto maníaco», había comentado uno de los amigos entre risas mientras se bebía una copa. Avanzada la noche habían encendido una pequeña hoguera en el patio de atrás donde habían asado primero un cerdo y luego malvavisco y los invitados habían seguido bebiendo hasta caer desmayados por el patio, el salón y los dormitorios de arriba. La fotografía los mostraba a todos cuerdos y sobrios, pero Max sabía que más tarde la cosa había cambiado. Más tarde había visto muchas cosas raras: alguien escondiéndose en el baño, una pelea entre dos hombres, adultos desperdigados por el suelo intentando agarrarse unos a otros y tratando de pillar a Max. Llegado cierto punto alguien se había perdido en el bosque y tardaron horas en encontrarlo. Después su madre había dicho que era la última vez que organizaba algo así aunque todo el mundo convino en que, en general, había sido divertido.

Como la conversación telefónica se alargaba, a Max le pareció buena idea gatear, de modo que se puso de cuatro patas y avanzó pegado a la pared hasta que llegó a la ventana de atrás. Respiró sobre el frío cristal y formó un burdo óvalo de aliento condensado. Dibujó una manzana en el óvalo, y le gustó la línea enérgica dejada por su dedo.

Al teléfono, la voz de su madre sonaba fina y vacilante.

—¿Sabes exactamente qué es lo que no le ha gustado a Holloway del reportaje?
—preguntó apartándose el pelo de la frente.

Max fijó la vista en algo que había debajo del escritorio: un clip rojo doblado en

forma de dragón. No quería llamar la atención, así que resbaló todo lo lento que pudo hacia el clip y lo cogió. Estaba cubierto de una funda de plástico y a Max le gustó el tacto. Con un trozo igual de largo de cable plastificado, una vez su padre había retirado la protección con una navaja del ejército suizo y luego había retorcido el metal hasta darle la forma de un cisne. Su padre podía hacer de todo con una navaja del ejército suizo, con cualquier navaja, en realidad. Solía hacer cosas con las manos y luego se las tiraba a Max como diciendo que aquello no era nada. «Si te gusta, quédatela.» Max conservaba todo lo que había hecho su padre: cisnes, yoyos, juguetes para arrastrar o una cometa fabricada con papel de vitela y palos del jardín de atrás.

—No sé por dónde empezar —dijo su madre—. Tengo la impresión de que debería empezar de nuevo y aun así no sabría lo que quiere.

Le temblaba la voz y Max quiso hacer algo para infundirle seguridad. Con frecuencia, cuando su madre parecía preocupada, cuando alguien al teléfono la hacía llorar, Max no sabía lo que hacer. Pero esa noche creyó tener la solución.

Se levantó y adoptó la pose de un robot. Se le daba muy bien imitar robots, se lo habían dicho muchísimas veces. Entró en el campo de visión periférica de su madre caminando y sonando como un robot —un robot, decidió Max, con una ligera cojera—. En otras ocasiones, a su madre le había hecho gracia, y Max pensó que quizá esa noche también se riera.

—Creo que es lo que he hecho —dijo su madre al teléfono—. ¿No es lo que he entregado?

Por fin vio a Max y forzó una sonrisa. Max siguió caminando, girando la cabeza para sonreír a su madre, fingiendo que no se daba cuenta de que estaba a punto de comerse la pared. Plaf. Se la comió.

—Oooh, nooo —se lamentó Max, en voz mitad robot, mitad Igor el burrito—. Oooh, nooo —se quejó de nuevo, intentando atravesar la pared rotando inútilmente los brazos de robot.

Su madre se rió, primero en silencio, luego en voz alta. Soltó una risotada. Tuvo que tapar el auricular para que no la oyeran.

—Está bien —dijo al teléfono, recuperándose—. No pasa nada. Basta con que me ponga en marcha. Lo tendré listo por la mañana. Gracias, Candy. Perdona que te haya llamado a casa. Será la última vez. Hasta mañana.

Colgó el teléfono y miró a Max.

—Ven aquí —le dijo.

Él se acercó con la frente a la misma altura que ella. Rápidamente la madre rodeó a Max con sus brazos y lo estrujó. Aunque fue tan repentino y el abrazo tan intenso —casi le vibraban los brazos— que Max ahogó un grito.

—Ah, Max. Me haces tan feliz... —dijo, besándole con violencia en la coronilla—. Tú y Claire sois lo único que me ayuda a salir adelante.

El abrazo se estrechó todavía más, demasiado para ir dirigido solo a Max.

Siguió un largo silencio. Max se preguntó si debería pedir perdón, porque lo sentía. Pero no dio con la palabra «perdón». Solo encontraba palabras como «Quiero vivir debajo de la cama» y «Acéptame de nuevo, por favor» y «Socorro».

—¿Tienes algún cuento para mí? —preguntó la madre.

Max no tenía ninguno preparado.

—Sííí —contestó el niño, alargando la palabra cuanto pudo mientras pensaba en algo

A su madre le gustaban sus historias y solía teclearlas en el ordenador mientras se las contaba. Todavía en busca de un cuento, Max se tumbó bajo el escritorio, ubicación desde la que solía contar sus historias. Le gustaba estar debajo, con los pies de su madre apoyados en su barriga, desde donde podía observar la cara de ella — juzgar su expresión a medida que el cuento avanzaba— y ver sus dedos sobre el teclado. Max necesitaba verla teclear para asegurarse de que lo apuntaba todo.

Empezó:

—Había una vez unos edificios. Era unos edificios enormes que sabían caminar. De modo que un día se levantaron y abandonaron la ciudad. También había unos vampiros. Los vampiros querían convertir a los edificios en vampiros, así que echaron a volar y los atacaron. Los mordieron. Uno de los vampiros mordió al edificio más alto pero se le rompieron los colmillos. Luego se le cayeron el resto de dientes. Y lloró porque nunca más le saldrían dientes nuevos. Y los otros vampiros le preguntaron: «¿Por qué lloras? ¿No eran solo los dientes de leche?». Y el vampiro contestó: «No. Son mis dientes de adulto». Y como los vampiros sabían que ya no podría ser vampiro, lo dejaron solo. Y no podía hacerse amigo de los edificios porque los vampiros los habían matado a todos.

—¿Acaba así? —preguntó su madre.

—Sí.

La madre terminó de teclear y sonrió tristemente a Max.

—Fin —dijo Max.

Ella continuó frotándole la barriga con el pie. Era una sensación agradable y terrible y Max estaba muy cansado, cansadísimo, todo él estaba increíblemente agotado.

Una mañana tranquila de color crema. Max se quedó en la cama hasta que Claire se marchó y luego se coló en la habitación de su hermana. De momento habían sustituido la ropa de cama por un saco de dormir. La pared, donde Max había empapado los collages de fotos, estaba limpia y vacía. Max notaba en los pies desnudos el agua fría que quedaba en la alfombra. Se arrodilló y apoyó la cabeza en el suelo. No se oían crujir las vigas ni ningún otro indicio de daños permanentes. Pero había daños, eso seguro, que ni se veían ni se oían, una debilidad estructural que podía ceder de forma repentina.

Ya en el piso de abajo, Max se sentó a solas en el sofá a desayunar: cereales, zumo de uva y dos plátanos. Estaba leyendo la sección de deportes del periódico, un hábito que su padre había alentado; cuando Max aún no había cumplido dos años empezó a desayunar al lado de su padre por las mañanas, acomodados los dos en un rincón del sofá, leyendo las tiras cómicas y luego los deportes y a veces la sección inmobiliaria.

—Oye, Max —dijo Gary desde la cocina—. ¿Sabes dónde guarda tu madre el café?

—En el armario de debajo del fregadero —contestó Max.

Oyó a Gary abrir el armario y cerrarlo.

—¿Estás seguro?

Era el único placer que Max obtenía de tener a Gary en la casa. Gary no conseguía recordar dónde estaban las cosas de la cocina y por lo visto era el adulto más crédulo que Max había conocido jamás. Lo cual le facilitaba muchísimo a Max esconder las cosas, algún elemento indispensable del desayuno de Gary, en un sitio distinto cada día y luego fingir que le ayudaba a encontrarlas. Un día era el café; otro día, los filtros; otro día, la limonada que le gustaba beber a Gary; otro día, la cucharilla que Gary necesitaba para determinar la dosis correcta de cristales de limonada que echar en el vaso. Un día Max reemplazó las magdalenas inglesas frescas de Gary por las viejas que su madre acababa de tirar. Otro día guardó la mantequilla en el congelador y, desde el sofá, oyó a Gary estropear su magdalena al tratar de aplastar la mantequilla dura como el hielo contra los rincones y grietas del pastelillo.

—¿Y en el de junto al pasillo? —sugirió Max.

Gary abrió el armario de junto al pasillo, invirtió un rato en mirar dentro y por fin Max lo oyó aproximarse.

—Espera. Tal vez en la nevera —dijo el niño—. Mamá leyó que hay que conservarlo refrigerado.

—Gracias, colega. Caray. Esta vez creía que lo teníamos.

—Mecachis.

Y lo mejor era que cada vez que Max jugaba a eso —pocas veces a la semana, para no levantar sospechas— Gary parecía convencido de que los dos estaban del

mismo bando, de que Max hacía cuanto podía por ayudar. Gary pensaba que los unían lazos afectivos.

—Bueno —dijo Gary, entrando en vestíbulo—. Supongo que tendré que optar por el Monaco, ¿eh?

Max asintió sin tener la menor idea de lo que le decían y regresó a su diario. A los pocos segundos levantó la vista y se encontró a Gary sentado en el banco junto a la puerta principal. A Max jamás se le había ocurrido sentarse en ese banco, que se utilizaba para los periódicos, el correo y demás cosas de camino a los cajones o de salida a la calle. En ese momento acogía además a un delicado pájaro de barro que Max había esculpido en clase de manualidades, azul y con una docena de palillos asomando del torso; el profesor de arte, el señor Hjortness, lo había llamado el Azulejo Pez Globo y a Max le había encantado. Gary apartó el pájaro suave pero rápidamente para dejar sitio a sus nalgas. Luego se agachó y rebuscó debajo del banco. Había montones de zapatos allí debajo, todos ellos de Max, de Claire o de su madre. Ahora los zapatos de Gary también vivían allí, y no parecía adecuado.

—Oye, Max —dijo Gary mirando al niño. Estaba atándose los zapatitos (parecían anguilas, estrechos y fabricados con escay negro barato) mientras decía—: Max... Max... ¿Qué rima con Max?

A Max no le importaba qué rimaba con Max. Quería que Gary primero se callara y luego se fuera de casa.

Gary, una vez atados los zapatos, levantó la vista.

—Oye, Max. ¿Sabes dónde guarda las herramientas tu madre?

Max nunca había visto herramientas en casa. Al menos desde que su padre se había marchado.

—¿Has mirado en la cocina? —contestó Max, aguantándose la risa.

Oyó a Gary dirigirse a la cocina y detenerse.

—¿La cocina? ¿Por qué habría de haber un martillo en la cocina? —preguntó Gary. A Dios gracias, no tenía el menor sentido del humor.

Volvió a situarse delante de Max. Miraba por la ventana, a su coche, un sedán blanco que se caía a pedazos.

—No es que sea un manitas ni nada —dijo el hombre, simulando que giraba una manivela para ilustrar el concepto «manitas»—. No puedo abrir el maletero. Necesito un martillo grande o algo así. A veces hay que recurrir a un buen martillo para meterse en faena, ¿tengo razón o tengo razón?

A Max no se le ocurrió ninguna buena respuesta a tanta tontería, así que volvió a concentrarse en la sección de deportes.

—En fin —dijo Gary, al tiempo que empujaba sus brazos pálidos y pecosos dentro de las mangas de la chaqueta—. Otro día será, ¿eh?

Max volvió a encogerse de hombros sin levantar la vista.

Gary dio varios pasos en su dirección; de pronto estaba demasiado cerca.

—Mira. Verás, yo... esto... intento hacer feliz a tu madre.

La cara de Max enrojeció. De vez en cuando Gary decidía realizar declaraciones como esa, una afirmación que buscaba definir exactamente la razón por la que dormía en casa de ellos unas tres noches a la semana. Y Max siempre quería que esos momentos pasaran cuanto antes. Notaba a Gary cerca, de pie a su derecha, intentando cruzar la mirada con él. Max clavó la vista tan intensamente en los cereales que se convenció de que veía los microscópicos componentes químicos que formaban cada copo.

—En fin —concluyó por fin Gary. Se dirigió a las escaleras—. Hasta la vista, Connie —gritó.

—¿Qué? —gritó la madre de Max desde el fondo de las escaleras.

Gary musitó algo para sí y, de vuelta en el vestíbulo, se puso a rebuscar en los bolsillos. No encontraba lo que buscaba, así que miró en el cuenco de monedas del banco. Era un cuenco de plata, recuerdo de algún aniversario, y siempre estaba lleno de monedas, imperdibles, pasadores, bolígrafos y lápices. Y ahora estaba lleno con la mano blanda y rosa de Gary. Max observó cómo los dedos de Gary se abrían camino entre las monedas brillantes, resbalando en todas direcciones. Como los tentáculos de un calamar llevándose comida a las fauces abiertas, los dedos reunieron unas diez monedas de veinticinco centavos en el centro del puño de Gary. Este depositó el botín en el bolsillo de delante de los pantalones y se marchó.

Segundos después, la madre de Max apareció en el vestíbulo, con la cabeza ladeada mientras se ponía un pendiente.

—Alguien ha gritado —dijo—. ¿Has sido tú?

Max negó con la cabeza. Juntos miraron fuera. Gary estaba doblándose para entrar en el coche blanco y viejo, cubierto de óxido por todos lados. El coche tosió un humo azul que le devolvió a la vida y Gary se marchó.

¿Estás listo? —preguntó su madre.

Max no quería que lo llevaran en coche al colegio, pero no tenía otra opción. Su escuela había suprimido el servicio de autocar. Para empezar, solo había un puñado de niños cuyos padres les permitieran utilizarlo, así que el año anterior se habían librado de él. Nadie se quejó, nadie lo echó de menos.

Ya no podía ir en bicicleta al colegio. Después de pasarse un mes haciéndolo, uno de los padres, el señor Neimenov, se había quejado. Primero a la madre de Max, luego al padre de Max y por último al director. Consideraba que los trayectos en solitario de Max atraían a posibles secuestradores de niños y pederastas. «Igual que una licorería atrae a los borrachos —había escrito el señor Neimenov en una nota a la madre de Max—, un niño de ocho años montando solo en bici atrae a toda clase de tipos desagradables...»

Como los padres de Max no le respondieron, el señor Neimenov sacó la cuestión a colación en la escuela, que cedió enseguida. Ni siquiera presentaron batalla. Para empezar, en la escuela ni siquiera había un sitio para aparcar las bicis. Max era el único que iba al colegio en bicicleta.

Lo bueno de los jueves era que ese día tocaba gimnasia. De hecho, los jueves eran el único día que tocaba gimnasia. Y dados los recortes presupuestarios y las nuevas prioridades y sesiones de control quincenales, solo tocaban doce días de gimnasia al año. De modo que Max sabía saborear cada uno de ellos. Corrió hacia la pista —la escuela había pavimentado el césped para ahorrar dinero para comprar más formularios Scantron— y se puso en fila.

—Vale, chicos —dijo el señor Ichythis a la clase—, como sabéis, solo tenemos un día para cada deporte, de modo que hoy es nuestro día dedicado al fútbol. Usaremos esta pelota —anunció levantando una pelota de voleibol—, y el objetivo es mandarla de una patada a esa red. —Señaló una de las porterías y luego, de pronto, pareció caer en la cuenta de algo—. O a aquella —añadió señalando con la cabeza hacia la portería opuesta—. A cualquiera, supongo.

Dicho lo cual, sopló el silbato y lanzó la pelota al aire. Los niños se dispersaron de inmediato. La mitad corrió hacia la pelota y la otra mitad hacia las líneas de banda.

Según había descubierto Max solo había un puñado de chicos con la preparación emocional necesaria para los deportes de equipo. E incluso algunos de los que tenían apariencia atlética tendían a echarse a llorar. Siempre que había una pelota y una red —en fútbol, baloncesto, tenis— sobrevenían los llantos. Hasta en su liga de fútbol de fin de semana, en todos los entrenamientos y en todos los partidos, lloraba algún niño. Lloraban cuando los tocaban, lloraban cuando perdían la pelota, lloraban cuando el otro equipo marcaba. Lloraban cuando se enfrentaban a cualquier posible

duda o decepción. Lloraban por defecto, lloraban cuando no sabían qué más hacer.

Pero Max sabía lo que hacer. Estaba en el campo de fútbol para patear, perseguir, reconocer, correr, driblar y marcar a placer. Cuando jugaba sentía un orden y un dominio de sí mismo sin parangón en otros momentos de la vida. Sabía adónde iba la pelota; sabía dónde se encontraban los otros jugadores y adónde era probable que fueran; sabía lo que había que hacer en todo momento.

También intuía lo que había que detener y cuándo. En ese preciso momento Dan Cooper se dirigía hacia la banda driblando la pelota hacia el gol. Dependería de Max poner fin a la situación, así que se convirtió en un torpedo y aplicó las coordenadas de Dan. Max se le echó encima enseguida y, cuando lo tuvo a tiro y Dan se disponía a marcar con la portería vacía —el portero estaba escondido detrás del poste—, Max le entró deslizándose con gran ferocidad y extraordinaria puntería.

Max avanzaba ya en sentido contrario, recorriendo el campo a toda velocidad con la pelota y rezando para que Dan no llorara, cuando el silbato le detuvo.

—Falta —anunció el señor Ichythis.

La entrada había sido legal pero los niños de las bandas lanzaban a Max miradas de desaprobación.

—Salvaje —susurró una niña.

Efectivamente, Dan estaba llorando, en silencio, profundamente, como lamentándose de toda la tristeza e injusticia del mundo.

—¿Qué clase de falta? —preguntó Max.

—De la clase penalti —respondió el señor Ichythis.

—¿Por qué?

—Por hacer caer a Dan. Tú ve al área de castigo y dame un respiro, ¿quieres?

En ese deporte no existía el área de castigo, pero a Max no le apetecía explicárselo. Max abandonó el campo entre un coro de sentenciosos ceños fruncidos de los niños y niñas que no participaban en el partido y entró en el colegio. De todos modos casi era hora de almorzar.

En clase de ciencias, el señor Wisner acababa de comentar la triste situación de Plutón, el menor y más remoto de los planetas, que durante largo tiempo había languidecido en la periferia del universo y al que ya no se consideraba un planeta. Ahora era solo una roca en el espacio.

Max estaba mirando fijamente la maqueta del universo que colgaba del techo cuando el señor Wisner dijo algo que le llamó la atención.

—Por supuesto —estaba diciendo el profesor—, el sol es el centro de todo nuestro sistema solar. Es la razón de que todos los planetas estén aquí. Crea el día y la noche y el calor de su luz hace habitable nuestro planeta. Claro que el sol no siempre estará aquí para calentarnos. Como todas las cosas, el sol morirá. Cuando lo haga, primero se expandirá y envolverá a todos los planetas, incluida la Tierra, a la que

consumirá rápidamente...

A Max no le gustó cómo sonaba todo eso. Miró a su alrededor. Ninguno de los demás estudiantes parecía prestar demasiada atención.

El señor Wisner continuó:

—Al fin y al cabo el sol es solo combustible que arde con gran virulencia y, cuando a nuestra estrella particular (una estrella dolorosamente vulgar, diría yo) se le acabe el combustible, el sistema solar se quedará a oscuras para siempre...

Max notó cómo se le revolvía el estómago. Algo en las palabras «a oscuras para siempre» no le había sentado bien. Aquella era de lejos la peor lección que Max había escuchado en la escuela y todavía quedaban quince minutos de clase. El señor Wisner se giró y desplegó un mapa del mundo.

—Pero antes de eso, es probable que la especie humana sucumba a alguna de diversas calamidades, provocadas o no por la humanidad, como guerras, cambios climáticos radicales, meteoritos, inundaciones y terremotos espectaculares, supervirus...

Se giró de nuevo hacia los estudiantes, con una mirada casi de alegría.

—Qué bajón, ¿eh? Miradlo por el lado bueno: para entonces vosotros y la gente que conocéis ¡llevaréis muertos una eternidad! Cuando el sol se extinga y el tejido del espacio al derrumbarse devore el mundo como si fuera una uva hará mucho tiempo que caímos en el olvido del infinito continuo temporal. Al fin y al cabo, la especie humana no deja de ser un breve suspiro en el largo sueño de este mundo y todos los mundos que están por venir. Bueno, se acabó por hoy. Que paséis un buen fin de semana.

A menudo Max era el último al que recogían, pero no importaba mucho. Se aburría casi todo el tiempo que pasaba en el centro Una Cucharadita de Deliciosas Actividades Extraescolares, de modo que no significaba un gran cambio aburrirse mientras esperaba a que su madre pasara a recogerle. Se sentó en los escalones del porche a la escucha de las vibraciones y náuseas que emitiría el coche de su madre al girar la esquina.

Max llevaba un año yendo a ese centro. Según su madre, al que iba antes se había vuelto muy exigente en cuestiones de dinero y por eso un día lo cambió al nuevo que, decía ella, tenía un plan de pagos más humano.

El encargado de la Cucharadita de Deliciosas era un hombre bajo y liviano llamado Perry. Estaba intentando dejarse barba, pero parecía un perro sarnoso; ninguna de las zonas de crecimiento conectaba entre sí.

Cuando la madre de Max paró el coche, Perry saludó y se dirigió a su propio vehículo.

—Buenas noches, Max.

Max no corrió hacia el coche de su madre y tampoco caminó despacio. Tal como avanzaba, el trayecto parecía durar semanas.

Max se subió al coche y cerró la portezuela. Se sentó en el asiento delantero porque le tocaba una vez a la semana.

—Hola, Maxie —le dijo su madre, frotándole la rodilla.

—Hola.

—Hola, señor Perry —saludó su madre—. Esto va a costarme veinte dólares —le dijo a Max mientras arrancaba. Cada minuto tarde costaba un dólar. Era una norma.

Claire iba detrás, con los pies apoyados en el respaldo del asiento de Max. Ni siquiera miró en dirección a su hermano, así que él no le dijo nada. Saltaba a la vista que ninguno de los dos cedería y se disculparía y Max suponía que sería igual que otros cientos de peleas que habían tenido: se guardaría peligrosamente en el armario atiborrado de todas las cosas que se habían hecho, a salvo detrás de la puerta hasta que alguien volviera a girar el picaporte.

Ahora que volvían a estar en marcha, Claire retomó una conversación anterior a la llegada de Max.

—¿De verdad no vas a venir? —preguntó Claire, aparentemente asombrada. Hablaban de un espectáculo de talentos en el que iba a participar.

—No puedo, Claire —respondió la madre de Max—. No puedo tomarme la tarde libre. Ahora mismo, no. Ya lo sabes. Ponte el cinturón.

Claire obvió el consejo.

—¿Por qué no lo dejas? ¿Por qué no mandas a Holloway a la m?

Hablaban del jefe de su madre. Hablaban del jefe de su madre a menudo. Claire lo sabía todo sobre el trabajo de su madre y le aconsejaba cómo manejarse.

—Pensaba que habíamos decidido que aguantaría al menos un año y luego...

—Pero no te toma en serio —interrumpió Claire—. Me dijiste que tenía que subirte el sueldo si acababas el curso. En la revisión decía...

—Lo sé, pero ¿no te parece...?

—He hablado con papá y dice que deberías...

—¡Jamás! —bramó la madre—. ¡Jamás...! —repitió, respirando hondo y apretando los puños—. Jamás hables con tu padre de mi trabajo. Tiene demasiadas opiniones sobre mí. Te conozco, y sé que tu padre piensa que nuestro hogar es un fracaso, Claire, pero es la última opinión que necesito oír ahora mismo...

Max estaba tan harto de esta clase de discusión que no sabía qué decir ni qué pensar. Había intentado poner fin a discusiones así anteriormente y lo único que había conseguido era que las dos la tomaran con él, y no es lo que quería. Mejor esperar a que se calmaran. Algo llamó la atención de su madre.

—Vaya —dijo, mirando por la ventanilla—. ¿Habéis visto? ¿Sabes lo que es, Max? No respires.

El tráfico estaba detenido en tres lados de la intersección mientras pasaba una fila de coches negros. Max contuvo la respiración.

Cuando los coches desaparecieron, a Max se le ocurrió contarle a su madre lo que había aprendido en clase del señor Wisner.

—Hoy hemos dado los planetas.

Su madre no dijo nada. Claire no dijo nada. Era como si Max no hubiera hablado. Pero estaba seguro de haberlo hecho.

—¿Me has oído? —preguntó Max.

Su madre miraba a lo lejos con los ojos entornados como si, mentalmente, siguiera discutiendo con Claire o con su jefe, o con el padre de Max. Lo hacía a diario, en especial mientras conducía.

—El señor Wisner nos ha dicho que el sol se morirá. Cuando tú y yo y todo el mundo ya no estemos aquí. —Miró a su madre en busca de alguna reacción, pero la profundidad de lo que acababa de decir no parecía afectarla de ningún modo—. ¿Lo sabías?

Todavía sin respuesta. Se giró hacia Claire, pero su hermana tenía los ojos cerrados. Una musiquilla se escapaba de sus auriculares blancos.

Max se volvió hacia su madre.

—¿Podemos parar?

Ahora su madre se giró, prestándole por fin toda su atención.

—Ya sabes, Max —le dijo—, que confío en que trates a las mujeres como es debido. Espero que nunca mantengas una relación con una mujer a la que no respetes.

Lo cual no parecía tener nada que ver con los planetas ni con el sol, pero Max lo meditó un segundo y contestó, antes de lo que quería:

—Vale.

Los coches negros habían desaparecido y la madre de Max se adentró en el cruce.

—De verdad —insistió—. Lo digo en serio.

—No lo haré —dijo Max—. O sí.

No recordaba qué se suponía que debía contestar.

Condujeron un rato en silencio. Max empezó a descifrar el mensaje que le había transmitido su madre. Su madre lo hacía periódicamente, le daba consejos así regularmente. Max había empezado a anotarlos con la esperanza de que algún día cobrasen sentido.

—Tú intenta ser una persona como es debido —añadió la madre, concluyendo el tema.

Max asintió y miró por la ventanilla; distinguió la ciudad a lo lejos, la ciudad donde vivía su padre, una ciudad que parecía un montoncito de rocas grises en el mar.

Max decidió salir a dar una vuelta rápida en bici antes de cenar. Iba a decirle a su madre que salía, pero luego no lo hizo, qué más daba. De todos modos su madre estaba ocupada con Gary. El hombre estaba repantigado en el sofá, bebiendo vino tinto y viendo uno de sus musicales favoritos. Todas las noches veían un musical.

Max irrumpió en la noche gélida del exterior y recorrió el camino de entrada a toda velocidad. Tenía que pensar y solo podía pensar mientras montaba en bici o construía cosas, y quería montar en bici porque le apetecía pensar con la sangre zumbándole en la cabeza.

Avanzó con una sola mano en el manillar, luego sin manos, luego con la cabeza hacia atrás contemplando las incipientes estrellas. Silbó flojito para sí, luego más fuerte, luego tarareó, luego cantó en voz alta. Era una noche plácida y Max quería abrirla en canal con su voz.

—Eh, tú, cállate —dijo una voz.

Max la reconoció. Era la voz del señor Beckmann. Max acababa de cruzarse con él y su perro, Aquiles.

Max dibujó un círculo con la bici.

—Cállese usted, saco de huesos —replicó.

El señor Beckmann se rió. Era un anciano, quizá de ochenta o cien años, que vivía en la misma calle y a menudo salía a pasear, a paso lento y constante, durante horas seguidas por las calles, los senderos y los bosques, siempre con Aquiles, un perro casi tan grande como Max y de porte aristocrático. Era un animal tan perfecto y tan bien cuidado que parecía el grabado de un diccionario correspondiente a un pastor alemán. Aquiles conocía bien a Max y ya se había tumbado a su lado, animándole a que le rascara la panza.

Max soltó la bicicleta y le rascó.

—¿Y qué, Maximilian? —dijo el señor Beckmann—. ¿Cómo andamos?

—Bien, supongo —contestó Max—. He vuelto a meterme en líos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has hecho esta vez?

Los ojos del señor Beckmann brillaban con una vivacidad peligrosa, puntuados por unas cejas tan gruesas y pícaramente arqueadas que en todo momento parecía estar maquinando un plan grandioso y ruin.

Max le contó que había empapado el cuarto de Claire.

—¿Con qué? —preguntó el señor Beckmann—. ¿Con un cubo?

Max asintió.

—Sí, yo también habría utilizado un cubo.

Por eso Max adoraba al señor Beckmann: era su igual. Parecía haberse abierto paso a lo largo de unas siete décadas de edad adulta sin olvidar un solo momento de su infancia, de lo que le gustaba y lo que detestaba, de lo que temía y lo que anhelaba.

Max y el señor Beckmann permanecieron de pie largo rato, exhalando sus alientos grises en la noche serena.

Max había estado algunas veces en casa del señor Beckmann y la había recorrido con cautela, fascinado por la colección de juguetes extraños y carteles antiguos. Al señor Beckmann le gustaba King Kong y había ido acumulando diversos recuerdos y figuras de la encarnación de la primera película. También tenía delicados juguetes de hojalata, de Mickey Mouse y Nemo, en vitrinas de cristal. Guardaba gruesos volúmenes de pinturas y por toda la casa se oía música casi todo el tiempo, algo clásico, de cuerda, luminoso.

La última vez que Max lo había visitado, el señor Beckmann había contestado al teléfono y el niño había escuchado una animada discusión entre el viejo y uno de los vecinos nuevos. Por lo visto el vecino se quejaba de la cochera descuidada que el señor Beckmann tenía en el jardín trasero. Max había jugado allí a menudo y guardaba en ella el tirachinas y las M-80. El hombre del teléfono la consideraba una monstruosidad y por lo visto se ofrecía a retirarla. Al señor Beckmann no le agradó tanto la idea.

—Si vuelvo a tener noticias tuyas —aulló al teléfono—, alquilaré una grúa, levantaré la cochera, me plantaré en su casa y le soltaré la cochera en la cabeza.

Max se rió, consciente de que aquello pondría fin a las quejas de ese vecino en particular. El señor Beckmann y él habían comido sándwiches de helado.

—De modo que tienes problemas. ¿Y qué? —dijo el señor Beckmann, envuelto en sus respiraciones—. Los chicos se meten en líos. Mírate. Estás pensado para meterte en líos.

Max sonrió.

—Ya, pero Gary ha dicho...

—¿Qué? —le interrumpió el señor Beckmann—. ¿Quién leches es ese Gary?

Max le explicó quién era Gary o quién creía Max que era. El señor Beckmann sacudió la cabeza con desdén.

—Bueno, pues no me gusta. Además, ¿qué clase de nombre es ese, Gary? Suena a cari. ¿Es tu cari?

Max se rió.

—Gary Tucari. ¿Quieres que le eche a Aquiles encima? Se tragaría al tal Gary Tucari de un mordisco.

A Max le pareció una buena idea, pero negó con la cabeza.

—No, está bien.

Siguieron de pie en plena noche. A lo lejos, un perro o un lobo aulló. El señor Beckmann contemplaba la amplia tira plateada que cruzaba la cúpula celeste.

Después se puso a caminar hacia su casa.

—Bueno, hasta la vista, Maximilian.

—Hasta la vista, señor Beckmann.

El señor Beckmann se detuvo, había recordado algo.

—Acuérdate de que Aquiles estará siempre listo para comerse a tu Gary.

Max se rió y pedaleó rumbo a casa para cenar.

Max sabía que la litera era la estructura perfecta para construir un fuerte interior. En primer lugar, las literas tienen tejado. Y es esencial tener un tejado cuando piensas disponer también de una torre de vigilancia. Y necesitas una torre de vigilancia si vas a descubrir a los ejércitos invasores antes de que rompan tus defensas y conquisten tu reino. Al que no tenga literas siempre le costará mucho más mantener un perímetro de seguridad y, si no puedes mantener uno, no tienes la menor oportunidad contra nadie.

Max acababa de realizar un reconocimiento rápido de la zona alrededor de su reino-litera y ahora estaba agachado en el catre inferior, donde no podían verlo ni detectarlo. Pensó un rato en el sol y en si se moriría. Pensó si él también moriría algún día. Era una época muy extraña de la vida de Max. Su hermana había intentado matarlo por poderes y a su madre no parecía importarle, ni eso ni el fin del universo. Esa tarde-noche la persona que parecía caerle mejor era Gary, y se estremecía solo de pensarlo. Se preguntaba si el señor Beckmann le permitiría vivir en su casa y, si no, en la cochera con la que había amenazado a los vecinos.

Max, cansado de cavilar, decidió pensar sobre papel y por tanto sacó su diario de debajo de la cama. Su padre le había regalado ese diario al poco de marcharse y había escrito con corrector líquido DIARIO DE DESEOS en la portada. «En este diario —había anotado su padre a modo de instrucciones y orientación—, escribe lo que quieres. Escribe a diario o tan a menudo como puedas lo que desees. Así, cuando te sientas confuso o sin rumbo, podrás mirar este libro y recordarás adónde quieres ir y qué es lo que esperas.» Su padre había añadido a mano tres encabezamientos en todas las páginas. Cada página empezaba así:

QUIERO
QUIERO
QUIERO

Y de ese modo Max había ido anotando periódicamente lo que quería y también otras muchas cosas. Pero esa noche quería escribir más deseos, así que cogió un bolígrafo y comenzó.

QUIERO *que Gary se caiga en un agujero sin fondo.*

QUIERO *que Claire se pille el pie en una trampa para osos.*

QUIERO *que los amigos de Claire mueran por culpa de una solitaria carnívora.*

Luego se detuvo. Su padre le había recordado que el diario era para deseos positivos, no negativos. Le había dicho que los deseos negativos no contaban. Según su padre, un deseo debía ser positivo. Un deseo debía mejorar tu vida al tiempo que mejoraba el mundo, aunque solo fuera un poquito.

De manera que Max comenzó de nuevo:

QUIERO *salir de aquí.*

QUIERO *ir a la Luna o a algún planeta.*

QUIERO encontrar ADN de unicornio y luego criar un puñado de unicornios y enseñarles a atravesar a los amigos de Claire con el cuerno.

En fin. Ya lo borraría más tarde. De momento el mero hecho de escribir y pensar le hacía sentirse mejor. Pero estaba harto de escribir. Quería hacer algo. Pero no quería montar nada con madera y pegamento. No quería tener que utilizar herramientas. ¿Qué quería hacer? Era la pregunta clave de ese día y de casi todos los días.

Max se preguntó cómo podría construir un barco. A lo largo del año había diseñado varias docenas de barcos sobre el papel y ahora se preguntaba si habría llegado el momento de construir uno de verdad y zarpar. Su padre le había sacado a navegar cinco veces el verano anterior y le había enseñado los fundamentos básicos para pilotar una barca pequeña. «¡Has nacido para esto!», le había animado su padre, aunque a Max el mar abierto le daba miedo, le daban miedo las olas malintencionadas y las orcas.

Entonces Max vio el disfraz de lobo colgado de la puerta del armario ropero. Hacía semanas que no se lo ponía. Se lo habían regalado las Navidades de hacía tres años, las últimas que pasó con su padre y su madre, y se lo había puesto de inmediato y no se lo había quitado durante el resto de las vacaciones escolares. Por entonces le iba demasiado grande, pero su madre le había hecho un apaño con alfileres y algo de cinta para que le sirviera hasta que creciera.


Ahora el niño y el disfraz tenían el tamaño perfecto y Max se lo ponía cuando sabía que iba a estar solo en casa y cuando podía pelear con el perro o saltar y gruñir sin que nadie le viera. Y aunque todos estaban en casa, mientras Max miraba fijamente el disfraz de lobo, tuvo la impresión de que este le llamaba. «Es el momento», le decía el disfraz. Max no estaba seguro de que fuera el momento más adecuado para ponérselo, pero claro, nunca había desobedecido al disfraz. ¿De verdad debía ponérselo esa noche? Normalmente se sentía mejor cuando se disfrazaba de lobo. Se sentía más veloz, de líneas más elegantes, más poderoso.

Por otro lado, podía quedarse en cama. Podía quedarse en el fuerte, donde la manta proyectaba una luz rojiza sobre el interior. Una vez hacía unos meses se había pasado un fin de semana entero allí dentro. No recordaba por qué lo había hecho. O tal vez sí. Quizá tuviera que ver con Claire y Meika y cómo se habían reído cuando Max había entrado en el cuarto de baño con la mano hundida en los pantalones. Estaban sentadas en la cama de Claire, por la mañana, y por la mañana Max tenía la costumbre de meterse la mano en el pantalón del pijama. De modo que había entrado en el cuarto de baño para hacer pis y ellas habían estado riéndose durante horas. Desde entonces Max no había vuelto a meterse la mano en los pantalones.

En cualquier caso, después de aquello se había escondido en el fuerte de su dormitorio durante dos días. Su madre le llevaba la comida al fuerte y él jugaba al Stratego y a cartas contra sí mismo y también había enfrentado a sus animales con sus soldados y se había leído dos libros sobre guerras medievales.

Ahora se preguntaba si le apetecía pasarse otro fin de semana en el fuerte. Parecía bastante buena idea. Tenía cosas en las que pensar, sobre la noticia de que el sol expiraría y el vacío resultante aspiraría la Tierra, y quería mantenerse alejado de Claire, que tal vez todavía buscara venganza, y estaba enfadado con su madre, que a veces parecía olvidarse durante horas de que su hijo existía. Y cualquier rato que pasara en su cuarto garantizaba que no tendría que hablar con Gary.

De modo que tenía que elegir. ¿Se quedaría detrás de la cortina a pensar, embebido en su propia confusión?, ¿o se pondría su traje de pelaje blanco y aullaría y arañaría y dejaría claro quién era el jefe de la casa y de todo el mundo conocido y por conocer?

 uuuuuuu!

El aullido era un buen comienzo. Según le habían contado, los animales aúllan como declaración de existencia. Max, de pie en su traje de lobo blanco, se plantó en lo alto de las escaleras y, con un trozo de papel de construcción enrollado a modo de megáfono, aulló otra vez, con todas sus fuerzas.

—¡AAUUUUUUUUUUUUUUU!

Cuando terminó, se hizo un largo silencio.

—Oh, oh —dijo por fin Gary.

«¡Ja! —pensó Max—. Que Gary se preocupe. Que se preocupen todos.»

Max bajó retumbando las escaleras, triunfal.

—¿Quién quiere que lo devoren? —preguntó a la casa y al mundo.

—Yo no —contestó Claire.

—¡Ajá! —decidió Max—. ¡Más números de que le toque primero!

Entró en la salita de la tele, donde Claire simulaba estar haciendo los deberes. Max alzó las zarpas, gruñó y olisqueó el aire. Quería asegurarse de que Claire y todos los demás estaban al corriente de un hecho terrible, a saber: entre ellos se había colado un lobo brillante, sediento de sangre y al borde de la locura.

Claire no levantó la vista.

Al menos le había hablado. Una ventana abierta a una posible reconciliación, así que Max tuvo una idea. Retiró una pinza de madera de una cortina cercana. Medía unos noventa centímetros de largo y estaba cruzada por varias rayas de rotulador. Claire, al verlo acercarse con la pinza, puso los ojos en blanco.

—¿Quieres jugar al Lobo y el Amo? —preguntó Max.

Claire había vuelto a concentrarse en su libro, esforzándose mucho en no hacer caso a su hermano. Ni siquiera le hizo falta decir que no. Sabía decir que no de mil maneras diferentes sin pronunciar una sola palabra.

—¿Por qué no? —preguntó Max a la nuca de su hermana.

—¿Por qué tu disfraz de lobo apesta a culo?

Max se olisqueó rápidamente. Claire tenía razón. Pero era un lobo. ¿A qué otra cosa iba a oler un lobo?

—¿Quieres que te mate algo? —propuso Max.

Clair lo pensó un momento, dándose toquecitos con el lápiz en los dientes de abajo. Por fin miró a Max con los ojos brillantes.

—Sí —respondió Claire—, ve a matar al hombrecillo del salón.

La idea resultaba apetecible. Max sonrió ante la descripción de Gary que había dado su hermana: «hombrecillo».

—Sí —dijo Max, animándose—. ¡Le arrancaremos los sesos y le obligaremos a comérselos! ¡Tendrá que pensar desde el estómago!

Claire lanzó a su hermano la misma mirada que podría dedicarle a un gato con tres cabezas.

—Eso, anda, ve.

Max dio la vuelta a la esquina y se encontró a Gary tumbado en el sofá con la ropa de trabajo puesta, los ojos de rana cerrados y la barbilla completamente hundida en el cuello. Max apretó los dientes y dejó escapar un gruñido bajo y lento.

Gary abrió los ojos y se los frotó.

—Ah, hola, Max. Estoy echando una cabezadita después del trabajo. ¿Cómo va eso?

Max miró al suelo. Otra de las preguntas típicas de Gary: «Un día más, ¿eh?», «¿Cómo va eso?», «Se acabó lo que se daba, ¿no?». Ninguna de sus preguntas tenía respuesta. Por lo visto Gary nunca decía nada que tuviera el más mínimo sentido.

—Mola, el disfraz —dijo Gary—. A lo mejor me compro uno. ¿Qué eres? ¿Un conejo o algo así?

Max estaba a punto de saltar sobre Gary para demostrarle la clase de animal que era —un lobo capaz de arrancarle la carne de los huesos de una sacudida de mandíbulas— cuando su madre entró en la habitación. Llevaba dos copas de vino color sangre y le entregó una a Gary. Gary se incorporó, sonrió con su sonrisa impotente e hizo chocar su copa con la de la madre de Max. Era un espectáculo repulsivo y empeoró todavía más cuando Gary alzó su copa ante Max.

—Salud, conejito.

La madre de Max sonrió al niño y luego a Gary, convencida de que este acababa de tener una ocurrencia maravillosa.

—Salud, Maxie —brindó la madre y luego gruñó, juguetona.

Después recogió un plato sucio y se apresuró a devolverlo a la cocina.

—¡Claire! —chilló—. Te he pedido que recogieras la mesa. Casi es hora de cenar.

Max entró en la cocina con los brazos cruzados, marchando con determinación, como un general inspeccionando a las tropas. Olisqueó ruidosamente, evaluando los aromas de la cocina y esperando a ser detectado.

Como su madre no dijo nada, Max acercó una silla a la cocina y se subió a ella. Ahora estaban a la misma altura.

—¿Qué es eso? ¿Comida? —preguntó Max, señalando algo beige que borboteaba en una sartén.

No obtuvo ninguna respuesta.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó agarrando a su madre de un brazo.

—Paté —contestó ella por fin.

Max puso los ojos en blanco y pasó a otro asunto. Paté era un nombre lamentable

para una comida desafortunada. A Max le pareció buena idea abandonar la silla y saltar a la encimera. Lo hizo.

De pie sobre la encimera, se erguía por encima de todo y de todos. Medía tres metros y medio.

—Por Dios —se quejó la madre.

Max se agachó para inspeccionar un paquete de maíz congelado.

—¿Maíz congelado? ¿Qué tiene de malo el maíz de verdad? —preguntó. Soltó el paquete ruidosamente sobre la encimera, donde aterrizó con un fabuloso estruendo.

—El maíz congelado es maíz de verdad —repuso su madre, sin apenas prestarle atención—. Y ahora bájate de la encimera. Y ve a decirle a tu hermana que saque sus cosas de la mesa del comedor.

Max no se movió.

—¡CLAIRE, SACA TUS TRASTOS DE LA MESA DEL COMEDOR! —chilló Max, más o menos a la cara de su madre.

—¡No me grites a la cara! —le riñó ella entre dientes—. Y sal de la encimera.

En lugar de bajar de la encimera, Max aulló. La acústica del lugar, tan próximo al techo, era estupenda.

Su madre le miró como si estuviera loco. Y lo estaba, porque los lobos están algo locos.

—¿Sabes qué? —dijo la madre—. Eres demasiado mayor para subirte a la encimera y eres demasiado mayor para llevar ese disfraz.

Max se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—¡Pues tú eres demasiado mayor para ser tan baja! ¡Y se te ha corrido el maquillaje!

—¡Que te bajes de ahí!

El agujijón que le había clavado acusándole de ser demasiado mayor para ponerse el disfraz de lobo todavía le dolía. Max notaba cómo se acumulaba su ira. Captó cierta debilidad en la voz de su madre y decidió aprovecharla.

—¡Aliméntame, mujer! —chilló. No sabía de dónde había sacado esa frase, pero le gustó en el acto.

—¡Baja de la encimera, Max!

Max se limitó a mirarla fijamente. ¡Qué pequeña era su madre!

—¡MAX! ¡BAJA! —le gritó ella.

Su madre podía gritar mucho cuando quería. Durante un segundo Max pensó que debía bajar de la encimera, quitarse el disfraz y comerse la cena tranquilamente, porque la verdad era que tenía mucha hambre. Pero luego se lo pensó mejor y volvió a aullar.

—¡Auuuuuuuuuuu!

Su madre arremetió contra él, pero Max logró esquivarla haciéndose a un lado. Saltó por encima del fregadero y luego de vuelta a la silla. Su madre embistió de nuevo pero falló. Max se rió socarronamente. ¡Era rapidísimo! Ella intentó atraparlo

otra vez, pero Max ya no estaba. El niño saltó y aterrizó rodando perfectamente por el suelo. Luego se levantó y huyó de la cocina, riéndose como un histérico.

Sin embargo, al darse la vuelta descubrió que su madre todavía le perseguía. Qué novedad. Rara vez lo perseguía hasta tan lejos. Cuando cruzaron corriendo el salón, Gary tomó nota de la escalada del volumen y la urgencia de la situación. Dejó la copa de vino y se dispuso a intervenir.

Entonces ocurrió algo sorprendente y espantoso en el pasillo delantero: su madre le atrapó.

—¡Max! —exclamó la madre.

Agarraba firmemente el brazo de su hijo con la mano. La madre de Max tenía los dedos largos, más fuertes de lo que aparentaban, y se clavaron en el bíceps del niño. En la mano de su madre, todos los músculos y tendones de Max se volvían de mantequilla y eso a él no le gustaba.

—¿Qué pasa contigo? —gritó la madre—. ¿No ves lo que me estás haciendo? — Su voz sonaba chillona, estridente.

—¡Tú sí que me haces cosas! —repuso Max, en un tono más dócil del que quería.

Para compensar semejante síntoma de debilidad, intentó soltarse. Pateó y se retorció y mientras lo hacía tiró todo lo que había en el banco: el cambio, el correo y el delicado pájaro azul que había hecho en clase de arte. El pájaro se rompió y, los fragmentos salieron disparados como codornices en todas direcciones por el vestíbulo.

Lo que empujó a los dos a detenerse.

Se quedaron mirando el pájaro roto.

—¿Has visto? ¡Estás descontrolado! —dijo la madre—. Hoy no cenas con nosotros. Bestia.

Ahora, como estaba enfadado porque había roto el pájaro, enfadado con Gary porque estaba en casa, enfadado por tener que comer paté y maíz congelado y enfadado porque tenía una bruja por hermana, gruñó y se retorció y —la idea se apoderó de él tan rápido que no pudo resistirse— se agachó y mordió a su madre en el brazo con todas sus fuerzas.

Ella gritó y lo tiró al suelo. Retrocedió, cogiéndose todavía el brazo. Aulló como un animal, con los ojos encendidos, llenos de miedo y furia.

Max nunca la había mordido. Estaba asustado. Su madre estaba asustada. Ahora se veían con otros ojos.

Max se volvió al tiempo que Gary entraba en el vestíbulo. Saltaba a la vista que no tenía claro lo que debía hacer.

—¿Estás bien, Connie?

—¡Me ha mordido! —contestó entre dientes la madre de Max.

A Gary casi se le salen los ojos de las órbitas. No tenía ni idea de qué decir ni hacer. Ya solo el número de acontecimientos le superaba. Abrió la boca y lo hizo lo mejor que pudo: —¡No puedes permitir que te trate así!

La madre de Max le miró desconcertada.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Ahora es culpa mía? ¿Qué quieres que haga?

—¡Algo! ¡Hay que hacer algo! —repuso Gary acercándose con rápidas zancadas al niño.

—¡Aquí este no tiene permiso para hablar! —bramó Max, señalando al hombre de ojos de rana.

Claire entró como un vendaval en ese preciso instante y verlos a todos, a Claire, a Gary y a su madre, mirándole como si él fuera el problema, dio a Max el empujón definitivo. Chilló a pleno pulmón algo así entre un aullido y un grito de guerra.

—¿Por qué me haces esto? —gimió su madre—. ¡Esta casa es un caos contigo dentro!

Se acabó. Max no tenía por qué aguantar eso, nada de todo eso. Abrió la puerta de golpe, saltó al porche y se adentró en la noche.

El aire! ¡La luna!

Los dos se abrieron a Max de inmediato. Sentía como si lo arrastrara la marea. El aire y la luna cantaban al unísono una canción furiosa y maravillosa: «¡Ven con nosotros, niño-lobo! ¡Bebamos la sangre de la tierra y hagamos gárgaras con aplomo!». Max echó a correr consciente de que formaba parte del viento. «¡Ven, Max! ¡Ven al agua y verás!» Iba tan rápido que nadie podría percatarse de que lloraba. Salió del jardín y se dirigió a la calle.

—¡Max!

El burro de Gary le perseguía intentando correr, enfurruñadísimo. Max corrió más rápido, casi volaba, agarrando el aire con las manos mientras dejaba atrás todas las casas que estaban reconstruyendo de cero, el revoltijo de las obras. Cuando miró por encima del hombro, vio que Gary perdía terreno. Al cabo de nada, el hombrecillo pecoso se había detenido, renqueando: estaba doblado por la mitad y se cogía la pierna. Max siguió corriendo y, aunque las lágrimas mojaban su cara, sonreía como un loco. Había ganado. Corrió hacia el final de la calle sin salida, donde la carretera terminaba y comenzaban los árboles.

Max se había librado de su hogar, de su madre, de Gary y de Claire, los había burlado a todos, los había dejado atrás, pero no estaba dispuesto a reposar. Corrió al cobertizo y se sentó unos segundos en el interior, pero se sentía demasiado vivo para quedarse quieto. Se levantó y aulló. Algo en el viento y en la configuración de los árboles y las plantas incrementaba el volumen de su voz; su aullido se retorció y se multiplicaba en el cielo maravillosamente. Aulló más.

Cogió el palo más grande que encontró y comenzó a golpear con él todo lo que podía. Lo blandió, apuñaló árboles y rocas, aporreó ramas y las liberó de su carga de nieve.

Pensó que así era como quería vivir. En adelante viviría en el bosque. Bastaba con esperar un poco y colarse a hurtadillas en casa a por sus cosas: sus cuchillos, algunas cerillas, mantas, pegamento y cuerda. Luego construiría una casa en el bosque, en lo alto de los árboles, y se fundiría con el monte y los animales, aprendería sus lenguajes y juntos planearían el derrocamiento de su hogar, empezando por decapitar y devorar a Gary.

Mientras planeaba su nueva vida, oyó un ruido. No era el viento ni los árboles. Sonaba a angustia, a algo raspando. Max se detuvo, aguzó el oído y el olfato. Lo oyó otra vez. Sonaba a hueso contra hueso, aunque con ritmo. Siguió el ruido hacia el agua, a unos noventa metros de distancia. Bajó el barranco al trote y llegó al arroyo que conducía hasta la orilla. Saltó de roca en roca hasta que vio el cristal negro de la bahía, partido por la mitad por el reflejo de la luna.

Al borde del agua, entre los juncos y las olas que besaban suavemente la orilla, descubrió el origen del ruido: un velero de tamaño medio pintado de blanco. Estaba

amarrado a un árbol y frotaba contra una roca medio sumergida.

Max miró alrededor para ver si había alguien por allí. Le extrañaba que un barco como ese, resistente y utilizable, estuviera libre. Llevaba años visitando la bahía y nunca había visto un barco así, solo y sin propietario. Ni rastro de gente por los alrededores. El barco era suyo, si lo quería.

Fubió. Solo había un poco de agua en el suelo y cuando comprobó el timón, la vela y la botavara, todo parecía funcionar perfectamente.

Si quería, podía soltar amarras y surcar la bahía. Sería mejor que limitarse a pasar los días en el bosque. Podía navegar todo lo lejos que quisiera. Quizá llegara a algún sitio nuevo, a algún lugar mejor, y si no, si se hundía en la bahía o en el océano de más allá, pues muy bien. Su horrible familia tendría que vivir para siempre con esa culpa. Cualquiera de las dos opciones le parecía bien.

Enderezó el barco y lo apuntó hacia el centro de la bahía. Desplegó la vela y sujetó la botavara. El viento soplaba con fuerza; en un periquete Max se abrió camino entre las olas pequeñas de la bahía, rumbo norte.

Solo había navegado de noche una vez, con su padre, e incluso entonces había ocurrido de improvisado. Se habían quedado atrapados en plena bahía sin viento y no habían llevado un remo consigo. Habían matado el rato tratando de recordar todos los dulces que conocían y jugando al ahorcado con un lápiz de cera en el suelo del barco. En ese momento Max cayó en la cuenta de que no tenía ninguno de los elementos de seguridad en los que su padre solía insistir: un salvavidas, un remo, una pistola de bengalas, un recipiente para achicar agua. En el barco solo estaba Max.

Y estaba refrescando. Max solo llevaba puesto el disfraz de lobo y cuando llegó al centro de la bahía y se levantó un viento cortante, cayó en la cuenta de que era diciembre y la temperatura no superaba los cuatro grados, además cuanto más se aventuraba en el lago, más frío hacía. Mientras corría y aullaba, no notaba la garra del viento invernal, pero ahora le atravesaba las pieles —y la camiseta y el calzoncillo, que es lo único que llevaba debajo del disfraz— sin nada que lo impidiera.

No podría navegar así mucho rato. Desde luego no sobreviviría toda la noche; ya le castañeaban los dientes. De modo que decidió poner rumbo a la ciudad en lugar de hacia el océano, dirigirse a la casa que su padre tenía en el centro. Enseguida le pareció muchísimo mejor idea. Navegaría hacia la ciudad, atracaría con todos los yates y cruzaría a pie la ciudad hasta encontrar el piso de su padre y llamar al timbre.

¡Menuda sorpresa iba a llevarse! Sabía que su padre se enorgullecería de él cuando le viera llegar. Estaría estupefacto e impresionado y a partir de entonces vivirían los dos juntos. Bastaba con que Max navegara unas horas en dirección norte y no perdiera de vista las luces a lo lejos. Distinguía el destello apagado de la ciudad en el horizonte y, sabiendo que pronto estaría allí, volvió a sentirse fuerte.

Pero la ciudad parecía alejarse cada vez más en lugar de acercarse. Durante horas Max mantuvo el timón fijo y el viento no dejó de hinchar la vela, pero a medida que pasaba el tiempo, la ciudad encogía. Según la brújula, Max navegaba directo a la ciudad, derecho al nornoroeste, y sin embargo las luces urbanas se empequeñecían, se apagaban.

Max no podía hacer gran cosa. Sabía que navegaba recto. Pero era como si la bahía se ensanchara delante de sus narices, añadiendo distancia entre el barco y su destino. Max se giró y no vio ni rastro de la bahía de la que había zarpado, del bosque de su cobertizo. No vio nada del vecindario. Solo distinguía una luna en lo alto y el resplandor encrespado sobre las olas. No tenía más opción que continuar viajando con el mismo rumbo porque cambiar de dirección carecía de sentido.

Confiaba en que en algún momento de la noche la bahía volviera a ser racional y la ciudad reapareciera. ¡Tendría que contarle a su padre el curioso estiramiento de la bahía elástica! Pero pronto la ciudad desapareció del todo. Durante un instante quedó reducida a un centelleo de luces cada vez más tenues y, al poco, se esfumó. No se atisbaba el menor rastro de tierra en ninguna dirección. Max no quería admitirlo, pero una parte de él sabía que, con toda probabilidad, había salido de la bahía y se encontraba en mar abierto.

Antes tan siquiera de que Max se notara cansado, la luna se había hundido en el agua y el sol había salido a reemplazarla. Max había navegado toda la noche sin dormir y estaba demasiado apabullado para descansar. Continuaba rumbo nornoroeste, pero ahora ya no veía nada en ninguna parte. Ni un pez, ni un pájaro. El viento había amainado y el mar se había vuelto más ancho y más amplio y más interminable y aburrido. Max calculaba que como mínimo debía de estar a siete millones de millas del punto de partida.

Finalmente, mientras el sol subía todavía más, se notó lo bastante cansado para dormir. Recogió la vela, la ató al mástil, aparejó el timón para mantener el rumbo y se durmió.

Cuando despertó, volvía a ser de noche. La misma luna que había dejado hacía solo unas horas estaba de vuelta. Max navegaba en plena noche y no tardó mucho en dormirse de nuevo. Se sentía débil; hacía mucho que no comía nada.

De pronto, impresionado, tuvo por fin la certeza de estar en mar abierto. Por lo visto la brújula no funcionaba y llevaba días sin detectar el menor signo de vida o tierra. ¿Adónde se dirigía? ¿Cuánto podría sobrevivir así? Su mente siguió una docena de derroteros terribles hasta comprender, no sin esfuerzo, que no, que en

realidad, dada la situación, no podía hacer nada. Únicamente cabía navegar en línea recta y esperar que todo acabara bien.

La mañana siguiente trajo consigo el día más largo que Max había vivido. ¡No se acababa nunca! Solo en el barco, con la línea recta del océano ininterrumpida por ningún lado, cada minuto parecía un día, cada hora era más larga que toda una vida.

Se le acabaron las cosas en las que pensar. Llegado el mediodía ya había pensado en todas las cosas que había pensado alguna vez en la vida y luego no le quedó más opción que empezar de cero. Contó todos los estados del país: California, Colorado, Nevada, Oregón, Washington, Idaho, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Wyoming, Nebraska, Illinois, Indiana, Iowa, Michigan, Wisconsin, Kansas, Montana... Se quedó en veinticuatro. Con todo, un récord para él. Pasó lista a todos sus compañeros de clase, dividiéndolos en los que conocía, los que toleraba, los que no conocía y los que le daban un coscorrón cuando tenían ocasión. Nombró a todas las familias de su calle y de la calle siguiente. Recitó el nombre de sus profesores, pasados y presentes, y de todos los miembros de la selección olímpica brasileña de fútbol de ese año.

Nombró a todos sus tíos y tías. A los tíos Stuart, Grant, Scotty, Wash y Jeff, y a las tías Isabelle, Paulina, Lucy y Juliet. La última vez que los había visto a todos juntos había sido en aquella extraña reunión. ¿Dónde había sido? En una cabaña de madera en alguna parte, en Colorado o cerca de Colorado. Estaban en una montaña, en una cabaña atiborrada de gente, olor a pino, a sopa y a carne de venado y había muchísima cerveza, se bebía sin parar. Pescaron y jugaron al Enredos y corrieron por el bosque y luego, cuando llovió, se apretujaron durante largos días con sus noches en la cabaña, demasiado pequeña. Llegaban ruidos de todas las habitaciones, una docena de pataletas diaria y otros tantos malos humores, desaires, silencios y estallidos rayanos con la violencia. Y como no había suficientes camas, casi todo el mundo dormía en la misma habitación, pegados a la estufa, unos encima de otros, emitiendo mil ruidos. Había sido divertido y aterrador y luego otra vez divertido y, al final, afortunadamente, se terminó. Max había dormido las doce horas en coche que tardaron en volver a casa.

Aflojó un clavo del banco del barco y lo arrancó. Lo usó para contar las horas que iban pasando (con la máxima exactitud a su alcance) y marcarlas como haría un prisionero. Grabó su nombre en el borde exterior del barco lo más grande que pudo para que cualquier pez, ballena o nave que se cruzara con él supiera quien gobernaba el navío: MAX, decía el escrito, pulcro y algo amenazador.

Intentó dibujar un mapa del mundo en el suelo del barco, luego garabateó osos pardos —solo sabía dibujar osos pardos; le había enseñado su padre, buen dibujante— y mientras dibujaba el tercero, uno que se comía su propia pezuña, Max decidió

calcular cuánto hacía exactamente que se había marchado su padre.

Empezaba a no tenerlo claro. ¿Hacía tres años? Es lo que contestaba cuando le preguntaban, pero llevaba tanto tiempo dando la misma respuesta que quizá ya hubieran pasado cuatro. Confundía el desarrollo de los acontecimientos.

Recordaba haber visto a su padre con Gary. Pero ¿podía ser cierto? No, era imposible. Y el hombre anterior a Gary, el canoso llamado Peter. ¿Cuándo había aparecido y cuándo se había ido? ¿Podría ser que los tres hombres se conocieran?

Max estaba haciéndose un lío. Pues claro que no llegaron a conocerse. Se habían sucedido de forma lineal. Primero estaba su padre. Luego su padre salió en viaje de negocios: primero un mes, luego dos y después dejó de tratarse de un viaje de negocios. Sencillamente se marchó y enseguida se buscó una casa en la ciudad. Siguió cierta calma. Después su padre regresó durante una semana tormentosa y volvió a irse. De nuevo siguió la calma, durante un año más o menos. Entonces llegó Peter el canoso. ¿Quién era? Era demasiado viejo. Una vez le compró una planta a Max, un helecho, de regalo. Max lo puso en el alféizar de la ventana y posteriormente se aseguró de que se «cayera» al jardín de debajo. Después Peter desapareció... aunque regresó una noche muy tarde y los despertó a todos con sus cantos y sus súplicas. ¿Sí? Ese fue Peter.

Después llegó Gary. Pero ¿y el otro, el que se presentó varias veces en la puerta de casa el año pasado? La madre de Max se había subido con él en el coche, un descapotable pequeño de color ceniza... Max le preguntó a Claire sobre él, pero su hermana le contestó que solo era un colega del trabajo de su madre; según Claire, habían salido en una cena de trabajo. Max estaba seguro de que había algo más, pero Claire y su madre le escondían algunos secretos. Demasiados.

Max navegó durante días y noches. Soportó vientos borrascosos, vientos crueles, vientos gélidos y brisas cálidas y envolventes. Vio olas como dragones y olas como gorriones. Llovió, pero sobre todo lució el sol, un sol terrible y sin imaginación, que hacía las mismas cosas un día tras otro. De vez en cuando avistaba algún pájaro, pez o mosca, pero ninguno que pudiera atrapar y mucho menos comerse. No había probado bocado desde hacía semanas, o lo parecía, y eso le provocaba dolorosos retortijones como si sus órganos internos se estuvieran alimentando unos de otros para sobrevivir.

Pero un día vio una cosa. Un borrón verde en el horizonte, no mayor que una oruga. Medio enloquecido, desconfió de lo que veía y no pensó más en ello. Se echó a dormir.

Al despertar, la oruga se había convertido en una isla. Se erguía sobre él: una playa rocosa bajo unos acantilados inmensos coronados por verdes colinas. La isla parecía llena de vida por todas partes, era un hervidero de ruido y color.

Para cuando Max alcanzó la orilla, se había hecho de noche y la isla estaba a oscuras. Así, una silueta dibujada contra un cielo plomizo, resultaba muchísimo menos acogedora, pero algo en lo alto de las colinas hacía señas a Max. Un resplandor naranja entre los árboles que crecían por encima de la playa.

En cuanto se vio capaz, Max saltó al agua. Creyó que le cubriría al menos hasta la cintura, pero era mucho más profunda. Max no tocaba el suelo con los pies y enseguida se lo tragó la espuma, el blanco de las olas. ¡Y el frío! El agua estaba más fría de lo que parecía posible; lo dejó sin respiración.

Agarró la soga que amarraba el barco e intentó nadar estilo perrito hacia la costa. Por un momento creyó que tendría que soltar el cabo si no quería ahogarse. Pero justo cuando hundió la cabeza en el agua y el barco tiró hacia atrás, sus dedos rozaron la arena y pudo hacer pie. Esa noche no iba a morir y, pensándolo detenidamente, le pareció bien.

Max avanzó a trompicones, empapado y exhausto. Arrastró el barco hasta la playa, lo rodeó con varias peñas y lo ató al árbol más grande que encontró. En cuanto terminó, se desplomó y se quedó tumbado con la mejilla pegada a la arena fría. Una vez descansado, volvió a incorporarse y descubrió que apenas se tenía en pie. Estaba agotado, hambriento y pesado; le sorprendió que las pieles mojadas pesaran tanto. Consideró la posibilidad de quitarse el disfraz de lobo, pero si lo hacía todavía tendría más frío. Soplaban un viento vigorizante y Max sabía que su única oportunidad de entrar en calor —y de sobrevivir— consistía en trepar por el acantilado y abrirse camino hasta la hoguera que había avistado desde el mar.

Y eso hizo.

Los acantilados eran recortados pero fiables. Trepó hasta lo alto en menos de una hora y una vez en la cima, descansó. Mientras jadeaba y miraba abajo —estaría a unos sesenta metros de altura— oyó ruidos provenientes del interior de la isla: crujidos y golpes, gritos y aullidos, el crepitar de una hoguera gigante. Solo en su estado de desesperación y agotamiento habría considerado Max que la mejor opción era echar a correr, trastabillar y arrastrarse por la selva más densa y agreste posible en

pos de los ruidos que parecían emanar de alguna clase de disturbio.

Pero es justo lo que hizo.

Caminó durante horas. Se abrió paso a golpes por la maleza, agachándose por debajo de helechos luminiscentes y codiciosos y deslizándose entre tupidas enredaderas llenas de espinas. Vadeó riachuelos estrechos —de aguas extrañamente calientes— y trepó por grandes rocas cubiertas de un delicado musgo rojo que se aferraba a la piedra como un bordado. A veces el paisaje le resultaba familiar —había árboles, había tierra, había rocas—, pero también muy raro: la tierra parecía listada a franjas marrones y amarillas, como mantequilla de cacahuete y canela después del primer giro de una cuchara mezcladora. Había agujeros, agujeros perfectos, cortados a lo ancho en los troncos de la mayoría de los árboles.

Al cabo de un rato, la piel de lobo, al menos en las espinillas, se secó y Max entró en calor, pero también estaba tan cansado que se dormía de pie. Una y otra vez se despertada de una sacudida y descubría que había estado caminando en sueños.

Siguió avanzando, guiado por el volumen creciente del caos que ocupaba el centro de la isla. Era una mezcla de ruidos rarísima: destrucción y calamidad, pero también parecían oírse risas.

Y entonces, al alcanzar la cima de una colina larga y alta, Max vio la hoguera, grande, rompiendo contra el cielo negro. Una roca gigantesca tapaba gran parte de la hoguera, pero no había duda acerca del tamaño: el fuego teñía de naranja los árboles de alrededor y emborronaba las estrellas del cielo. Era intencionado, tenía un foco y un propósito.

Algo se movió. Max no vio nada.

Primero fue solo un borrón. Luego una especie de criatura saliendo disparada entre los árboles, una figura veloz perfilada desde atrás por las llamas rojas. Podría tratarse de un oso, pensó Max, pero le había parecido que el animal corría erguido sobre dos pies.

Max se arrodilló y contuvo la respiración.

De nuevo una figura cruzó como una flecha entre los árboles. Era del mismo tamaño que la criatura anterior, pero Max hubiese jurado que había visto un pico. A los ojos cansados de Max les pareció que un gallo gigante, de casi cuatro metros de altura, acababa de atravesar corriendo su campo de visión.

Max estaba casi decidido a dar media vuelta y echar a correr —porque ¿qué bien podía derivar de tratar con bestias de aquel tamaño cerca de un fuego de semejante virulencia?—, pero todavía no podía irse. El calor de la fogata le había despertado y tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo allí abajo.

Se tumbó sobre el estómago y se acercó reptando. Le bastaba coronar la roca que se interponía entre él y la hoguera para ver qué pasaba. Estaba avanzando al estilo comando cuando un gato, un simple gato doméstico atigrado, salvo por el tamaño —solo levantaba diez o doce centímetros del suelo—, le saltó delante y bufó.

Max nunca se había topado con un gato de diez centímetros de altura, de modo que no tenía ningún plan de acción. Respondió al gato con un bufido y el animal calló, ladeó la cabeza y le miró con gesto socarrón. Luego se sentó sobre los cuartos traseros, levantó una patita y empezó a acicalarse.

Max oyó más golpes, maderas que se astillaban, pero no vio nada. Lamentó dejar al gatito minúsculo, pero supuso que encontraría a otros de su raza en la isla y, cuando ocurriera, ya se le habría ocurrido qué hacer con ellos.

De modo que avanzó a hurtadillas hacia la fogata. Quería el calor que prometía el fuego y cualquier comida que pudiera haberse asado en él y, más que ninguna otra cosa, quería enterarse de lo que estaba pasando.

Cien metros más y lo descubrió.

Más o menos. Es decir, vio lo que vio pero no se lo creyó. Vio animales. ¿Animales? Criaturas de alguna clase. Enormes y veloces. Pensó que tal vez fueran humanos mayores de lo normal cubiertos por pieles pero eran más descomunales, más peludos. Medían unos tres o cuatro metros de alto y pesaban ciento ochenta kilos o más. Max conocía su reino animal, pero ignoraba los nombres de aquellas bestias. Por detrás parecían osos, aunque eran más grandes, tenían las cabezas más voluminosas y eran mucho más rápidos que los osos o cualquier otra criatura de su tamaño. Se movían con agilidad y destreza: tenían la rapidez de un ciervo o un mono pequeño. Y cada una era distinta, como lo son los humanos: una tenía un cuerno largo y roto en la nariz; otra tenía una cara ancha y plana, pelo greñudo y ojos suplicantes; otra parecía un cruce entre un niño y una cabra. Y otra...

Sí que era un gallo gigante. Era, de lejos, la más extraña de todas. Max se abofeteó para asegurarse de que estaba despierto. Estaba despierto y había un gallo gigante delante de él, a menos de veinte metros, iluminado de lleno por el resplandor de una hoguera virulenta. Resultaba a la vez cómico —parecía un hombre gigante disfrazado de pollo— y poderoso y amenazador.

La criatura gallo parecía frustrada, con la vista clavada en otra criatura, esta de altura y peso similares, pero de forma diferente. La otra tenía una mata de pelo rojizo y rostro leonino de cuya nariz sobresalía un cuerno como el de los rinocerontes. Se daba cierto aire femenino, si es que algo así era posible en una cosa tan fea. Estaba en plena tarea de destrucción, apaleaba un nido grande con un tronco. Entregada y entusiasmada como estaba, recordaba a un niño destruyendo un castillo de arena.

Lo cual parecía molestar muchísimo al gallo.

Max detectó enseguida un patrón en el comportamiento de las bestias. Por lo visto habían llegado a una especie de asentamiento, lleno de grandes nidos redondos —mayores que un coche y fabricados con troncos y palos enormes— y habían decidido destruirlo. Los demolían de forma sistemática. Los destripaban, saltaban encima desde los árboles y se empujaban unas a otras contra las paredes de los nidos, que cedían al instante.

Max se disponía a dar media vuelta y huir de allí —no parecía que tuviera mucho sentido quedarse tan cerca de unas bestias tan destructivas y casi maníacas— cuando (¿era posible?) oyó una palabra.

Estaba casi seguro, había sido una palabra: «¡Adelante!».

Nunca se hubiese imaginado que las criaturas hablaran, pero estaba seguro de haber oído la palabra «adelante». Y mientras repetía el sonido mentalmente, dándole la vuelta, analizándolo, la criatura que tenía más cerca pronunció una frase completa: «¿Está torcida?».

Esta criatura estaba de pie, de espaldas a otra que estaba sentada a sus pies. Por lo visto se habían caído a través de una de las paredes de las chozas y la primera pedía

ayuda, valoraba posibles daños sufridos en su espina dorsal.

—Sí, está un poco torcida —contestó la segunda.

Las dos criaturas se levantaron y echaron a correr.

Max se agachó de nuevo, decidido a observar un poco más, a intentar analizar lo que estaba ocurriendo y por qué.

Una criatura parecía dirigir la refriega. Tenía una cara grande y redonda, cuernos afilados como un vikingo y bolsas negras bajo los ojos. Se preparaba para correr hacia uno de los nidos cuando la criatura con aspecto de gallo se le acercó y le apoyó una mano —no era un ala, por lo visto tenía manos o garras— en el hombro.

—Carol, ¿puedo hablar contigo un segundo?

Max se quedó de piedra. ¿De verdad se había pronunciado esa frase? Se había dicho con una sofisticación tan despreocupada que arrambló con la idea que se había formado de las criaturas. No eran meros monstruos gruñones: hablaban como la gente.

—Ahora no, Douglas —contestó la grande, Carol, y apartó al gallo.

Luego Carol cogió carrerilla y salió disparado contra el lateral de uno de los nidos, reduciéndolo a un montón de astillas.

Entretanto, una criatura gigante con aspecto de toro corría hacia diversas paredes todavía a mayor velocidad. Aunque se la veía desconectada, como si no buscara la aprobación de nadie ni interactuara con nadie.

—Buen trabajo —le dijo Max.

El toro se lo quedó mirando pero no dijo nada. Luego se dio la vuelta y, moviéndose como un barco, se alejó.



DOUGLAS



CAROL



JUDITH

Max vio entonces que una criatura más pequeña parecía inquieta ante tanta actividad. Se asemejaba a una cabra erguida sobre dos patas con el pelo gris blanquecino. Era, con diferencia, la criatura más baja y flaca, de un tamaño más parecido al de Max. La criatura gritaba «¡Alto!» y «¿Por qué lo hacéis?», y entre una frase y otra lloriqueaba de un modo que a Max se le antojó muy poco atractivo. El resto de las bestias le hacían caso omiso sin el menor disimulo.

Max observó y escuchó hasta que al final se hizo una idea de cómo se llamaba cada cual y empezó a comprender que formaban una especie de familia.

Estaba el gallo. El gallo se llamaba Douglas. Parecía lógico y sereno y no le gustaba el modo que Carol y los demás habían elegido para entretenerse.

Carol, el principal instigador y el destructor más motivado, era la criatura más grande, fuerte y chillona. Tenía el pelaje a rayas horizontales en el torso como un suéter y las zarpas grandes y afiladas como cuchillas de carnicero.

Estaba también la hembra del cuerno y la mata de pelo rojo. Se llamaba Judith y tenía una voz aguda y fina y una fuerte carcajada por risa.

A Max le costaba no confundirlos, así que, aplicando sus habilidades para el dibujo de osos pardos, empezó a bosquejarlos en el suelo poniéndole nombre a cada una de sus burdas representaciones.

Ira era el de la nariz de patata y parecía no separarse nunca de Judith. Max dedujo que quizá hasta fueran pareja, aunque una pareja un tanto extraña. Ira desprendía una especie de aura y cierta pose de pobre.



IRA



ALEX.



TORO



KATHERINE

Estaba la de la forma de cabra, Alexander, con una cara que era un gruñido y unas patitas como palillos. Era solo un poquito más grande que Max.

Y luego estaba el toro. Era gigantesco, tal vez de unos cuatro metros de alto y todo él parecía hecho de músculo y piedra. Todavía no había abierto la boca.

Lo cual sumaba seis. En total eran seis bestias. Espera. No, siete. Faltaba la que no participaba de la destrucción. Tenía un rostro melancólico y estaba sentada aparte, sola, sobre una roca con vistas al caos. De larga melena pajiza por la que le asomaban las orejillas, tenía también unos ojos dulces y amables y unos colmillos que, pese a su tamaño (más o menos el de las manos de Max) parecían bastante cucos.

En ese instante Carol, el más grande, estaba lanzando a Alexander, la cabra, por los aires. Lo lanzaba unos seis o nueve metros, luego lo atrapaba y lo lanzaba más alto aún. Parecía peligroso y una locura y Max se moría de ganas de ser la cabra. Quería que lo lanzaran, quería volar, quería derribar cosas a golpes.

Al cuarto lanzamiento, Carol envió a Alexander directo a uno de los nidos. Alexander emergió de los escombros riéndose con una risa falsa, como si no hubiera disfrutado en absoluto de la experiencia pero quisiera parecer dispuesto a cualquier cosa.

Max se sentía cada vez más intrigado. Las bestias saltaban a los nidos desde los árboles, se empujaban unas a otras contra las moles, hacían rodar grandes piedras hasta los restos de las estructuras. En conjunto venía a ser el mejor caos que Max había visto jamás.

Pero enseguida llegó la calma entre tanta acción. Una a una, las bestias abandonaron la destrucción. Se sentaron, y se dedicaron a rascarse y cuidarse las pequeñas heridas.

—Me aburro —dijo una de ellas.

—Yo también —dijo otra.

Al líder, la bestia llamada Carol, no parecía gustarle que acabara la diversión.

—¡Vamos! —rugió—. ¡Acabemos con esto!

Ninguna de las criaturas contestó. La de la nariz de patata se sentó. Carol se le acercó al trote: la verdad es que eran criaturas muy ágiles.

—Ira —le dijo al de la nariz de patata—, todavía no hemos acabado. El trabajo no está terminado.

—Pero ¡estoy cansado! —protestó Ira—. Y nada inspirado.

—Oye, no te creas que vas a salir de esta a fuerza de pareados. ¿Nada inspirado? ¿Cómo puede ser? —Carol se volvió al resto de criaturas—. Venga, ¿a que es divertido? ¿Quién quiere desmelenarse conmigo?

Nadie respondió. Carol saltó de bestia en bestia tratando de crear algo de animación. Cuando se acercó a Douglas, este puso en duda todo el proyecto:

—A ver, Carol, ¿por qué estamos haciendo esto?

Una nube ensombreció rápidamente la expresión de Carol. Sus dientes —un centenar, cada uno de ellos del tamaño de la mano de Max— mostraron algo a medio camino entre una sonrisa y una demostración de fuerza.

—No me digas que tengo que explicártelo, Douglas. Todos sabemos por qué tienen que desaparecer. No eran lo bastante buenos. Ya oíste a Katherine. Dijo que había llegado el momento...

—No me refería a eso —interrumpió alguien.

«La bestia casi bonita de encima de la roca. Debe de ser Katherine», pensó Max.

—Pues todos te oímos decirlo —gruñó Carol—. Dijiste que estaba todo mal, que todo lo que habíamos hecho era asqueroso y había que derribarlo.

Katherine suspiró, exasperada.

—Yo no dije nada de eso. Confundes todo lo que digo.

Carol decidió no hacerle caso.

—Me basta con saber si hay alguien en esta isla lo bastante valiente, creativo y salvaje para ayudarme a terminar el trabajo. ¿Hay alguien dispuesto?

Nadie respondió.

—¿Nadie?

Algo encajó de pronto en Max. Sus pensamientos se alinearon, tenía un plan metódico y claro. Necesitaba ser ese alguien.

Max se lanzó colina abajo y cruzó entre las piernas de Douglas e Ira con cara de total determinación. Las criaturas se erguían sobre él y pesaban miles de kilos más que Max.

—Uau, ¿qué ha sido eso? —dijo Ira, alarmado.

—¡Mira que piernecillas! —chilló Judith.

—¿Qué hace? —preguntó Douglas.

Max intentó demostrárselo. Cogió una antorcha de la hoguera y la lanzó a uno de los tejados. Las llamas prendieron en el tejado con un gran rugido.

Las bestias se entusiasmaron.

Max cogió otra antorcha y la lanzó. Apuntó a otro tejado, pero se pasó de largo; la antorcha voló hasta un árbol y lo incendió. El árbol entero explotó en una llamarada como si estuviera empapado de queroseno.

Las criaturas se entusiasmaron aún más.

A Max le aterraba ver aquel árbol ardiendo, pero no podía hacer nada para extinguir el fuego ni el entusiasmo de las criaturas. Siguiendo el ejemplo de Max, se habían puesto a tirar antorchas a todo: tejados, árboles, ellas mismas.

De pronto una criatura, la que se llamaba Douglas y parecía un gallo, se prendió fuego. Estuvo aullando hasta que se tiró a un arroyo cercano y se apagó, luego se echó a reír descontroladamente.

¡Fum! Otro árbol en llamas. Y otro. Pronto Carol trepó a uno de los árboles mientras las llamas subían cada vez más. Agitó las ramas más bajas y roció de chispas a todos los presentes.

El calor era increíble, y hacía que Max se sintiera más fuerte que nunca. Max bailó bajo las llamas, encantado con tanto caos.

—¡Quemadlos todos! —dijo Carol—. ¡Quemad los árboles!

Y enseguida ardieron docenas. Se incendió todo el bosque.

Por un momento el pánico se adueñó de Max, preocupado ante la posibilidad de haber iniciado un incendio que consumiera la isla entera. Pero tras un breve examen, descubrió que el bosque tenía límites. Por un lado bordeaba un riachuelo y por el otro lindaba con una colina sin árboles. Max confiaba en que el incendio quemaría ese pequeño bosque y luego se apagaría.

Mientras, el espectáculo era impresionante. El cielo estaba naranja. Llovía fuego. Los pájaros abandonaban los nidos y se alejaban de las llamas elevándose como ascuas, retorciéndose y saltando hacia el cielo. Y Max lo había empezado todo.

—Sí —bramó Carol—. ¡Sí, sí! ¡Tiradlos todos!

Y se precipitaron contra uno de los nidos restantes. Al caer se abrió como una caja de sorpresas. Carol emergió de su interior con una sonrisa y se topó con la cara

sonriente de Max.

Juntos levantaron un tronco largo, corrieron hacia otro nido y lo arrasaron. Max nunca había destrozado tanto tan bien y tan rápido. Siguió a Carol hacia uno de los últimos nidos y entre los dos alzaron pesados palos por encima de sus cabezas dispuestos a aplastar el nido al unísono.

—¡Oye, chico nuevo! —espetó Judith—. Ese ni tocarlo.

Max titubeó.

—¿Qué? —A Carol le ofendió semejante orden y negó con la cabeza, indicándole a Max que desoyera la advertencia—. No, sigue adelante. Tíralo.

Judith lanzó a Max una mirada muy severa:

—Ni te atrevas.

Max estaba de pie entre los dos, sin saber a quién obedecer, a quién desafiar.

—No le pongas la mano encima —le advirtió Judith.

Carol, con una risa, pateó con su inmenso pie la estructura y la hizo astillas.

—Hala. Sin manos.

Max tuvo que reírse. Había estado muy bien. Observó a Carol, su compañero de armas, correr al otro lado del claro en busca de cualquier cosa que siguiera en pie.

Max también buscó. Hasta donde le alcanzaba la vista no quedaba nada por destruir. Los árboles, los pocos que seguían en pie, estaban calcinados y sus ramas desnudas o rotas. Max se encontraba en medio de una llanura gris y desolada. Ya no había nidos. Se disponía a ir a felicitar a Carol por una destrucción tan concienzuda cuando Douglas se le plantó delante, cortándole el paso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué? Pues echar una mano —respondió Max.

—Entonces, ¿por qué quemas y destrozas nuestras casas?

—¿Son vuestras? —Primera noticia. Max había dado por hecho que estaban destruyendo el campamento de algún enemigo—. Y entonces, ¿por qué las destrozáis?

—Yo no estoy destrozando nada. No pareces muy observador para alguien que se pasea por ahí blandiendo un palo enorme.

Max soltó el palo.

—Un momento —dijo Alexander, de pie entre las ruinas, solo y lloroso como un niño perdido en un centro comercial—. ¿Dónde vamos a dormir esta noche?

De repente todas las bestias cayeron en la cuenta.

—Es lo que intentaba deciros —se quejó Douglas.

—Pues a mí no me echéis la culpa —dijo Judith.

—¿Por qué no? —repuso Douglas—. Has roto tanto como el que más. Lo has destrozado todo menos tu nido.

—Ya, pero no me lo he pasado bien. Y de todos modos, no es culpa mía.

Douglas meneaba la cabeza.

—Pues entonces, ¿de quién es la culpa?

Judith miró un momento alrededor y se detuvo, bastante contenta, en Max.

—¡Del nuevo! Ha empezado él. Y el incendio también ha sido cosa suya.

Douglas lo meditó un instante y luego asintió, reconociendo que Judith decía la verdad. Esta, sintiéndose autorizada, señaló todavía con más fuerza.

—¿Y sabéis que es lo que creo yo que hay que hacer con un problema? ¡Zampárselo! —dijo, y se dirigió hacia Max.

—Sí —convino Alexander—. ¡El problema es el nuevo!

Ya eran Judith y Alexander los que avanzaban hacia Max. Ira no había prestado atención.

—¿Qué hacéis, chicos? —preguntó.

—Bueno, nos lo vamos a comer —contestó Judith señalando a Max como si eligiera una langosta en un restaurante.

—Vale —dijo Ira, encogiéndose de hombros y empezando a babear.

Max rápidamente se encontró bajo la sombra que proyectaba el trío y muy pronto Douglas y el Toro se unieron al grupo y todo se volvió oscuro y cálido, cargado de olor a bestia. Max retrocedió hasta que topó con un revoltijo de palos y barro donde antes había una casa. No tenía escapatoria. Las bestias también parecían saberlo, porque sonreían. Max miró a una tras otra mientras las cuatro iban acercándose.

—Parece sabroso —dijo Ira.

—¿Sí? —dijo Judith—. No sé. A mí me parece de sabor fuerte.

—¿Fuerte? —se preguntó Douglas—. ¿De veras? Yo diría succulento.

—¿Succulento? —repuso Judith—. No sé. Sabroso, vale, pero succulento, no.

—Yo solo sé que se me abre el apetito solo con verlo —comentó Alexander, metiendo baza.

—Aunque mira que es feo, el chaval, ¿verdad? —apuntó Judith.

—Pues cierra los ojos. Te daré de comer —se ofreció Ira.

—¡Uy, qué romántico! —contestó ella.

—¡Esperad! —bramó una voz desde el otro extremo del campamento.

Era Carol. Max sintió cierto alivio, sin embargo las criaturas siguieron arrinconándolo. Demasiado tarde para detenerlas. Max notaba su aliento caliente en la cara, veía sus dientes enormes, sus incisivos del tamaño de pies. Podían matarlo mucho antes de que Carol tuviera tiempo de intervenir.

Una vez más, la criatura más grande gritó desde la distancia.

—¡Alto!

Ira se relamió. El toro resopló y alargó las manos.

Max sabía que Carol no llegaría a tiempo de salvarlo. Tenía que salvarse él solo... como fuera. Archeó la espalda y con una voz mucho más grave y autoritaria de lo que jamás hubiese imaginado, rugió: —¡Quietos!

Las bestias se detuvieron. Dejaron de moverse, dejaron de hablar, dejaron de alzar los brazos para matar a Max a zarpazos, dejaron de salivar profusamente. Max no se lo creía. No sabía qué hacer a continuación.

—¿Por qué? —preguntó Judith—. ¿Por qué deberíamos parar?

Era una pregunta peliaguda y Max lo sabía. Si él estuviera a punto de morder, pongamos, una fresa y le mandaran parar, también habría exigido una buena explicación.

—Porque... Eh... Porque... —musitó.

Las bestias lo miraban fijamente, a la espera, resoplando por las narices. Max sabía que tenía que ocurrírsele algo enseguida y, para su sorpresa, lo consiguió.

—Porque tengo entendido que una vez no se quedaron quietos y...

—¿Quiénes? —preguntó Judith—. ¿Quién no se quedó quieto?

Entonces llegó Carol y se situó detrás de los otros. Max ya lo había impresionado antes, pero ahora parecía sobrecogido ante la presencia y el poder de aquella pequeña criatura.

—Hum... Los martillos —explicó Max, inventando sobre la marcha—. Eran muy grandes y no sabían estarse quietecitos. Estaban locos. Andaban siempre sacudiéndose y correteando por ahí y nunca se detenían a pensar lo que más les convenía. Así que una vez bajaban al tropel por la ladera de una montaña y ni siquiera vieron que alguien subía a ayudarlos. Y ¿sabéis lo que pasó?

Las bestias, embelesadas, negaron con la cabeza.

—Le pasaron por encima y lo mataron —dijo Max.

Se oyeron algunos gritos ahogados, pero también otros ruidos que venían a decir: Bueno, ¿qué otra cosa iban a hacer?

—Y la cuestión es que le gustaban —añadió Max. Había ido a ayudarles.

—¿Quién era? —preguntó Douglas.

—¿Quién era quién? —contestó Max.

—El tipo que estaba subiendo la montaña.

—Era... —Y una vez más Max buscó a tientas en la negra oscuridad de su mente y encontró, milagrosamente, una gema—. Era su rey.

Max nunca había contado una historia más rara, pero había dejado a las criaturas sin palabras.

Carol dio un paso al frente.

—¿Te gustamos?

Era una pregunta difícil. Max no estaba seguro de que le gustara ninguna de ellas dado que, hacía escasos momentos, estaban dispuestas a devorarlo y comerse hasta sus sesos. Pero por el bien de la supervivencia y porque le habían gustado mucho mientras rompían cosas e incendiaban árboles, contestó: —Sí. Me gustáis.

Ira carraspeó y, con un temblor esperanzado en la voz, preguntó: —¿Eres nuestro

rey?

Rara vez había tenido Max que mentir tanto.

—Claro. Por supuesto —contestó—. Creo que sí.

Una oleada de excitación recorrió a las bestias.

—Uau, es el rey —dijo Ira, que ahora parecía muy feliz.

—Sí —confirmó Douglas—. Parece que sí.

—¿Y por qué es el rey? —preguntó Alexander, todo sarcasmo—. Este no es un rey. Si este es rey, yo también.

Afortunadamente, como de costumbre, el resto de criaturas hizo caso omiso de la cabra.

—Es muy pequeño —apuntó Judith.

—Quizá por eso estará bien —sugirió Ira—. Así cabrá en sitios pequeños.

Douglas se adelantó, como si acabara de ocurrírsele una pregunta definitiva que pudiera decirlo todo: —En el lugar de donde vienes ¿también eras rey?

A Max empezaban a dársele bien las mentirijillas, de modo que esta le resultó fácil.

—Sí. Era el Rey Max. Lo fui durante veinte años.

Un rápido murmullo se extendió entre las criaturas.

—¿Vas a mejorar este lugar? —preguntó Ira.

—Claro.

—Porque, te lo digo yo, está hecho un asco —espetó Judith.

—Silencio, Judith —dijo Carol.

—No, en serio, podría contarte... —continuó Judith.

—Judith, basta —ordenó Carol.

Pero ella no había terminado:

—Yo solo digo que si vamos a tener un rey, ya puestos, podría solucionarnos todos los problemas. Es lo menos que puede hacer después de derribarnos las casas.

—Pues claro que va a arreglarlo todo, Judith —intervino Douglas—. ¿Por qué si no iba a haber un rey y encima iba a venir aquí? —Se volvió hacia Max—: ¿Verdad, Rey?

—Esto, claro, claro.

Carol sonrió.

—Bueno, pues ya está. ¡Es nuestro rey!

Todos se acercaron a abrazar a Max.

—Perdona que pensásemos comerte —dijo Douglas.

—No sabíamos que eras rey —dijo Ira.

—De haber sabido que eras el rey no habríamos intentado comerte, seguro —añadió Judith, y luego se rió con un trino amargo y repentino. Bajó la voz hasta un tono de confidencia—. Nos dejamos llevar.

Max fue atrapado y levantado por los aires para finalmente ser depositado sobre los hombros del Toro. El Toro —porque así parecía llamarse— siguió a Carol al interior de una cueva bajo un árbol enorme. Dentro de la cueva, dos antorchas iluminaban una sala dorada de forma oval.

El Toro bajó a Max y se puso a hurgar en una pequeña pila de escombros que había en el suelo. Al poco sacó un cetro enjorjado de color cobre y se lo entregó a Max. Max lo inspeccionó con actitud reverencial. Pesaba, pero no demasiado. Era perfecto, con el mango tallado a mano y una esfera de cristal en la punta.

El Toro continuó escarbando en los escombros. Movido por la curiosidad, Max se asomó por el lado del Toro y descubrió que no se trataba de un montón de palos y piedras, sino que parecía una pila de huesos. Estaban amarillentos y rotos, eran los restos de una docena de criaturas diferentes. Había cráneos moteados y retorcidos y costillas de formas y tamaños que Max jamás había visto en ningún libro ni museo.

—¡Ajá! —bramó Carol—. Aquí está.

Max levantó la vista y vio que el Toro había encontrado una corona en el montón. Era dorada, toscamente labrada, y el Toro se volvió para colocársela a Max en la cabeza. Max se apartó.

—Espera —dijo, señalando el montón de huesos—. Esos... ¿no serán otros reyes?

El Toro lanzó una fugaz mirada de preocupación a Carol.

—¡No! ¡No! —contestó Carol, entre risas—. Estaban aquí antes de que llegáramos. Hasta entonces no los habíamos visto.

Max no quedó convencido.

—A propósito, ¿qué son? —preguntó Carol al Toro.

El Toro se encogió exageradamente de hombros.

Entonces Carol y él danzaron un baile rapidito sobre los huesos y los dejaron reducidos a polvo.

—¿Ves? —dijo Carol, con una sonrisa y la mirada nerviosa y encendida—. No hay razón para preocuparse. Es solo un montón de polvo. —Se giró hacia el Toro—. La próxima vez ¡asegúrate de barrer!

Carol, viendo la aprensión de Max, dio un paso al frente y habló con gran solemnidad: —Te prometo que no tienes de qué preocuparte, Max. Eres el rey. Y al rey no puede pasarle nada malo. En especial a un rey bueno. Y salta a la vista que serás un rey estupendo.

Max miró a Carol a los ojos, cada uno de ellos del tamaño de una pelota de voleibol. Eran de un verde y un marrón la mar de cálidos y parecían sinceros.

—Pero ¿qué tengo que hacer? —preguntó Max.

—¿Hacer? Lo que quieras —contestó Carol.

—¿Y vosotros qué tenéis que hacer?

—Lo que tú quieras que hagamos. —Carol respondió tan rápido que convenció a Max.

—Entonces, vale.

Max agachó la cabeza y recibió la corona. Carol se la colocó con delicadeza. La corona pesaba, estaba fabricada con algo parecido al hierro y el niño notó el metal frío en la frente. Pero le quedaba bien y sonrió. Carol reculó para contemplarlo y asintió, como si por fin todo estuviera en su sitio.

El Toro levantó a Max y se lo subió al hombro y, cuando salieron por el túnel, se escucharon los vítores ensordecedores del resto de las bestias. El Toro paseó a Max por el bosque mientras todo el mundo gritaba y bailaba de forma espantosa — rociando mocos y babas a diestra y siniestra— pero festiva. Al cabo de unos minutos, el Toro depositó a Max sobre un montículo cubierto de hierba y las bestias se reunieron a su alrededor, mirándolo con expectación. Max comprendió que se esperaba que dijera algo, de modo que dijo lo único que se le ocurrió: —¡Que empiece el jaleo!

Las bestias gritaron entusiasmadas. Luego esperaron a que Max les dijera lo que hacer. Sabían montar jaleo, pero querían tener la seguridad de que lo hacían de un modo que agradara a su rey.

Max bajó bailoteando por el torso del Toro y empezó a girar como un derviche.

—¡Haced lo mismo que yo! —pidió.

Y lo hicieron. Las bestias eran pésimos derviches, de giros torpes y lentos, pero así resultaba más entretenido para Max. Las miró y se rió mientras giraban formando una masa mareante de pieles y pies que acabó por los suelos.

Durante las cinco o seis horas siguientes, Max pensó en todas las cosas divertidas que se le ocurrieron y se aseguró de que las bestias las hicieran con él.

Se sentó a lomos de Ira y le hizo hacer de caballo (aunque Ira nunca había oído hablar de caballos). Las puso en fila a todas como fichas de dominó y les ordenó que se tiraran unas a otras. Las hizo formar una pirámide y trepó a lo más alto y la desmoronó a propósito. Las bestias eran excelentes excavadoras, así que Max les mandó excavar docenas de agujeros, agujeros inmensos, sin ninguna razón. Luego tocó volver a derribar árboles, los diez o doce que quedaban. La tarea de Max consistía en idear todas las maneras posibles de derribar un árbol y hacer cuanto más ruido mejor.

Luego a Max le pareció buena idea subir corriendo la colina más cercana y bajar rodando como peludas bolas de tierra gigantes. De modo que echó a correr y las bestias lo siguieron colina arriba. En la cima, les enseñó cómo había que hacerlo. Bajó dando volteretas por la ladera cubierta de hierba y al acabar vio que Douglas y Alexander seguían su ejemplo y ya rodaban montaña abajo. Pero al triple de velocidad que él, de modo que iban directos a por Max.

Max se apartó de un salto justo a tiempo y anotó mentalmente que debía recordarles que la próxima vez que rodaran por la montaña y él anduviera cerca, tuviesen más cuidado. Pero mientras estaban limpiándose el polvo, Carol y Judith bajaron como bólidos, todavía más rápido que sus predecesores y, de nuevo, directos a Max. Una vez más, el niño tuvo que apartarse de un salto, pero esta vez la bola-Judith le pisó un pie y Max aulló de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó Judith, desenrollándose a los pies de la colina.

—¡Me has pasado por encima del pie!

Judith le miró sin comprender.

—¿Y?

—¡No deberías hacerlo!

Judith le miró como si acabara de soltar la mayor de las locuras. Max pensó por un momento en darle un porrazo en la cabeza con un palo o una piedra. Buscó alrededor algo que le sirviera. Pero Carol intervino antes de que lo encontrara.

—Judith, ¿has rodado por encima del pie del rey? —preguntó Carol.

—No sé lo que he hecho —replicó ella, secamente—. No me acuerdo. Un momento, ¿dónde estoy?

—Sabes perfectamente lo que has hecho —repuso Carol, acercándosele más—. Y si vuelves a hacerlo, te juro que me como tu cabeza.

Max, halagado por el hecho de que Carol hubiera salido en su defensa pero asustado por la amenaza, le dio unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada, Carol. Pero gracias.

Judith estaba horrorizada.

—¿Gracias? ¿Le das las gracias porque amenaza con comerse mi cabeza? ¿Le das las gracias por eso? ¿Qué clase de rey agradece que amenacen con comerse la cabeza de uno de sus súbditos?

Mientras Max intentaba confeccionar una respuesta, Ira trataba de deducir el punto de vista del rey.

—¿O sea que deberíamos intentar no rodar por encima de tus pies cuando nos hacemos una bola pero, si lo hacemos, alguien se come nuestra cabeza?

—Sí —contestó Carol, aliviado porque por fin alguien entendía lo evidente.

—¡No! —gritó Max—. No. Nada de rodar sobre mis pies y nada de comer cabezas. Ni ninguna otra parte de los demás. Es la norma principal, ¿de acuerdo?

—¿Y si queremos? —preguntó Douglas.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, no deberíamos comer cabezas, eso tiene sentido. Pero ¿qué ocurre si nos encontramos en una situación en la que de verdad queremos comernos la cabeza o el brazo de alguien?

De nuevo se extendió un amplio murmullo de apoyo ante una pregunta tan meritoria.

A Max le estaba costando no exasperarse. Respiró hondo varias veces y explicó, todo lo despacio y cuidadosamente que supo, las normas por las que quería que se rigieran sus súbditos. No se comerían unos a otros bajo ninguna circunstancia —ni aunque quisieran— y no se arrollarían unos a otros de ninguna manera y no...

Alexander interrumpió.

—¿Y si a alguien se le cae la cabeza? A veces ocurre. Entonces ¿nos la podemos comer? —preguntó suscitando un coro de murmullos de aprobación.

—¡Nada de comerse! —rugió Max—. No se comen partes de otro bajo ninguna circunstancia. Nunca. Ni siquiera si se cae una cabeza.

Max quería dejar de hablar y ponerse a aullar, de modo que echó a correr y los guió a todos al borde de la isla.

—¡Vamos! —ordenó, y todos le siguieron.

Fue dando volteretas por el camino y los demás también las dieron. Brincó y ellos también brincaron... o lo intentaron. Imitó el sonido de una metralleta y ellos lo intentaron. Y pronto llegaron a lo que debía de ser el punto más elevado de la isla, un acantilado con vistas al mar, a cientos de metros por encima del océano. Cuando

todos se hubieron reunido al borde del acantilado, Max supo que no había nada más apropiado que aullar.

De modo que aulló. Las bestias también aullaron, más alto y mejor que Max, pero a él no le importó. Nada podía superar aquel momento, ni estropearlo. Max aulló y aulló y se sintió más él —en parte viento y en parte lobo— de lo que jamás se había sentido.

Nada podía estropear aquel momento, ni siquiera cuando Alexander se unió al grupo, los empujó a todos por detrás y casi mata a Max. Cuando Alexander chocó con el grupo, la colisión continuó hasta que alguien golpeó con fuerza a Max y de pronto el suelo desapareció bajo sus pies. Max miró abajo una fracción de segundo y solo vio el revoltijo blanco del mar encontrándose con las rocas calcáreas del fondo. Pero justo cuando comprendió que estaba en el aire, que estaba a punto de caer al océano desde ciento veinte metros de altura, algo tiró de él y lo depositó en tierra firme. Había sido Carol. Lo atrapó justo a tiempo y rápidamente lo devolvió al suelo. Max estaba demasiado impresionado, demasiado incrédulo, para asimilar lo cerca que había estado de desaparecer del mundo de los vivos. En cambio, plantó los pies separados en el suelo y aulló al mar al que habían privado de sus carnes.

El resto de las bestias se sumó al grito. Aullaron muy fuerte, como locas. Aullaron hasta quedarse roncas. Y cuando ya no pudieron aullar más, Max oyó unas risillas provenientes de un lado del grupo.

Se volvió y vio a Katherine, la del pelo greñado, sonriéndole con expresión de suficiencia, cómplice.

—¿Qué? —preguntó Max.

—Nada —contestó ella.

Tenía voz de mujer joven y dejada. Una voz grave y áspera, pero atractiva, incluso musical.

Max la miró sin comprender. Le intimidaba su sonrisita.

—¿Qué?

—Nada. Te diviertes —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Nada?

—Quiero decir lo que digo. Es bonito.

Justo entonces Max oyó un golpetazo en el bosque. Miró entre los árboles, entre lo que quedaba de ellos, y vio a Carol saltando en el aire, como un canguro pero mucho más fuerte. Cada salto mandaba a Carol a unos doce metros de altura y cada vez que aterrizaba se oía un golpe atronador.

Katherine parecía intuir que Max quería irse con Carol.

—Vete —le dijo—. Nos vemos luego.

—Vale —dijo Max, y se adentró corriendo en el bosque en pos de Carol, tratando de llamar su atención—. ¡Eh! —chilló—. ¡Eh!

Carol fue aminorando el ritmo y al final paró. Max le alcanzó. La bestia sonrió, resoplando por las narices.

—Saltas muy bien —dijo Max.

—¡Sí, ya lo sé! Mejor de lo que crees. ¡Mejor incluso de lo que pienso!

Max se había fijado en una rama grande y recta por encima de ellos y tuvo una idea.

—¿Podrías saltar a ese árbol y engancharte con los dientes?

Carol hizo una mueca.

—Pues claro.

La bestia saltó unos seis metros con la enorme boca abierta y, cuando alcanzó la rama, calculó mal. En lugar de atrapar la rama con los dientes, la golpeó con la nariz y cayó al suelo torpemente. La tierra tembló.

—Ay —se quejó.

Max se disponía a disculparse y poner fin al experimento, pero Carol estaba decidido a hacer lo que Max le había pedido. Volvió a saltar, gruñendo durante toda la subida, y esta vez atrapó la rama entre los dientes. Se quedó colgando de la rama y miró a Max con orgullo.

—¿Así? —preguntó. Con el árbol en la boca, sonó como «¿Afi?».

—Sí, muy bien —contestó Max, sinceramente impresionado.

Ni Max ni Carol tenían muy claro qué hacer a continuación. Carol no quería bajarse tan pronto y Max estaba entretenido mirándolo desde el suelo, viéndolo colgar de la boca.

—¿Qué tal tiempo hace ahí arriba? —preguntó Max.

—Bueno —intentó decir Carol.

Max se rió.

—¿Cuánto pesas?

Carol intentó decir «No lo sé», pero le salió una especie de ladrido apagado. Max se rió aún más.

—¿A qué sabe el árbol? ¿Sabe a paté?

Carol no tenía ni idea de lo que era el paté, pero el sonido tan ridículo de la palabra le hizo reír y, al reírse, los dientes soltaron la rama y volvió a desplomarse contra el suelo.

—¡Au! —gritó.

—Perdona —dijo Max. Se sentía fatal por haber tenido la idea y provocar que Carol se cayera.

—¡No, no! —repuso Carol, bailando de dolor, girando, tapándose la boca y pisoteando con fuerza—. No es culpa tuya. Ha sido divertido. Es solo que se me ha metido algo en la boca o algo así.

Aparecieron entonces Ira y Douglas. Douglas arrastraba a Ira de los pies, como un cavernícola a su mujer pero al revés. Ira parecía extremadamente relajado mientras lo arrastraban, como si estuviera reclinado en una hamaca.

—Hola, chicos —saludó Carol, de pie delante de ellos—. Mirad aquí. ¿Tengo un trozo de rama?

Carol se acercó a Ira y Douglas y abrió su boca gigante y mojada mostrándoles dos centenares de dientes enormes yafiladísimos dispuestos en tres filas concéntricas. Douglas se apartó un poco de Carol.

—Yo no veo nada —dijo—. Limpio como una patena.

Carol bajó la vista hasta Ira, que seguía tumbado en el suelo, en busca de una respuesta.

—Nada. Limpio como una patena —confirmó Ira, aunque en modo alguno podía haber visto algo desde ese ángulo. Miró a Max y le tendió la mano—. Todavía no nos han presentado. Soy Ira. Yo hago los agujeros de los árboles. ¿Los has visto? Puede que no, no sé. En fin, es lo que hago. En realidad no ayuda a nadie, no como tú. No es crucial para el futuro del mundo, no como tú. Y probablemente ya conoces a Douglas. Es el único que trabaja. Indispensable. Constructor. Fabricante. Estabilizador de lo inestable...

—Eh. Céntrate —pidió Carol, señalándose a la boca otra vez—. Tienes que acercarte más.

—Je, je. Tiene buena pinta —dijo Ira—. Limpia. Limpia como una...

—Sí, ya, como una patena —terminó Douglas. Los dos parecían tener muchísima prisa por alejarse de la boca abierta de Carol—. Venga, Ira, tenemos que irnos y... amontonar piedras.

Douglas marchó delante de Ira. Al verlos irse, el rostro de Carol se endureció. Max lo vio todo, preocupado por Carol y por el modo en que Ira y Douglas no parecían confiar en que este no se los comiera. Mientras Max intentaba imaginar por qué dos buenos amigos de Carol no querían acercarse a su boca, Carol se volvió hacia él.

—Oye, Rey, ¿se me ha metido algo en los dientes? —preguntó.

Se agachó cerca de Max y abrió la boca.

Max se asomó dentro.

—Yo no veo nada.

Carol abrió aún más la boca.

—Tal vez si entras más...

Max, sin pensarlo dos veces, apoyó la rodilla en las encías de Carol y se aventuró dentro de su boca.

—No, no. Más adentro —le animó Carol.

Max entró todavía más, arrodillándose en el borde alveolar de Carol. El interior de la boca estaba mojado y el olor echaba para atrás.

—¡Oooh! ¡Tienes mal aliento!

—Cuidado —dijo Carol, riendo—. Que podría arrancarte la cabeza de un bocado.

Y entonces Max descubrió el problema. Había un fragmento de corteza, del tamaño de un guante de béisbol, atrapado entre dos de los negros dientes de Carol.

—Es un trozo grande —informó Max mientras lo quitaba con cuidado.

Salió de la boca de Carol y le mostró la corteza como si fuese un pez de trofeo.

Carol la miró, sorprendido de que fuera tan grande.

—Vaya, gracias. —Cogió la corteza un momento y la observó con atención—.

Gracias, Rey. No sabría explicarte cuánto significa para mí —añadió, y miró a Max como si lo viera por primera vez.

Irrumpieron entonces Judith, el Toro y Alexander, que corrían hacia ellos con los ojos vendados y cargados con una docena de gatitos cada uno. Pasaron de largo junto a Max y Carol riéndose como locos y siguieron colina abajo en dirección a lo que quedaba de bosque. Max supo que tenía que seguirles, que tenía que conseguir una venda para los ojos y algunos gatitos y eso hizo.

Alo largo de la noche armaron muchísimo más jaleo, no pararon hasta que la noche clareó y dio paso al amanecer y el amanecer se convirtió en mañana.

Max comenzaba a cansarse por fin cuando vio a Katherine, la criatura que le había dedicado una sonrisita de complicidad. Estaba sola, contemplando el tumulto desde lejos. Max la observó asimilarlo todo y procesarlo con cierto desdén.

Después Max hizo lo evidente: trepó a un tronco de árbol inclinado hasta situarse por encima de Katherine y saltó sobre ella gruñendo como un lobo.

Sorprendida, Katherine retrocedió y cayó al suelo, entre risas.

—¡Voy a comerte para desayunar! —gritó el niño mientras simulaba tener la barriga de avena y una cuchara por dedo.

—Vale, vale —suspiró Katherine—. Pero nada de especias. Estoy rica al natural.

Lo cual hizo reír a Max y arrancó una risotada ensordecedora de Katherine, y las risas llamaron la atención del resto de las bestias.

—Ve para allá y sé sociable —dijo Judith empujando a Alexander en dirección a Max y Katherine.

Ahora Max estaba encima de Katherine y Alexander encima de los dos y, como parecía que estaban levantando una pila, Carol llegó corriendo y saltó encima de todos. Max, viendo hacia donde apuntaba el asunto, se agachó, buscó un hueco seguro y se cubrió la cabeza. Pronto Judith saltó abordo e Ira la siguió, igual que Douglas y el Toro. A cada aterrizaje, la tierra temblaba.

Una vez estuvieron todos, Max descubrió que había terminado en un hueco en el fondo del montón. El lugar estaba oscuro y lleno de pelo, pero el niño se imaginaba el aspecto que tendría la melé desde fuera: unos cinco mil kilos de carne peluda en una pila de nueve metros.

Dentro rebotaban gruñidos y bromas.

—Alguien me ha metido la pierna en el sobaco.

—¿Quién está babeando?

—¿Babas? Creía que era cera de los oídos.

—¿Quién me hace cosquillas?

—No tiene gracia, Carol. Para.

—Es cera de los oídos. Pero no sabe como la mía.

La colección de cuerpos había creado una red de túneles tamaño Max, así que el niño empezó a recorrerlos. Mientras se paseaba le entraron ganas de hacerles cosquillas a todos y no se reprimió, con lo que subió todavía más el volumen de las risas. Eran unas risas profundas, estruendosas y vibrantes que sacudían las paredes de los túneles y los modificaban y, de repente, una pierna de Max quedó atrapada debajo de una pila de grasa y pelos. Max estiró en vano. Empezó a sentir claustrofobia y algo más que simple nerviosismo.

Una cabeza de la pared de cuerpos se volvió de pronto y un par de ojos enormes

se abrieron como dos focos cobrando vida. Max alzó la vista. Era Katherine.

—Hola —saludó la bestia.

—Hola —contestó Max.

—¿Estás bien?

—Se me ha enganchado un pie.

Con el brazo libre, Katherine apartó los michelines de alguien y liberó el pie de Max.

—Me debes una.

—Vale. —A Max le gustó la idea de deberle algo.

Katherine miró al niño y sonrió fugazmente.

—Ay, ni siquiera puedo mirarte.

Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué? —preguntó Max.

Katherine mantuvo los ojos cerrados y una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo sé. Supongo que pareces bueno.

—¿Qué quieres decir?

Ella abrió solo un ojo, solo una rajita.

—Sí, uf. No se puede aguantar.

Max no supo qué decir. Katherine abrió el otro ojo un poco.

—Empiezo a acostumbrarme —explicó, bizqueando—. Pero es como mirar fijamente una luz muy brillante.

Max sonrió. ¿Katherine estaba viendo algo nuevo en él? Notaba cómo se le disparaba el estómago, partiéndose, resbalándole por las piernas: le gustaba aquella criatura, sus ojos brillantes y su voz áspera, le gustaba tanto que Max no podía controlar su interior.

—Y bien, ¿por qué has venido? —preguntó Katherine.

Max se aclaró la garganta y pensó cómo explicarlo.

—Bueno, soy explorador —contestó, tratando de parecer profesional—. Exploro.

—Ah. Entonces, ¿no tienes familia ni hogar?

—No. Bueno. Es decir... —Bien pensado, era una pregunta difícil. ¿Qué había sido de su familia? Tenía la impresión de que hacía meses que no los veía. Intentó explicarse—: Bueno, tenía una familia pero...

—¿Te la comiste? —espetó Katherine, emocionada.

—¡No! —exclamó Max.

Katherine enseguida dio marcha atrás: —¡Pues claro que no! ¿Quién haría algo así?

Max se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué pasó?

Max no estaba seguro de cómo explicar lo ocurrido.

—No lo sé —empezó a decir—. Hice algo. Es decir, creo que hice cosas que hicieron que dejara de gustarles.

—De modo que te marchaste —dedujo Katherine con total naturalidad—. Tiene sentido. ¿Regresarás?

—No. No puedo. Provoqué daños permanentes.

Katherine asintió con expresión grave.

—Daños permanentes. Vaya, suena a cosa seria. —Y con la misma rapidez, una sonrisa todavía más grande y dentada que la anterior iluminó su rostro—. Bueno, ahora eres nuestro rey. Puede que aquí hagas un buen trabajo.

Max estaba convencido de poder hacerlo.

—Sí, lo haré —contestó.

Justo entonces, un cuerpo encima de Katherine se movió y por lo visto aumentó la presión sobre su cabeza. Katherine parecía dolorida, su sonrisa soñolienta mutó en una mueca contrahecha.

—¿Estás bien? —se interesó Max.

—Sí, estoy acostumbrada a estas cosas. En fin, buenas noches —se despidió Katherine, aunque seguían aplastándole la cara.

—Buenas noches —dijo alguien más.

Las bestias empezaron a desearse buenas noches y así se inició un barullo de comentarios acerca de los mejores momentos de la juerga.

Ira se rió.

—¿Te acuerdas cuando te hemos tirado, Judith? Estabas guapísima.

—¿Me estás diciendo que estoy más guapa cuando vuelo? ¿Estaba guapa cuando me he dado un cabezazo con una roca? —De pronto chilló—: Eh, ¿quién me está haciendo cosquillas?

Ira recibió el siguiente.

—¡Eh, tú! Creo que es Carol. ¿Eres tú, Carol?

Carol se rió.

—¿Quién, yo? Yo jamás...

Judith resopló.

—Llevabas años sin hacer cosquillas, Carol. ¿Es influencia del nuevo rey? ¿Debemos esperar más cosquillas en el futuro?

—¡Te he dicho que no era yo!

Entonces Judith chilló otra vez.

—¡Ahí no, Carol! ¡Me siento vulnerable! ¡No!

Mientras el resto de la pila se calmaba y empezaba a dormirse y a roncar, Max se arrastró fuera del montón en busca de aire fresco. Se acomodó en el borde de la montaña de pieles y apoyó la cabeza en la pierna de alguien. El cielo empezaba a cambiar, el mundo palpitaba bajo la vaporosa luz rosa del alba. Por todas partes había escombros, como después de un terremoto, y Max se sintió en casa.

Max seguía medio dormido, con los ojos cerrados, cuando notó que rebotaba. Un viento suave le acariciaba la cara y el aire era frío y seco. Dedujo que ya no estaba en la melé: el olor habría sido fuerte, el ambiente habría estado cargado de efluvios a pieles sudadas. Por un momento temió estar de vuelta en el mar embravecido, pero cuando abrió los ojos vio los cuernos inmensos y amarillentos de Carol a izquierda y derecha y comprendió que estaba sobre los hombros de la bestia, que lo transportaban a varios metros del suelo.

—No quería despertarte —dijo Carol—. Pero me alegro de que te hayas despertado. Quiero enseñarte algo.

—Vale —dijo Max, empezando a asimilar lo que le rodeaba. A un lado, el mar se adivinaba al fondo, dorado, resplandeciente e infinito y el cielo era de un llamativo azul cobalto. Allí en la isla, encaramado a los hombros de Carol, todos los colores parecían el triple de claros y luminosos, vibrantes.

Max se llevó la mano a la cabeza.

—¿Dónde está la corona?

—Hoy no la necesitas —explicó Carol—. Te la he guardado debajo de la hoguera.

—Ah. Vale, gracias —contestó Max.

Solo al cabo de un momento cayó en la cuenta de que no sabía qué hacía su corona debajo de la hoguera. Pero para Carol parecía tener sentido y Max no quiso cuestionar sus costumbres.

Se alejaron del acantilado y atravesaron el bosque, de maleza extraña y nueva: helechos naranjas, musgo amarillo y enredaderas blancas como el mármol.

Max intentaba no perderse detalle, pero estaba exhausto. No debía de haber dormido más que unas horas. Y estaba sucio. Olía todavía más que antes a sus secreciones corporales y además ahora sus propios olores se veían intensificados por los hedores mucho más repugnantes de las bestias. No era muy aficionado al aseo personal, pero de verdad que esa mañana se moría de ganas de darse una ducha larga y caliente.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Carol.

—¿Yo? Navegando —contestó Max.

Carol silbó con total naturalidad.

—Uau. Debes de ser un marinero excelente.

—Sí. Pero no me gusta mucho navegar —repuso Max recordando de pronto lo aburrido que había sido, el incesante destello cegador del sol contra el agua.

—Ya, a mí tampoco —convino Carol, emocionado—. ¡Navegar es aburridísimo! Y lo que más odio en el mundo es aburrirme. Si ahora mismo el aburrimiento se plantara delante de mí... —De repente subió la voz—. No sé si podría dominarme.

Probablemente ¡me lo zamparía!

Los dos se rieron. Max entendía perfectamente de lo que le hablaba Carol. Él mismo había querido zamparse o matar a montones de cosas aburridas. Tantas que no se podían contar.

Por el camino Max se fijó en una hilera de árboles con agujeros en el tronco. Eran agujeros nítidos y redondos, de la altura aproximada de una bestia. Debían de ser los agujeros de Ira.

—Anoche estuviste charlando con Katherine —dijo Carol.

—¿La chica? Sí. Es maja.

—Sí, sí que lo es. Es dulce. Es... es eh... —Carol fingió reír entre dientes—. Apuesto a que te ha hablado de mí.

—No —contestó Max, intentado recordar—. No me ha dicho nada.

—¿No? ¿En serio? ¿Nada? —Carol dejó escapar una risotada, divertido—. Fascinante.

Max y Carol continuaron por un sendero sinuoso.

—¿Vosotros tenéis padres? —preguntó Max.

—¿A qué te refieres?

—¿Un padre y una madre?

Carol miró al niño con expresión desconcertada.

—Por supuesto. Todo el mundo tiene padres. Lo que pasa es que yo no hablo con los míos porque están como cabras.

Atravesaron algunos de los paisajes más estrambóticos que Max había visto o soñado. Montañas que temblaban como gelatina, ríos que cambiaban de sentido en plena corriente, árboles pequeños cuyos troncos, casi traslúcidos, se tragaban la luz del sol y la convertían en algo rosa y vidrioso.

—Mira, Max —explicó Carol mientras salían de un bosque y se adentraban en una zona de tundra y arena azul grisácea—, todo lo que alcanzas a ver es tu reino. Casi toda la isla, prácticamente. Los árboles con agujeros son de Ira, por supuesto, y parte de la playa es más o menos de Katherine, pero el resto es todo tuyo. Y después hay zonas del bosque en que los animales te matarían sin dudarle aunque seas el rey. Son muy obstinados, no les hagas caso. Pero, por lo demás, está claro que eres el gobernante supremo y puedes hacer lo que quieras con las cosas. Y si alguien te dice lo contrario o intenta comérsete la cara o alguna extremidad, vienes y me lo dices, que ya los aplastaré yo con rocas o algo.

Max estuvo de acuerdo.

Entraron en una llanura amplia, rocosa y desolada. Max conocía esa clase de paisaje de la clase del señor Wisner. Bajó de los hombros de Carol para inspeccionar

los alrededores.

—¿Ves esa roca? —dijo Max, señalando un fragmento curvo de obsidiana—. Antes era lava. Y algún día será arena.

Carol quedó genuinamente impresionado.

—¿Y qué será después?

—No lo sé... —contestó el niño, perdido—. ¿Polvo?

—Polvo, ¿eh? Pensé que dirías fuego.

Caminaron un rato. Solo se oía el viento.

—¿Sabías que el sol se morirá? —preguntó Max.

Max lo soltó sin más, sin planearlo. Pero una vez dicho, se alegró de preguntar. Imaginó que quizá Carol tuviera la respuesta.

Carol se detuvo y miró abajo, a Max, y luego arriba, al sol.

—¿Qué? ¿Ese sol?

Max asintió.

—¿Morirse? ¿Cómo va a morirse? —preguntó Carol, sinceramente desconcertado.

—No lo sé. Se oscurecerá y tal vez se convierta en un agujero negro.

—¿Un qué negro? ¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha contado eso?

—Mi profesor. El señor Wisner.

—¿El señor Wis-qué? No tiene sentido. —Carol volvió a mirar al sol, quieto y reluciente—. No va a pasar nada de eso. ¡Eres el rey! Y mírame a mí. ¡Somos enormes! —Extendió los brazos con las manos abiertas, ensanchando su enorme pecho—. ¿Cómo pueden unos tiarrones grandes como nosotros preocuparse por una cosita tan pequeña como el sol?

Max sonrió débilmente.

—¿Quieres que me lo coma, Rey? Saltaré y me zamparé al burro ese antes de que le dé tiempo a morirse.

Carol saltó tratando de agarrar el sol con su zarpa peluda. Max se rió.

—No, no. No lo hagas.

—¿Seguro? Parece jugoso.

—No, da igual.

Carol apoyó la mano en la cabeza del niño.

—Vale. Pero ya me dirás. Venga, casi hemos llegado.

Caminaron entre la lava y luego atravesaron un laberinto de piedras plateadas altas y afiladas con forma de dientes. Las había a cientos, por todas partes.

—Espera a que llegemos —dijo Carol, emocionándose—. Te va a encantar. Si alguien puede apreciarlo, ese eres tú. Comprendo tu modo de ver las cosas. Tienes buen ojo.

Justo entonces un animal enorme —de al menos dieciocho metros de altura—

pasó lenta y pesadamente a lo lejos, por encima de un saliente desierto. Se parecía mucho a un perro.

Carol bizqueó y se protegió los ojos con la mano para ver mejor.

—Bah, es un perro. Yo ya no hablo con ese.

Max y Carol treparon por una ladera empinada de descomunales rocas plateadas. Las enormes piernas de Carol hacían que subir por rocas gigantescas le resultara mucho más fácil que a Max. Mientras que Carol saltaba de una a otra como por unas escaleras, Max sufría para mantener su ritmo, ya que tenía que encontrar puntos de apoyo en cada roca.

Cuando estaba demasiado agotado para continuar, oyó la voz de Carol desde lo alto: —Ya estamos. Al menos, yo.

Max miró arriba y vio a Carol de pie en la entrada de una magnífica estructura de madera intrincadísima construida en la ladera de la montaña. Seguía un diseño completamente único, curvilíneo como las casas que habían destruido la primera noche, pero muchísimo más complejo y grandilocuente, formando un palacio de múltiples terrazas anclado perpendicularmente a la pared del acantilado. Por fin Max llegó a la roca plana sobre la que esperaba Carol. La bestia sonreía como un loco.

—¿Listo? —preguntó Carol.

Max jadeaba por culpa de la ascensión, pero no podía esperar. Asintió.

Carol miró alrededor para asegurarse de que nadie los había seguido y luego condujo a Max al interior.

La habitación era amplia y de techos altos y la bañaba una luz de color melocotón. Era una especie de estudio, desordenado y lleno de proyectos: artilugios tipo cometas colgaban de lo alto y cajas hexagonales cubrían el suelo, todo ello laboriosamente tallado con intrincados patrones superpuestos. Había cientos de tragaluces, todos ovales, que dejaban entrar la luz brillante del sol filtrada por unos cristales de color carne.

Max se paseó despacio, mirándolo todo. Había artilugios varios por doquier, facsímiles de animales tallados o armados con madera, piedra y gemas. En las paredes se sucedían sin fin dibujos, pinturas, diagramas y planos.

En la mesa de trabajo principal había una ciudad entera, de casi seis metros de largo por dos de alto, compuesta por edificios con forma de montañas y colinas organizados casi como una retícula. La arquitectura de la ciudad recordaba a la del pueblo que habían destruido: largas rectas que se curvaban lentamente, retorciéndose como corchos que se resistían a salir. Los detalles eran concienzudos, immaculados. Parecía que hubiesen tardado diez años en construirla. Era la maqueta de un mundo: controlable, predecible, ordenado.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Max en un susurro sobrecogido.

—Sí —contestó Carol contemplándolo de nuevo con los ojos de Max.

—Está muy bien. Ojalá pudiera encogerme y meterme ahí dentro.

Carol abrió la boca con una sonrisa amplia y bobalicona.

—¡Bueno, pues no te prives!

Guió a Max debajo de una mesa, donde había abierto un agujero en la plataforma. Max se asomó al agujero y apareció en mitad del mundo en miniatura.

—Solo lo había enseñado una vez, y no lo entendió —comentó Carol, como si todavía le doliera recordarlo. Al ver que se entristecía, cambió de tema—. ¡Bah! Mira aquí.

Las enormes zarpas de Carol movieron la cabeza del niño para que situara los ojos al nivel de las calles de la ciudad a escala. Mientras Max centraba su atención en los detalles de los edificios, oyó ruido de agua. Carol había vertido una jarra y pronto el agua corrió lentamente por las calles.

—Siempre me ha parecido que sería mejor tener ríos para desplazarnos de un sitio a otro —explicó Carol.

Entonces Max distinguió que el minúsculo bote contenía rudimentarias reproducciones de Carol y Katherine. El bote de remos enseguida se sumó a un bulevar por el que transitaban otras muchas canoas, todas con pasajeros. Al poco, la embarcación de Carol y Katherine giró —en una bifurcación, cogió a la izquierda en lugar de a la derecha como las demás— y chocó con un poste, lanzando a las dos miniaturas por la borda. Se hundieron al instante.

Max miró a Carol, estupefacto. Carol no se fijó, estaba ocupado trabajando en una

estructura nueva para la ciudad de miniatura. Grababa con suma delicadeza una fina hoja de madera con el meñique.

A Max le asombraba que Carol, una mole de músculos y unos trescientos kilos de peso, fuese capaz de trabajar con tanto refinamiento. Los ojos se le fueron de vuelta a la ciudad. Miró debajo de la mesa. Allí no había nada, solo unas gotas donde las calles perdían agua.

—¿Qué pasaría debajo de la ciudad, con tanta agua? —preguntó Max.

—No lo sé —repuso Carol con curiosidad.

Max examinó la parte de abajo con más atención.

—Podrías tener un mundo subacuático ahí debajo. Estaría del revés y todo colgaría del techo como las estalactitas. Habría peces por debajo de las calles. Y los trenes del metro tendrían que ser submarinos.

—Uau —exclamó Carol, sopesándolo todo—. Bien pensado. Sí. Me gusta como piensas, Max.

Max sonrió. Era la primera vez que se lo decían. Le encantaba que a Carol le gustara cómo funcionaba su cabeza.

Carol repasó la ciudad con la vista, mirándola con ojos de Max.

—Me encanta hacer edificios. Este es el primero que hice. Intento hacer edificios en los que se esté a gusto. Como este. Ven aquí.

Max se acercó un paso. De repente Carol lo envolvió en un abrazo de oso.

—¿Qué notas? —preguntó Carol.

—Hum... ¿Pelos? Calorcito. Se está bien.

—Sí. Quiero construir todo un mundo así. ¿Has estado alguna vez en algún sitio en el que deberías sentirte a gusto pero lo notas fuera de control, como si fueras muy pequeño? ¿Como si toda la gente fuera de viento, como si no supieras qué harán a continuación?

Max asintió vigorosamente.

—¿Cuándo? —preguntó Carol.

—Bueno —contestó Max, sorprendido de que lo pusieran en un aprieto—. Una vez que fui a casa de un amigo y todo el mundo tenía una boca enorme pero no tenía orejas. Y en el lugar donde irían las orejas solo tenían más bocas y por tanto no podían oír.

Carol le escuchaba embelesado.

—Y cuando hablabas no te oían —continuó Max—. Hasta la madre de mi amigo tenía tres bocas. Y lo único que hacían todo el rato era comer y hablar.

Carol se estremeció exageradamente.

—Puaj. ¿Quién querría estar en una casa así? Necesitamos un lugar donde la gente no tenga tres bocas, donde el sol no pueda morirse ni se te pueda caer una montaña encima. Quiero construir un lugar donde solo ocurran las cosas que quieras que pasen.

Tras unas horas en el estudio, Max y Carol decidieron que debían regresar con los demás.

—Tus súbditos te esperan —dijo Carol.

Max asintió con aire solemne.

—Así es —contestó.

Pero de bajada por la ladera rocosa, Max tuvo una idea y le pareció que debía ponerse en práctica por el bien de la isla.

Quería que Carol levantara uno de los enormes pedruscos de la ladera —uno de los escalones que conducía al estudio— y lo tirara por el acantilado al océano.

Carol sonrió.

—No. ¿En serio? —preguntó.

—Sí —contestó Max, muy en serio—. Es una orden.

—Por mí, vale —dijo Carol, y se agachó delante de la roca.

La levantó con un gran gruñido y la cara contorsionada en un montón de muecas y venas. Dio unos pasos rápidos hacia el borde del acantilado y luego la lanzó al vacío. Los dos la observaron girar y rebotar violentamente, golpeándose contra la pared del acantilado y desapareciendo finalmente en el mar del fondo. Por el camino, se llevó con ella un centenar de piedras más.

Max se volvió hacia Carol con una sonrisa.

—¡Uau, qué buena idea! ¡Repitámoslo!

Max señaló otra roca y Carol, obediente, la levantó y la tiró por el acantilado. Una vez más, se llevó una buena parte de la pared con ella.

—Muy bien, ¿quién quiere ser el siguiente? —preguntó Max, mirando a las rocas que quedaban.

Miró a las tres, señalándolas una a una, mirándolas a todas con suspicacia. Señaló una: —¿Tú? —La roca no dijo nada—. ¿Tú?

La siguiente roca también optó por permanecer callada. La tercera roca, le pareció a Max, le miró con cara de listilla.

—Cógela, Carol —ordenó Max.

De modo que Carol levantó la roca y la tiró por el acantilado. Mientras rebotaba camino del mar, una miniavalancha cayó estruendosamente al océano y despidió un largo y sonoro silbido.


Con todas las rocas que antes conducían al estudio de Carol sumergidas en el mar, en el futuro costaría mucho llegar hasta allí, pero ahora Max y Carol no pensaban en eso. Al menos Max no. Max estaba pensando en el miedo que les habían metido en el cuerpo a las rocas de la ladera y, probablemente, del resto de la isla.

Max se rió hasta carcajearse.

—¡Tío, estas rocas nos tienen miedo de verdad!

Carol sonrió.

—Desde luego, Rey. Y con razón. Bien hecho.


 uando Max y Carol regresaron al lugar que antes ocupaban los hogares de las bestias, Max pudo contemplar el resultado de los festejos de la noche anterior. Había escombros por todos lados. Ramas y árboles calcinados. Grandes agujeros en el suelo. Y cada una de las casas-nido había quedado irreconocible, aplastada en el suelo.

Las otras bestias se habían reunido entre la devastación, unas paseaban y otras esperaban cruzadas de brazos, pero todas parecían impacientes. No se veía ni rastro de Katherine.

Ira mordisqueaba nervioso el brazo de Judith y, al ver a Max y Carol bajando la ladera para unirse a ellos, apartó los dientes de la extremidad para hablar.

—¿Dónde estabais? Nosotros estábamos aquí. Solos.

Los otros murmuraron como si gruñeran. Max metió la mano bajo los restos de la hoguera y recuperó su corona. Se la puso, con un estremecimiento. Todavía estaba caliente.

—Sin nuestro rey —añadió Judith, y apartó la cara de Ira de su brazo de un sopapo. Ira había dejado la marca profunda de una hilera de dientes.

Entonces todas las criaturas —Judith, Ira, Douglas, el Toro y Alexander— rodearon a Max, y parecían muy descontentas. Con ellas llegó un olor tremendo. Durante la juerga, las bestias habían sudado un montón y ahora apestaban a vinagre y humus. Max se preguntó si debería preocuparse puesto que las bestias lo estaban acorralando de modo muy parecido a la noche anterior. Se habría preocupado más de no haber tenido a Carol de pie detrás de él. Con todo, sabía que debía justificar su ausencia.

—Tenía que ver el reino —dijo Max, intentado sonar mayestático—. Inspeccionarlo. Carol me ofreció una visita guiada.

La oleada de enfado pareció remitir un momento antes de volver a rugir.

—¿Y cómo es que no nos invitaste? —preguntó Judith—. Yo también podría habértelo enseñado. No habría disfrutado, pero lo habría hecho. Probablemente. Si me hubiese apetecido.

—Basta, Judith —dijo Carol, poniéndole la mano en un hombro—. Era responsabilidad mía enseñarle la isla, y así lo hice.

—De todos modos, yo no quería hacer la visita guiada —dijo Ira.

—¿Veis? —dijo Carol—. Nadie se ha perdido nada. Todo va como debería.

La explicación levantó un coro de aprobación a regañadientes. Judith se sentó, apoyó la barbilla en una mano y miró a Max.

—Y entonces Max... —empezó a decir—. Nuestro Rey. A ver, ¿cómo es? ¿Rey Max, o cómo se dice?

—Se dice Rey, Judith —respondió Carol.

Ella sonrió.

—Hum. Rey Judith, sí. Me gusta como suena. —Lo que arrancó una risotada de Alexander—. Y entonces, Rey Max —continuó Judith—, ¿qué clase de rey vas a ser? Carol tensó la expresión.

—Judith, no...

—Solo pregunto. Tú te has pasado el día entero recorriendo la isla, sin duda hablando de todos nosotros, de quiénes somos buenos y quiénes no, y mientras nosotros aquí, sufriendo.

Carol puso los ojos en blanco.

—¿Sufriendo? ¿De veras?

Judith gimoteó.

—Sí —repuso, en voz queda—. Sufriendo por tantas preguntas. Y por la duda.

—Y el vacío —añadió Ira.

—Y el vacío —repitió Judith—. Casi me olvido del vacío. Ira siente el vacío. Ya sabes lo que siente por el vacío. —Al ver la cara de incompreensión de Max, se explicó—: A Ira no le gusta el vacío. Le hace sentir hueco. Y cuando se siente hueco, me muerde, y eso me fastidia. Y cuando me fastidian, mastico cositas de carne y hueso.

Ira, mordisqueando de nuevo el brazo de Judith, le susurró al oído de forma que todos lo oyeran:

—Y los martillos...

—Eso —convino Judith—, ¿te acuerdas de los martillos, Max? La historia esa sobre los martillos y el rey que sabía hacerlos felices. Bueno, pues los martillos no están contentos, Max. ¿Qué pasa con los martillos? Ha pasado un día y todavía no ha cambiado nada. Los martillos están disgustados.

Carol se rió, descartando la pregunta.

—Judith, por favor. Dime ahora mismo que no eres feliz. Todos somos felices. —Dio media vuelta y descubrió un único árbol erguido todavía contra el paisaje inhóspito—. Dime árbol, ¿eres infeliz? —El árbol no contestó. Entonces Carol se volvió hacia un grupo de rocas, con una de las cuales Douglas había peleado la noche anterior—. Decíme si os sentís incomprendidas, rocas. —Las rocas no respondieron. A continuación Carol, con los brazos extendidos, alzó la vista al cielo—. Cielo, dínos si sientes que nadie te quiere. —No hubo respuesta. Entonces Carol se volvió de nuevo hacia Judith—. ¿Lo ves? El resto del mundo está la mar de contento.

Max rió la teatralidad de Carol y este le devolvió la sonrisa. Luego la bestia se metió la cabeza de Judith en la boca. Max, paralizado, pensó que iba a ocurrir algo violento, pero en cambio Carol sacudió la cabeza con afecto, como un perro jugando con un mordedor.

Judith se rió.

—Sí, sí, vale. Lo pillo, tienes razón, Carol —admitió Judith, liberándose y secándose la saliva de Carol de las orejas—. Pero es el rey de todos. ¿Qué piensa hacer por nosotros?

—Exacto. Eso es —contestó Carol—. Te entiendo. Ya lo sé. Pero tienes que darle una oportunidad. Max tiene un montón de buenas ideas. Tiene el mejor cerebro que he visto en mi vida. —Se dirigió a Max—: Adelante, Max, cuéntales tu plan para mejorarlo todo para todos todo el rato y para siempre.

Una vez más, Max rebuscó en la oscuridad aterciopelada de su cerebro y encontró algo. ¿Una gema? No estaba seguro.

—¿Qué os parece un desfile?

Solo le respondieron miradas de incompreensión. Nadie sabía lo que era un desfile. Pero a Max le encantaban, había ido a desfiles todos los años desde su nacimiento, todos los años menos el pasado, cuando tuvo que quedarse en el piso de su padre sin hacer nada en todo el día mas que añorar el desfile en el que debería estar participando.

Le habían invitado a desfilar en el capó de uno de los minicoches, del tamaño de un kayak, conducido por los rotarios. Había practicado con el señor Leland, un anciano de cara ovalada que lucía siempre un fez, no solo durante los desfiles. Algunos le llamaban Fez y cada vez que le llamaban así él fingía no entender el origen de su apodo. Luego, tras meditarlo durante unos momentos, decía: «¡Ah, por el sombrero!». Siempre conseguía poner en su sitio a los que le aplicaban el apodo. Opinaba que la gente que pone motes son las personas menos creativas del mundo.

En cualquier caso, el desfile coincidió con uno de los días que Max debía pasar con su padre en la ciudad. Desde que se había marchado, su padre intentaba evitar las situaciones que pudieran dar pie a encontrarse con alguna de los cientos de amistades de la madre de Max y, por tanto, el desfile quedaba descartado.

—Un des... ¿Qué es eso? —preguntó Ira.

—¿Un desfile?

Max explicó que, en primer lugar, un desfile era uno de los grandes inventos de la humanidad. En segundo lugar, dijo, era el mejor modo de mostrarles a los ciudadanos de cualquier civilización que tenían nuevo rey. Max guiaría a todos sus nuevos súbditos por la isla pisando fuertísimo mientras cantaban un sinfín de canciones y, a ser posible, en beneficio de los miles de animales menores que habitaban la isla.

—Vaya, suena estupendamente —dijo Douglas.

Así que formaron una fila con Max, cetro en mano, a la cabeza. Se decidió que desfilarían por el bosque, después bordearían el barranco, cruzarían la pradera multicolor —donde, según le contaron a Max, moraban los minitornados, que ya vería a su debido tiempo— y por último acabarían en la laguna, donde, supuso Max, se darían un chapuzón para recuperarse del ejercicio del desfile. Los desfiles de su hogar acostumbraban a concluir en la piscina municipal y Max había terminado por asociar el final del desfile con una batalla campal en la piscina principal, saltos desde el trampolín más alto y jugar a Marco Polo hasta bien entrada la noche.

—¿Todos listos? —preguntó.

Carol iba justo detrás de Max, seguido por Douglas. Judith era la siguiente y después se sucedían Ira, Alexander y el Toro.

—¿Dónde está Katherine? —preguntó Max.

—No podemos esperarla —contestó rápidamente Carol.

—De todos modos no querría participar en algo así —apuntó Douglas—. No es muy sociable, Rey.

Todos asintieron.

—Perdería aura —explicó Judith, revistiendo la palabra «aura» de un sarcasmo exagerado.

A Max no le gustaba desfilar sin el séquito al completo, pero un desfile así, listo para marchar, no podía esperar. Max alzó el cetro, se enderezó la corona y respiró hondo.

—¡En marcha! —gritó.

Max marchó con el estilo más marcial y propio de un desfile que pudo, levantando mucho las rodillas y proyectando el cetro por encima de su cabeza a cada paso.

El resto de la comitiva siguió su ejemplo y, alentados por Max, improvisaron lo que les pareció más adecuado. Carol empezó a desfilar con los dos brazos por encima de la cabeza como un demonio necrófago. Douglas marchó arrastrando los pies de un lado a otro, un caminar que se antojaba mucho más difícil y cansado de lo necesario, pero que en opinión de Max le añadía gracia al desfile. Ira y Judith avanzaban con un estilo más o menos tradicional, la vista al frente y zancadas altas, aunque Ira, con su falta de equilibrio, tenía problemas para mantener la línea recta. Max no veía muy bien al Toro ni a Alexander, pero confiaba en que supieran lo que se hacían y fueran motivo de orgullo para el desfile.

Después de desfilar durante una hora más o menos por el bosque ralo, en gran parte calcinado y aplastado por la juerga de la noche anterior, Max empezó a lamentar la ausencia más destacada del desfile: los espectadores.

Justo cuando se preguntaba cómo podría solucionar el problema, vio lo que parecían varios cientos de aquellos gatitos minúsculos que había descubierto la noche previa mientras recorría el bosque. Ahora asomaban junto al camino, sentados o de pie sobre los árboles caídos. Todos contemplaban el desfile como si fuera la primera manifestación de tales características que presenciaban. Y probablemente lo fuera, pensó Max.

Cuando el resto de la comitiva se percató de que los observaban los gatos, marchó con más ímpetu, con zancadas más altas y pasos más vigorosos. Y ese esfuerzo extra atrajo a más espectadores. De repente había miles de ojos a lo largo del camino, la mayoría pertenecientes a gatos, pero también a finos zarcillos de lo que parecían helechos. Max se fijó mejor y dedujo que se trataba de anémonas terrestres con cientos de ojos, cada uno de ellos situado al final de un tallo largo y ondulante. Max no sabía decir si eran capaces de pensar, mucho menos de comprender la grandeza del desfile, pero no importaba. Mientras seguía marchado únicamente les veía los

globos oculares, embelesados, sin pestañear.

De acuerdo con los cálculos de Douglas estaban a medio camino de la laguna y Max empezaba a cansarse. Tuvo una idea que parecía solucionar el problema del cansancio al tiempo que respetaba los parámetros de todo desfile.

Trepó por la pierna y los hombros de Douglas y montó un rato, señalando el camino con el cetro. Pero a los pocos minutos empezó a aburrirse, así que decidió saltar, como un mono araña, de un par de hombros al siguiente. Era bastante más complicado de lo que daban a entender los monos araña, pero cada vez que Max resbalaba, una zarpa enorme lo devolvía a su pedestal. Max confiaba en mejorar sus saltos en el futuro pero, en cualquier caso, en adelante viajaría siempre así. Era más rápido que ir a pie y le gustaban mucho más las vistas que tenía desde arriba.

Mientras iba sentado en la cabeza del Toro y el resto de la comitiva seguía marchando, barajó mentalmente todas las posibilidades —todas las cosas que podía y debía hacer con siete compañeros de juego gigantes— y la primera opción, la más obvia, apuntaba a que debían fabricar una embarcación. Saltó a los hombros de Ira y se puso a hablar a medio pensamiento:

—Sí, será un barco vampiro. El barco vampiro más grande y más veloz que jamás haya existido. Y necesitaremos montones de árboles. Necesitaremos... hum... veinte... ¡No, más! Vamos a necesitar cien de los troncos más grandes de la isla. Ira, tú te encargas de los árboles.

—Vale.

—Y mucha cuerda. Y algunas velas. —Saltó a Douglas—. Tú tienes que conseguir las velas, Douglas. ¡Las mejores del mundo!

—Sí, Rey Max —replicó Douglas, y se apuntó algo en el brazo con la zarpa.

—Yo seré el capitán y Judith, tú estarás a cargo de la velocidad. Tienes que asegurarte de que tenemos buen viento. —Judith parecía encantada con el encargo—. Ira, tú puedes ir al timón. ¿Cómo se llama la persona que gobierna el barco?

—¿Capitán? —sugirió, dubitativo, Ira.

—Vale, pues entonces yo gobernaré el barco. El capitán soy yo.

—¿Y yo me ocupo del viento? —preguntó Judith. Sus ojos parecían ver ya su nueva y vital función.

Max asintió.

—Viento y tiempo, sí. Y velocidad.

—¿Y yo? —preguntó Alexander.

—Tú puedes ser el vigía.

—No, no quiero —repuso Alexander—. O tal vez quisiera si el barco fuera distinto y yo fuera el capitán y no tú.

Max no supo cómo contestar a Alexander. Decidió que en adelante intentaría evitarlo.

—Pst. ¡Oye, Rey!

Max se giró y vio a Katherine escondida en el hueco de un árbol inmenso. Ella le

indicó por gestos que se acercara. Aliviado por poder alejarse de la cabra, Max saltó de los hombros de Douglas y se acercó a Katherine.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella.

—¿De veras? ¿De qué?

Max no quería abandonar el desfile, así que intentó hacerla hablar mientras seguían avanzando con el grupo.

Pero Katherine no quería.

—Necesitamos un poco de privacidad —explicó Katherine, apartándolo del camino.

Max creía que no debía abandonar su propio desfile, pero Katherine le intrigaba demasiado. Por un ratito, no le echarían de menos.

—Agárrate aquí —le dijo ella, señalándose el pelaje de la nuca—. Fuerte.

Max se agarró y, al instante, sus pies dejaron de tocar la tierra. Katherine trepó a una velocidad pasmosa por el árbol en el que se había escondido, con Max sobre sus hombros. Trepó tan rápido, al estilo ardilla, que Max casi se suelta. A los pocos segundos coronaban un árbol de quince metros de altura y hojas color morado claro con Katherine descansando en una plataforma que se había apañado entre las dos ramas más altas. La bestia depositó a Max a sus pies y el niño acabó en un otero de madera de metros cuadrados.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó Katherine.

Él asintió, sobrecogido. Desde la plataforma veía toda la isla: los bosques de coliflores, el desierto rojo quemado, los barrancos negros y azules y el océano siempre sonriente. Miró abajo, donde Katherine yacía bocabajo en la estrecha plataforma.

—La subida me ha matado, tío. ¿Podrías caminar sobre mi espalda? —pidió Katherine.

Max no sabía de qué estaba hablando.

Ella le miró y puso los ojos en blanco.

—Me duele. ¿Te importaría andar por encima?

A Max nunca le habían pedido que anduviese por encima de la espalda de nadie.

—¿Cómo? ¿Que te pise? —preguntó el niño.

—Sí, písame, y date una vuelta.

Max no acababa de arrancarse.

—Vamos, que me pises —insistió ella.

Max apuntó un pie en dirección al torso de Katherine.

—¡Hazlo ya, Rey! —ordenó Katherine, agarrándole el pie.

Max empezó a caminar sobre ella con cuidado. Katherine eran blanda en unos sitios y en otros se le notaban músculos como sogas por debajo del denso pelaje.

—Ah, qué gusto —dijo Katherine.

Max intentaba no hacerle daño al tiempo que se esforzaba en mantener el equilibrio. Cualquier resbalón y se caería de Katherine y de la plataforma, desde cuatro metros y medio de altura. A Katherine no parecía preocuparle lo más mínimo el peligro de la operación.

—Y ahora bota muy rápido, como si pisaras brasas —pidió.

Max lo hizo lo mejor que pudo.

—Bien, bien —dijo ella—. Es la única manera de deshacer los nudos.

Max aminoró el ritmo de los saltos, confiando en acabar cuanto antes.

—¿Ya estás? —preguntó.

—Sí. Gracias, Rey —contestó Katherine colocándose rápidamente de espaldas y obligando a Max a caminar como por encima de un tronco hasta afianzarse sobre la barriga de la bestia.

—Más despacio, por favor —pidió el niño.

Katherine le miró, como sopesando si debía plantearle la pregunta que quería hacerle.

—Oye, Max, ¿alguna vez te sientes como, como si estuvieras atascado entre la gente? —preguntó, mirándole con ojos entornados y muy aliviada de haberlo dicho—. A veces me siento atrapada por la gente... Mal. ¿Sabes a qué me refiero?

Max se dispuso a formular la respuesta pero por lo visto Katherine no la necesitaba.

—No sé —continuó ella—. Siento constantemente el peso de los asuntos de los demás. ¿Sabes?

Max creía saberlo. ¿O no? No estaba seguro, pero daba igual. Le gustaba estar con ella, a solas los dos. Katherine parecía interesarse por él, por estar solo con él y hablar solo con él, y a Max le costaba respirar.

Ella le sonrió.

—Antes de que aparecieras estaba a punto de volverme loca. Tú eres diferente, ¿sabes? Eres... —Katherine parecía a punto de decir algo muy serio, pero se echó atrás—. Ya sabes, más limpio, tienes menos pelo... Hueles mejor. No muy bien, pero mejor.

Max se rió.

—¿Rey? —llamó una voz distante, tal vez la de Carol, desde abajo—. ¿Max?

Max bajó de un salto del estómago de Katherine e intentó atisbar entre las copas de los árboles en busca del desfile. Sabía que debía regresar.

Katherine suspiró.

—Sí, lo sé. Eres el rey y todo eso. Siento haberte distraído de tus obligaciones reales. Espera. Conozco un atajo.

Max volvió a agarrarse del cogote de Katherine y esta, en el acto, saltó de la plataforma: nueve metros arriba, treinta adelante y por último descendió seis más hasta una maraña de árboles. Pero mientras iban cayendo empezó a distinguirse otra plataforma y Max comprendió que aterrizarían allí. Se preparó para el doloroso impacto pero nada más tocar la plataforma volvieron a elevarse en el aire. Katherine había conseguido rozar la superficie de la plataforma durante la fracción más mínima de segundo antes de rebotar hacia el siguiente árbol y la próxima plataforma. Así fue saltando y botando, más ágil que cualquier canguro o rana, durante seis árboles más, en trayectos muchísimo más emocionantes que cualquier montaña rusa o salto de puenting que Max hubiera visto y el único problema estaba en los vómitos del disfraz de lobo. Max vomitó dos veces, sí, pero vómitos de los buenos.

Por último Max notó que descendían más y más. Distinguió la laguna a lo lejos, un gran cuerpo acuoso con forma de perro dormido y, justo delante, el grupo de bestias camino del agua.

Aterrizaron despacio, como si fueran atados a cien paracaídas. Habían llegado a la laguna antes que el resto del grupo y Katherine se aseguró de que todos se fijaran en su entrada. No impresionaron a nadie y Carol no parecía nada contento. Arrugaba el gesto con cara de pocos amigos.

Max corrió hacia él.

—¡Eh! ¿Listo para un chapuzón?

Carol se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Max.

—¿Dónde estabais? —quiso saber Carol.

—¿Quién? ¿Katherine y yo? Hemos venido por otra ruta.

—Pues se suponía que debías liderar el desfile.

—Y lo he hecho.

—Hasta que no lo has hecho.

Carol hablaba ahora con un tono cortante que Max no alcanzaba a comprender. ¿De verdad estaba enfadado por algo?

—Bueno, eso ha sido cuando he tenido que ir a ver una cosa con Katherine.

Ahora, vamos a nadar. ¿Te gusta el agua?

—No —replicó Carol, con rotundidad—. Ni navegar. ¿Recuerdas?

Max no se acordaba.

—Tengo entendido que has estado hablando de construir un barco entre todos.

¿Por qué ibas a hacer algo así?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué necesitas un barco, Max? ¿Ya estás pensando en marcharte?

—No, no. Sería solo para divertirnos. O para emergencias. —El semblante de Carol se había ensombrecido y sus ojos eran más pequeños. Su expresión alteró tanto a Max, que el chico empezó a balbucear—: Tendrá un trampolín. Y un gran acuario. Un acuario bajo el agua, dentro del barco, con peces y calamares y todo lo que nos gusta...

La explicación no estaba arreglando nada.

—Pues yo creía que navegar nos aburría —repuso Carol—. ¿No decías eso esta misma mañana? ¿Hemos hablado de matar todo lo que fuera aburrido y ahora quieres navegar? ¿La cosa más aburrida de todas?

—Bueno —masculló el niño, pero no tenía la menor idea de cómo reconciliar sus dos opiniones—. No tenemos que construirlo. Era solo una idea.

—Y ¿por qué ibas a construirlo sin mí? Aquí soy el único que sabe construir cosas.

—No pensaba construirlo sin ti. Solo les estaba contando el proyecto a los demás. Íbamos a hacerlo todos juntos. Todos.

—Pues no parece que te apetezca estar con todos. Si no, no habrías ido por una

ruta diferente con Katherine. Además, ¿qué tenía de estupendo su ruta?

Max tenía que pensar. La cosa estaba complicándose demasiado, demasiado deprisa. Notaba que su cerebro se desintegraba y se escondía. Ojalá pudiera meter a Carol en el agua y jugar a Marco Polo, entonces no se molestaría por menudencias.

—Vamos a nadar —propuso Max—. ¿Por favor?

—Adelantaos vosotros —dijo Carol, y se apartó al rincón más oscuro de la laguna a sufrir un rato.

Max le observó sentarse, apoyar la barbilla entre las manos y fruncir el ceño. Se sintió tentado de acercarse a hablar con él, pero sabía que el tiempo curaría la herida, que él suponía pequeña, incluso superficial. Confiaba que verse rodeado de diversión enfriaría sus ánimos.

—¡Vamos! ¡Todos a nadar! —dijo Max.

Corrió por la hierba, subió un pequeño terraplén y se zambulló hecho una bola.

Nadie le siguió.

—¡A ver, todo el mundo: haced lo mismo que yo! —gritó—. ¿Quién se tira mejor? ¿Katherine?

Ella sacudió la cabeza.

—No me gustan esas cosas —dijo Katherine—. Aquí estoy bien.

—¿Douglas? —preguntó Max.

A Douglas pareció halagarle que lo escogieran a él y se preparó para seguir a Max hasta el agua.

—¡Alto! —gritó Carol.

Douglas se detuvo. Max se giró. Carol estaba arrodillado al borde de la laguna, con la oreja pegada al suelo musgoso.

—¿Qué pasa? —preguntó Max.

Carol levantó la mano para indicar que esperaran. Cerró los ojos, escuchó con atención el suelo casi durante un minuto y luego se incorporó.

—Probablemente no sea nada —comentó, consciente de que tenía la atención absoluta de todos.

—¿Qué era? —preguntó Max.

Carol no contestó.

—¿No decías que no era nada? —preguntó Ira.

Las otras bestias estaban petrificadas, con los ojos hinchados de preocupación. Carol se puso de pie un momento, con aire extremadamente pensativo.

—No es nada, no os preocupéis —respondió, con la evidente intención de provocar mayor inquietud—. Divertíos. Si hay que preocuparse, ya os avisaré.

Max no estaba dispuesto a renunciar a la laguna, al juego de Marco Polo y a la perspectiva de rematar el desfile como era debido.

—Vale, pues ¡adentro! —gritó.

Empezó a salpicar a Ira y a Douglas, pero ahora nadie quería meterse en el agua. Seguían observando a Carol, que periódicamente se arrodillaba para escuchar el

suelo.

—¡Os ordeno que nadéis!

Nadie se movió.

Al final Max tuvo que salir del agua y ocuparse personalmente del asunto. Agarró a cada nadador en potencia de la mano, lo arrastró al agua y lo empujó dentro. Le sorprendió gratamente lo bien que flotaban todos: eran como boyas, reposaban en la superficie con una facilidad pasmosa.

Pronto los tuvo a todos en el agua y se dedicó a intentar que atendieran a las reglas del juego de Marco Polo.

—Vale. Tenéis que cerrar los ojos. Un momento, yo cierro los ojos. Luego empiezo a nadar en cuanto decís Marco. No, yo digo Marco y luego vosotros decís Polo. Y cuando hayáis dicho Polo, intento atrapar a quién lo haya dicho. O si no, como os oigo decirlo, voy persiguiendo el sonido y...

Mencionar el sonido solo sirvió para que las criaturas se acordaran de lo que Carol intentaba escuchar en el suelo y, por tanto, volvieron a concentrarse en él. Y Carol parecía tomarse muy en serio su tarea. Movía la boca en silencio, como si repitiera las cosas horribles que le contaba el suelo.

No obstante Max estaba decidido a hacer de la laguna un éxito. Sabía que si conseguía meterlos a todos en el agua, les encantaría el juego de Marco Polo y se olvidarían de tanta cháchara y lo que fuera que ocupara sus mentes.

—Oye, Carol —dijo Max—, ¿te parecería bien que alguien bajara por la cascada? Carol se encogió de hombros.

—Ira, tírate por la cascada —ordenó Max.

Ira siguió sentado un momento, luego suspiró, se levantó y poco a poco trepó por la pared del acantilado. Ira se sentó en la cima, donde el agua se asomaba al vacío y caía, y sin alegría ni inspiración, se dejó llevar por la corriente. Pero no estaba bien colocado. Descendió con aire taciturno, bocabajo, y Max supo que se daría un doloroso planchazo al caer.

Así fue. Casi dolió tanto oírlo, un ruido como de camisa mojada contra cemento, como debía de haberle dolido a Ira.

Dio la impresión de que transcurrían varios minutos antes de que Ira emergiera, tembloroso. Se hizo el muerto un rato, gimiendo, lloriqueando, sorbiéndose los mocos y luego gimiendo un poco más. Las bestias fulminaron a Max con la mirada.

La laguna no estaba siendo un éxito y a Max estaban agotándose las ideas para crear diversión y felicidad en la vida de sus súbditos.

—Pst. —Max miró arriba y vio a Katherine en lo alto. Colgaba de una rama baja de un árbol—. Larguémonos de aquí.

Max se alegró mucho de verla y estaba dispuesto a irse con ella, a liberarse, aunque fuera solo momentáneamente, de la obligación de tener que agradar a todos. Alzó los brazos para que Katherine le izara hacia los árboles cuando...

—¡Un momento! —gritó Carol, dejándose caer de rodillas—. ¡Escuchad! —

Acercó la oreja al suelo.

Todos callaron, rígidos.

Carol adoptó una expresión todavía más grave.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Judith.

—No suena a nada bueno —contestó Carol.

Los otros corrieron a arremolinarse en torno a Carol, y Douglas y Judith casi arrollan a Max.

—¿Qué son? ¿Vibraciones? —preguntó Douglas.

—¿Susurros? —añadió Judith—. ¿Cháchara?

Carol agachó la cabeza y asintió.

—Mucho me temo que vibraciones, chácharas y susurros.

—Oh, no —gimió Ira—. Otra vez, no.

—¿Suena cerca? —preguntó lloriqueando Alexander.

Carol les contestó con una expresión que parecía decir: «No estoy seguro, pero podríamos tenerlo justo debajo, listo para devorarnos a todos de una vez».

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí todavía? —lloró Judith.

—¡Corred! —aulló Douglas.

Y corrieron.

Las bestias echaron a correr en siete direcciones distintas. Luego, una a una, se volvieron a ver hacia dónde corría Carol y cambiaron de rumbo para seguirle. Incluso Katherine bajó de las ramas para correr detrás de Carol. Max también.

—¡Carol! —gritó el niño. Max corría más rápido de lo que había corrido jamás y apenas podía hablar, pero necesitaba saber qué estaba pasando—. ¿Por qué corremos? —consiguió preguntar, jadeando y agarrándose el costado.

Carol no le respondió. Ni siquiera miró en su dirección.

—¡Carol! —gritó.

Carol corría, según cálculos de Max, a cincuenta kilómetros por hora. Max no podría mantener su ritmo. Justo cuando Carol desapareció por un barranco, el niño descubrió a Ira detrás de él.

—¡Ira! —chilló Max.

Ira era más lento, pero aun así, corría más de lo que parecía. Entre jadeos y llantos, la bestia estuvo a punto de llevarse por delante a Max, a quien ni siquiera había visto. Pasó volando por el lado sin decir ni mu.

Ninguna de las bestias parecía preocupada por el hecho de dejar atrás a su rey. Corrían como bólidos hacia nada, derribando toda clase de follaje que se interpusiera en su camino. Resoplaban y gemían, con los ojos llorosos y los brazos agarrando el aire que tenían delante. Estaban enloquecidas. Lo único que Max podía hacer era seguir la ancha franja que la estampida iba abriendo entre los árboles y la maleza.

Max corrió hasta que le vinieron ganas de vomitar. Se apoyó en un árbol y, mientras recuperaba el resuello, por fin descubrió a las bestias, a las seis, más allá del bosque, en una pradera multicolor. La hierba era alta, suave y formaba un mosaico de colores desentonados: ocre, negro, violenta y fucsia. Las bestias estaban todas reunidas en el medio, más o menos en un círculo, jadeando. Algunas se habían desplomado en el suelo. Max se aproximó, pero ellas no le hicieron mucho caso, más bien, ninguno.

Max se dirigió a Carol.

—¿Qué era?

—¿Qué era el qué? —preguntó Carol.

—El ruido. De lo que hemos huido.

—¿No lo sabes?

Max negó con la cabeza.

Carol se sorprendió, o fingió sorprenderse.

—¿De veras no lo sabes? —volvió a preguntar.

De repente Carol dio media vuelta. Era Judith, que le clavaba la zarpa en el hombro.

—¿Dónde está Douglas? —preguntó Judith, con mirada de pánico.

Carol se encogió de hombros. Se giró hacia Max.

—¿Has visto a Douglas por ahí?

Max no le había visto. Carol le miró exasperado, como queriendo decir: «Pero ¿tú sabes algo, Rey?».

—Tal vez tampoco estuviera con nosotros al principio —dijo Carol.

—Claro que estaba —repuso Katherine.

Pero de pronto el resto no lo tenía tan claro.

Katherine se volvió a Max:

—¿Tú viste a Douglas con nosotros?

Lo había visto y estaba a punto de confirmarlo, pero Carol le interrumpió plantándole una zarpa gigantesca en la boca.

—No hagas eso, Katherine. No le metas en esto. Douglas no ha venido con nosotros.

—Pues claro que venía con nosotros —replicó ella, asombrada—. Estaba con nosotros hace solo unos minutos.

—Perdona. Pero te equivocas —insistió Carol, con desdén.

—No me lo puedo creer —dijo Katherine—. ¿De verdad no te enteras de quién tienes alrededor? ¿De verdad eres tan egocéntrico que no recuerdas los cuatro o cinco que te acompañamos en un momento dado? ¿Acaso ves o escuchas a alguno de nosotros?

Carol se enfadó. Pero Katherine se volvió hacia el resto del grupo sin darle tiempo a formular una respuesta.

—De acuerdo, quien crea que estaba con nosotros, que se levante. Y quien crea que no estaba, que se siente.

Todos empezaron a levantarse y sentarse según lo indicado, aunque les inquietaba tener que elegir bando.

Carol estaba exasperado.

—¡No, no! Quien crea que no estaba con nosotros, que se levante. Y quien crea que sí que estaba, que se tumbe.

—No —replicó Katherine, con el rostro enrojecido—. ¡Yo ya estaba de pie! ¿Por qué tienes que hacer eso? ¿Por qué tienes que cambiar mi sistema? Lo complicas todo diez veces más de lo necesario.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—Que no.

Katherine se dirigió al grupo, que contemplaba el debate con atención, como niños ante un espectáculo de marionetas.

—Vale, quien piense que Carol hace las cosas diez veces más complicadas de lo que son, que levante la mano izquierda. Si os parece que no complica las cosas, levantad la mano derecha.

Todo el mundo empezó a levantar una mano o la otra de forma titubeante.

—Un momento —intervino Judith—. ¿También tenemos que estar sentados? ¿O

eso ya está? No me gusta sentarme cuando me lo mandan. Le quita toda la gracia...

—Olvídalo —contestó Katherine—. No vale la pena.

Y se alejó, perdiéndose entre las sombras del bosque antes de saltar hacia las alturas.

Al cabo de un momento algo crujió en el bosque y Douglas apareció entre dos árboles y se adentró en el claro. Se le veía aturdido, agotado.

—¿Has descubierto lo que era? —le preguntó Judith.

Douglas negó con la cabeza.

—No.

—¿Has oído algo? —preguntó Ira.

—No. Tal vez. No sé. He oído un sonido rítmico y fuerte, como resoplidos. Muy alto, ha durado toda la carrera. Aunque ahora ya no lo oigo.

Ira y Alexander parecían preocupados. Carol asintió con solemnidad como si la respuesta de Douglas, desgraciadamente, confirmara sus sospechas. Únicamente a Judith se le ocurrió cuestionarla. Puso los ojos en blanco y suspiró teatralmente.

—Eran nuestras respiraciones, Douglas. Pues claro que ha parado. Cuando has dejado de correr. —Pero pese al escepticismo que le despertaba el relato de Douglas sobre ruidos subterráneos, no dudaba de la existencia de la cháchara—. Carol, ¿cuándo has oído el ruido, sonaba a resoplidos?

Carol optó por la diplomacia.

—Me parece que podría ser, por ahí abajo. Y suena distinto según quien lo escuche, por supuesto. Quizá tú escuches algo irregular y enojado, Judith. La cháchara podría tratar específicamente sobre ti y todas las cosas que has hecho mal. En cambio, Ira podría escuchar algo abierto y hueco, como un ruido vacío, de la nada, como el sonido de un pozo sin fondo. Saben muy bien cómo llegar hasta nosotros.

Judith clavó la vista en Max.

—Pues bien, ¿qué debemos hacer, Rey?

—¿Acerca de...?

—¿Cómo que acerca de qué? Acerca de los ruidos que corren por debajo del suelo y se meten con nosotros. ¿Qué si no? Tenemos que liquidarlos, ¿verdad, Carol?

Carol asintió.

Max no tenía ningún plan.

—¿Cómo decís que suenan?

Judith estaba que trinaba.

—Un momento. ¿No sabes lo de la cháchara? No sé qué es peor: la cháchara o el hecho de que nuestro rey no sepa nada al respecto. ¿Cómo puede gobernarse este lugar sin estar al corriente de los ruidos del suelo?

—No he dicho que no supiera nada —replicó Max—. Solo os he preguntado qué pensáis vosotros que son. De donde yo vengo, suena diferente.

Max se arrodilló y pegó la oreja al suelo.

—Sí, lo oigo perfectamente. Pero suena más flojo que en el lugar del que vengo.

Nuestra cháchara se oye superalto y suena a dientes.

Captó la atención de todos.

—¿Y qué hacías con ella? —preguntó Douglas.

—Oh, toda clase de cosas —contestó Max, sin tener ni idea de lo que hablaba.

—¿Como qué? —quiso saber Ira.

—Bueno, para empezar gritábamos mucho. Gritábamos a pleno pulmón para no oír la cháchara.

Lo cual no pareció impresionar a nadie.

—Y también pisábamos muy fuerte. Pisábamos igual de fuerte que en el desfile. Lo hacíamos todo el tiempo, para que los ruidos se enteraran de lo grandes que éramos. Y a veces pisábamos con botas muy pesadas.

Esto resultó un poco más convincente.

—Vale —dijo Judith—. De modo que asustabais a la cháchara con las botas. ¿Qué más? ¿Debo entender que os librateis de ella?

—Uy, sí, bastante rápido. Fue fácil.

—¿Cómo? —preguntó Carol, suplicando con la mirada.

Max estaba en un aprieto. Él no veía ni oía la cosa que tanto temían las bestias, pero tenía que idear un modo de matarla. Estaba seguro de poder pensar en una manera de matar a cualquier cosa del mundo si la veía —en particular, con siete gigantes de su parte— pero ¿y si no sabía nada de ella? Estaba atascado. Necesitaba ganar tiempo.

—No puedo contarlo hoy... Pero mañana sí. Mañana os lo contaré. —Era una excusa muy pobre y Max lo sabía, pero funcionó. Las bestias asentían como si comprendieran que semejante problema requería un día de cavilaciones reales. Max añadió los toques finales a la mentira—: Solo necesito quedarme aquí un rato, a inspeccionar el terreno y, esto, a decidir qué método mortal de todos los que conozco se adapta mejor.

Todos asintieron vigorosamente, imaginándose los numerosos métodos mortales que conocían.

—Ya habéis oído al rey —dijo Carol, echándolos a todos—. Necesita tiempo para pensar. Dejémosle algo de tranquilidad. —Los empujó fuera de la pradera. Antes de dejar a Max solo, se volvió a mirarle—: De verdad que espero que lo mates, Max. Nos ayudarías mucho. Creo que hace años que no duermo.

Dicho lo cual, se marchó.

Max se sacó la pesada corona y se sentó en el prado multicolor, a solas, tratando de reconstruir pieza por pieza las razones que le habían llevado a estar sentado en el prado multicolor, a solas.

Había organizado el desfile y había estado bien. Luego había seguido una ruta alternativa con Katherine y también había estado muy bien. Pero cuando llegaron a la laguna, a Carol no le había gustado que abandonara el desfile. Carol parecía molesto por el rato que Max había pasado a solas con Katherine. Max también debía andarse con cuidado con Ira y el agua: estaba claro que a Ira no le gustaba tirarse en plancha por la cascada. Y a Judith no le gustaba sentarse cuando se lo ordenaban; le gustaba sentarse cuando quería y como quería. No parecía difícil recordarlo.

Por tanto bastaba con que Max se asegurara de no molestar a Carol pasando el rato a solas con Katherine y de no molestar a Katherine estando a solas con Carol, también tenía que asegurarse de que Judith se entretenía y de que Ira no se acercara al vacío. No tenía muy claro lo que quería el Toro, pero sabía que por su propia seguridad debía mantenerse alejado de Alexander, que desde el principio tenía un problema muy personal con Max. ¿Eso era todo lo que debía tener presente?

Ah, la comida. Tenía que pensar en la comida. ¿Era posible que no hubiera comido desde que había salido de casa? No había probado bocado. Nada de lo que las bestias habían ingerido hasta el momento resultaba comestible para Max y por sí solo no tenía ni idea de dónde conseguir comida ni de cómo reconocerla. Y no podía adentrarse en los bosques en busca de alimento, porque estaba oscureciendo y había visto serpientes en los árboles y arañas del tamaño de un puño y sabía que existían infinidad de peligros que aún no había visto.

Aunque en medio de la pradera se sentía razonablemente seguro y comprendió que para seguir a salvo le bastaría con mantenerse despierto hasta el amanecer. Fácil. Y mientras esperase la salida del sol, solo tendría que solventar el problema de los ruidos del suelo que Carol oía cada vez que algo le preocupaba.

Max, que no esperaba escuchar nada, pegó la oreja a la hierba. Efectivamente, no oyó nada. No se oía nada. Pero Carol conocía la isla mucho mejor que él y quizá sus oídos fueran mejores que los de Max; y, en cualquier caso, oyera o no los ruidos, Max tenía que dar con un modo de matarlos o, como mínimo, conseguir que las bestias dejaran de pensar en ellos.

Se había enfrentado a retos similares en casa, con su madre, docenas de veces. Su madre llegaba a casa agotada y se desplomaba en el sofá o a veces incluso en el suelo y Max encontraba la manera de entretenerla o aliviarla o, de algún modo, conducirla hasta un lugar diferente, más feliz. En ocasiones le llevaba un par de sus caramelos de Halloween. A veces Max dejaba el caramelo en la caja de música de la repisa de la chimenea. La bajaba, le daba cuerda y se la regalaba, de modo que cuando su madre abría la tapa y comenzaba la música, se encontraba el caramelo, siempre uno de los

que le gustaban, como los de miel. A veces le dibujaba algo: un caballero cortándole la cabeza a un dragón o una ballena con brazos y bigote. Max estaba seguro de que existía un puñado de maneras de sacar a alguien de los tétricos corredores de la mente.

Justo entonces llegó un ruido de los bosques circundantes. Un ruido agudo, algo similar a la risa de una hiena mezclada con el picoteo de un pájaro carpintero. Era aterrador y arrítmico, e iba subiendo de volumen. Max esperaba que en cualquier momento irrumpiera un animal entre los árboles derecho hacia él.

Sabía que esa noche no dormiría. Esperaría a las primeras luces y saldría en busca de Carol o Katherine, de cualquiera, en realidad. Y luego tendría que instaurar algunas normas relativas a dejarlo a él, el rey, solo en mitad de un prado toda la noche. Tenía que hacerlo sin dar a entender que le asustaba la oscuridad, que no le asustaba, sino que lo hacía por el bien de todos. Debían permanecer juntos, todos, porque juntos estarían más felices y seguros. O al menos así lo esperaba.

Se sentó en la pradera atento a cualquier movimiento en el bosque. Justo entonces llegó otro sonido del bosque opuesto. Este sonó a llamada ronca y zigzagueante, una vibración cada vez más aguda que terminó en un sonoro suspiro, como un camión cuando se para. Resultaba igual de amenazador e inquietante que el otro ruido y pronto uno y otro empezaron a intercambiarse mensajes, como en una conversación acalorada plagada de amenazas y recriminaciones. Max tenía que girar a un lado y a otro, siguiendo los ruidos, tratando de captar algún movimiento. La pelea, si es que lo era, parecía tener lugar muy lejos y no tenía nada que ver con él, pero claro, ¿cómo podía saberlo seguro? Max podía ser la causa de la pelea y su víctima. Y por tanto debía mantenerse alerta.

Era agotador, pero sabía que la discusión le resultaba útil en el sentido de que desde luego lo mantendría despierto: ni se le pasaba por la cabeza descansar mientras siguiera la pelea. Y así fue como se le ocurrió. Primero sonrió, luego hasta se rió, consciente de que se le había ocurrido la mejor solución posible para el problema de los susurros subterráneos que asediaban las conciencias de las bestias. No podía esperar a la mañana para anunciar el plan y ponerlo en marcha. Era tan bueno que Max se pasó la noche riéndose en ataques repentinos e incontrolables. Era el mejor plan, el único plan.

Max se despertó antes del alba, frío y mojado de rocío. De algún modo se había quedado dormido y ahora tenía hambre y sed y, como recordó con estremecimiento, no había ejercitado las tripas desde que había salido de casa. La piel de lobo apestaba y verdeaba: el agua de la laguna estaba llena de algas y le había obsequiado con su denso hedor.

Y no se veía ni rastro de nadie.

Pero al menos sabía que ese día haría felices a todos. Tenía un plan y bastaba con que encontrara a las bestias para ponerlo en práctica.

A la luz previa al amanecer, Max vio sus propias huellas y distinguió claramente las enormes pisadas de Carol, que salían de la pradera en dirección al acantilado. Las siguió por la hierba, por una densa arboleda y hasta un claro cubierto por un musgo extraño que alternaba el color negro y el amarillo como un tablero de ajedrez. Detrás del claro, el océano creaba un frenesí de blancura. Max oteó el horizonte azul eléctrico hasta que vio lo que parecía una figura sentada al borde del acantilado, el mismo acantilado donde habían aullado todos juntos la primera noche de Max en la isla.

Corrió en pos de la figura y, al acercarse, descubrió que se trataba de Carol, sentado hacia delante, tenso.

—¡Carol! —gritó Max mientras se aproximaba.

Sin girarse, Carol levantó la mano pidiendo silencio. Max se detuvo a unos seis metros, sin saber qué hacer.

La bestia miraba fijamente el océano, como si buscara alguna señal en el cielo anaranjado. A medida que clareaba, una franja en forma de media luna naranja iba asomando sobre la línea del mar. Carol se inclinó adelante, acercándose peligrosamente al borde último del acantilado.

Y entonces, por fin, cuando finalmente el amarillo líquido del sol se abrió paso, el cuerpo de Carol se relajó y luego se sacudió a oleadas, como si riera o llorara. Max no sabría decirlo. Pero el hechizo, con indiferencia de lo que fuera, se había roto.

Carol se volvió.

—¡Eh, Max! Estabas equivocado con eso de que el sol se moría. Mira, está aquí mismo.

Max no sabía cómo explicarlo.

—No vuelvas a asustarme así, ¿vale, colega? —pidió Carol.

Hablaba en tono animado, como si el Carol rígido y distante de unos momentos antes hubiera sido un espejismo, como si el de ahora fuera el Carol verdadero, el Carol al que le gustaba la mente de Max y que sabía cómo debían ser las cosas, el que quería que solo ocurrieran las cosas adecuadas.

—¿Cómo estás, Rey Max? —preguntó, apoyando la mano en el hombro de Max—. ¿Qué le ha pasado a tu pelaje? Se ve algo verde.

—¿Las algas? No sé —contestó Max, distraído.

No era momento para preocuparse por las pieles. Quería saber dónde estaban los demás.

—Bueno, Douglas está allí —dijo Carol, señalando un bulto no muy lejano. Max había pasado por al lado tomándolo por un afloramiento rocoso—. Pero no sé dónde están los otros. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo un plan.

Se reunieron todos en torno a Max. Carol había despertado a Douglas y este había levantado la cabeza y emitido una llamada singular y chirriante. Las bestias habían acudido a los pocos minutos desde todos los rincones de la isla. Todas, se entiende, menos Katherine. Max decidió proceder sin ella.

—Muy bien —dijo—. Tengo el plan perfecto. ¿Qué es lo que queréis todos los presentes? —preguntó, aunque la pregunta, para él, era retórica.

—No tenemos casas —dijo Douglas—. Hemos dormido al raso porque las derruiste.

Max se disponía a objetar ante semejante crítica, pero no lo hizo. Sabía que su plan eclipsaría las pequeñas preocupaciones como la de Douglas.

—Vale. Bien —dijo Max.

—Algunos tenemos hambre —se quejó Alexander.

—Vale. Claro. ¿Qué más? ¿Qué queréis?

—Queremos lo que queremos. Queremos todas las cosas que queremos —apuntó Judith, como si tal cosa.

Se apartó la boca de Ira del hombro. Ira había estado mordisqueándola de nuevo y, por lo que se veía, más que nunca. Judith tenía trozos morados y azules por todo el cuerpo, donde Ira le había roído el pelo.

Ira le susurró algo al oído. Ella asintió.

—Ah, y queremos no querer más.

Max sonrió. Verdaderamente creía que tenía la idea perfecta no solo para atender todas esas inquietudes, sino también todas las que él mismo había identificado: la necesidad de unidad, de camaradería y diversión y de un propósito. Había imaginado que la necesidad prioritaria de todos sería la diversión y suponía que sencillamente habían olvidado que la diversión era la primera y más importante de las necesidades. Cuando lo mencionara, todos se golpearían la frente con expresión de ¡Eso!

—¿Y la diversión? —preguntó Max.

Todas las bestias parecían desconcertadas.

—¿Diversión como el asunto aquel de la laguna? —preguntó Judith—. Si eso es diversión, prefiero que me coman la cabeza.

—No, no —protestó Max—. Me refiero a diversión de verdad.

—Ah. Diversión de verdad —repitió ella, asintiendo—. Espera. ¿Eso qué es?

—Pues como la diversión —contestó Max—, pero mucho mejor.

Lo pensaron todos un momento, preguntándose si la diversión sería la solución. Nadie dijo nada. Todos esperaban a que los otros plantearan las preguntas evidentes. Siguió un largo silencio, que se rompió cuando Ira carraspeó y habló bajito mirándose la punta de los pies.

—No entiendo eso de la diversión —dijo.

Judith exhaló un sonoro suspiro.

—Gracias a Dios que alguien lo dice. Yo estaba pensando lo mismo. ¿Qué tiene que ver *querer* con *diversión* y qué tiene todo esto que ver con el vacío? ¿Verdad, Ira?

Ira se encogió de hombros. En su vida había estado tan desconcertado.

Carol los mandó callar.

—Diversión suena bien. Solo necesitamos algunas aclaraciones. Dinos lo que hacer, Max.

Entonces Max se animó. El plan al completo se le había ocurrido en la pradera multicolor y ahora le tocaba hacer algo que se le daba bien: explicar el juego y esbozar las reglas. Estaba tan convencido de que su idea los uniría a todos y los llevaría a un estado de dicha casi permanente que dudaba si soltarlo todo de sopetón. Decidió ir aumentando el dramatismo.

—¿Estáis listos para escuchar el plan?

Todos asintieron y mandaron silencio.

—¿Seguro?

Asintieron otra vez. Estaban seguros.

—Vamos a organizar... —dijo Max, subiendo y bajando las cejas con aire de conspiración— ... una guerra.

—¿Una guerra? ¿Como una pelea? —preguntó Ira.

Max asintió.

—Sí, elegiremos bando y luego lucharemos.

Douglas ladeó la cabeza y bizqueó.

—¿Y entonces todo el mundo se sentirá mejor? —quiso saber, como si se limitara a confirmar la lógica evidente del asunto.

—Sí —respondió Max—. Más o menos.

—¿Y no tendremos hambre? —preguntó Alexander.

Max no sabía con exactitud si una guerra reduciría el apetito de Alexander. Pero por otro lado, pensó Max, si Alexander estaba pasándolo en grande en plena guerra, ¿cómo iba a pensar en comida?

—No tendrás nada de hambre —contestó, con confianza.

—¿Y el vacío? —preguntó Ira.

—Es lo contrario al vacío —explicó Max, aunque todavía no sabía a qué se refería Ira con el vacío.

Pero si el vacío era la ausencia de algo, de todo, entonces Max podía asegurarle que la batalla era cualquier cosa menos eso. Un vacío era pequeño y una guerra, grande. Un vacío era silencio, y una guerra era ruidosa, lo abarcaba todo, estaba llena de cosas asombrosas que ver y en las que pensar. Si había una guerra, ¿cómo iban a pensar en el vacío? Imposible.

Ahora Ira y Judith y Douglas y Alexander estaban todos muy interesados. Opinaban que una guerra parecía muy buena idea. Detrás de ellos, el Toro fulminaba a Max con la más intensa de las miradas. Si Max interpretaba bien esa mirada, tendría que deducir que, de todas las bestias, el Toro era la que menos apoyaba el plan. Pero

como no habló —no había dicho nada desde que Max había llegado a la isla— el Toro no tuvo ni voz ni voto en la cuestión.

—De acuerdo —dijo Max—. ¿Quién quiere ser Los Malos?

Nadie levantó la mano.

Max señaló a Judith.

—Tú podrías ser un Malo. —Después señaló a Alexander—. Y tú. Tú eres uno de Los Malos. —Alexander hundió los hombros de golpe. Max casi se echa a reír. ¿Cómo podía esperar Alexander ser uno de Los Buenos? Ridículo—. Y ahora... —dijo, creyéndose muy gracioso— podéis elegir uno vosotros.

—Vale —contestó Judith—. Te elegimos a ti.

Lo pillaron desprevenido, pero solo momentáneamente. La idea era tan descabellada que se rió.

—No, yo soy El Bueno. Soy el rey. No puedo ser un Malo. Yo elegiré. —Señaló a Ira—. Tú también eres Malo. Y... hum... deberíais tener uno más...

Max miró al Toro, que contestó con una mirada amenazadora. Max miró a Los Malos y señaló al Toro con el pulgar: —Y él está... Va con vosotros.

En ese instante, Katherine emergió del bosque.

Judith se mofó:

—¡Mirad quién ha llegado con su aura de misterio y distancia! Ha venido a honrarnos con su presencia.

—No te preocupes, Judith —dijo Katherine, sin perder el paso—. Nadie te está honrando.

—Katherine, tú estás en nuestro equipo —anunció Max.

Katherine sonrió. Se acercó a Max como si jamás hubiese imaginado ninguna otra posibilidad.

—Te he traído esto —dijo Katherine, regalándole a Max una maraña de algas—. Un regalo de mí y del mar.

—Eh, vale, gracias...

—¿Para qué formamos equipos? —preguntó Katherine.

—Para una guerra —contestó Max, sonriendo—. Va a ser increíble. Nosotros somos Los Buenos.

—¿Quién más va con nosotros?

Max le explicó que el equipo eran ellos dos más Carol y Douglas. Con lo cual, la sonrisa de Katherine se evaporó.

—Oh —musitó.

Para entonces, Carol, Katherine, Douglas y Max esperaban de pie a un lado mientras que Judith, Alexander, Ira y el Toro estaban en otro. Max se dispuso a explicar las reglas. Se sentía en su elemento, inspirado por la batalla que se avecinaba.

—Vale. Esto será la munición —dijo, recogiendo un terrón de tierra—. Estamos intentando matar a Los Malos y por tanto tenéis que buscar los trozos más grandes,

los que no se desmenu...

Y con un zurriagazo, lo vio todo gris. Le habían golpeado en la cabeza con un terrón de tierra del tamaño de una calabaza. Se volvió y vio que Alexander —el que lo había lanzado— se disponía a coger más munición.

—¿He ido demasiado rápido? —preguntó Alexander—. ¿No era la clase de guerra que tenías pensada?

El ataque por sorpresa dejó aturdido a Max unos instantes, pero enseguida se recuperó. «¡Corred!», bramó, cruzando el claro como una flecha en dirección al bosque con su equipo a remolque. Los perseguía una descarga incesante de tierra y piedras lanzada por Los Malos. El elemento sorpresa, del que Max creía saber cuatro cosas, había otorgado una gran ventaja a sus oponentes.

Max se tiró detrás de un árbol gigante, que se erguía frente al lecho de un río seco y estrecho. Formaba el búnker perfecto desde el que planear y ejecutar un contraataque.

Douglas llegó el primero, saltó al búnker de cabeza y se incorporó con una sonrisa. Le habían dado varias veces en el trayecto, pero se encontraba bien. Luego entró Katherine, resollando y limpiándose la tierra del pelo y la cara. Por último Carol, sudado y sonriente, resbaló dentro del búnker. Ahora estaban los cuatro juntos en la zanja, jadeando y sintiéndose muy vivos, con una idea muy clara de cuál era su objetivo en esta vida: vivir y lanzar terrones de tierra o ser alcanzados por terrones de tierra y morir. Las explosiones se sucedían por encima de ellos, pero a Max le daba vueltas la cabeza con la emoción incomparable de la batalla. Realmente no había nada, pensó el niño, tan bueno como la guerra.

Max intentaba decidir el rumbo de su siguiente acción cuando un proyectil inmenso golpeó el tronco del árbol que tenían detrás y cayó al suelo. Al aterrizar, el proyectil se desovilló y se sentó. No era tierra. Era un mapache. O un animal rosa y dentado a rayas iguales que las de un mapache.

—Hola, Larry —saludó Carol al animal, acariciándole el pelaje—. Lo siento.

El animal, aturdido, sacudió la cabeza. Por lo visto alguien en el bando de Los Malos había hecho una bola con el animal llamado Larry y lo había disparado contra el equipo de Max. Max no lograba decidir si debía prohibir el uso de proyectiles animales. Pero antes de poder tomar una decisión y mientras Larry correteaba vertiginosamente, Carol atrapó al animal, volvió a enrollarlo y lo lanzó de vuelta.

Se oyó un chillido en el campamento de Los Malos.

Max comprendió que ahora, mientras el enemigo estaba distraído, era el momento de pasar al contraataque.

—¡Adelante! —ordenó, y su equipó le siguió fuera del búnker.

Pero al segundo de quedar expuestos, les llovió un aluvión de piedras, tierra y, lo más inquietante, varias docenas de animales diversos: gatitos, serpientes y un animal con forma de oveja que tenía una cabeza en cada extremo del cuerpo.

—¡Retirada! —gritó Max, y resbalaron de vuelta al búnker.

Por encima y alrededor de ellos volaban más animales. Cientos de gatitos, pájaros no voladores y algo del tamaño y la forma de un búfalo pero amarillo y con menos pelo que golpeaba con tremendo estruendo en los árboles de detrás del búnker. Todos los animales-proyectil sobrevivían al viaje y, tras un período de recuperación, se

alejaban del lugar.

Con todo, Max decidió que debía decir algo en relación a esa práctica de lanzar animales. Sabía que tendría que firmar una tregua temporal y para ello necesitaría una bandera blanca. Pero el único material blanco que tenía era su camiseta o sus calzoncillos y ¿podía quitarse alguna de esas prendas y usarla de bandera? Justo entonces, una descarga de gatitos, esta vez de centenares o más gimiendo todos a una, surcó el aire por encima del búnker y aterrizó en los árboles de encima. Resbalaron troncos abajo y cayeron al suelo, desorientados y sin pinta de divertirse demasiado.

Max realmente no comprendía por qué había que implicar a los animales en una guerra entre dos partes que habían dado su consentimiento, así que tenía que hacer algo. Solo necesitaba establecer ciertos parámetros con el enemigo. De modo que, sin quitarse el disfraz de lobo —sabía que no debía— maniobró desde dentro de las pieles hasta quitarse la camiseta. Se la sacó por el cuello del disfraz.

A Carol y Katherine les sorprendió presenciar algo así. Pero antes de que pudieran preguntar qué acababa de emerger (¿algún órgano prescindible?), Max lo había anudado a un palo y empezaba a ondearlo fuera del búnker. Y poco después el bombardeo cesó.

Intuyéndose a salvo, Max trepó fuera del búnker y se encaró a Los Malos, a los cuatro, que estaban de pie en el claro, sin esconderse, rodeados de lo que parecía un millar de animales de todas las formas alineados como munición, a la espera de entrar en batalla. Los Malos miraban a Max con expresión de profundo desconcierto. Aparentemente no atinaban a imaginar qué hacía Max con el palo y la camiseta interior. Entretanto, Max intentaba dilucidar cómo había conseguido el enemigo que todos aquellos gatos y cabras bicéfalas esperaran, dóciles y tranquilos, a participar en la guerra. Era impresionante, y Max pensaba preguntarles al respecto más adelante.

Pero de momento quería exponer un nuevo reglamento. Bajó temporalmente la bandera y se acercó a Los Malos.

—Bien —dijo—. Hay...

La frase quedó inacabada cuando Alexander balanceó un brazo y una pelota gelatinosa de algo golpeó a Max en la boca. Lo tiró al suelo. Mientras se recuperaba, el niño echó un vistazo y probó el sabor del proyectil: se trataba de una especie de medusa terrestre de múltiples tentáculos y extremidades que sabía amarga y medicinal. El proyectil se levantó, salió disparado y se escondió en un agujero invisible.

Max se puso de pie.

—¡Esperad! —dijo—. No podéis...

Le golpearon de nuevo, esta vez con una piedra. Solo una piedra, sin más, lanzada por Judith, que le acertó en el estómago y le dejó sin respiración. Max boqueó, con la visión borrosa, y se dobló, mirando su corona, que había caído al suelo. Mientras se esforzaba por recuperar la respiración, Los Malos desataron un bombardeo increíble de pelotas gelatinosas, gatitos, champiñones de ocho patas y criaturas parecidas a los

búfalos. Cayeron a su alrededor y al menos le alcanzaron cinco Larrys más, tres de ellos en la región inferior. Agarró la corona, dio media vuelta y echó a correr, llegando a muy duras penas al búnker, donde se desplomó en el suelo apretándose las partes.

—¡De momento una guerra estupenda, Rey! —dijo Carol.

—Sí —convino Douglas—. ¿Quién va ganando?

Max seguía tumbado en el suelo, incapaz de hablar. Además se dio cuenta de que se había dejado la camiseta en el campo de batalla y por tanto ya no tenía forma alguna de indicar un alto al fuego o una rendición. Al cabo de unos minutos, recuperó la respiración y por fin pudo hablar:

—¿Por qué no han parado?

—Parado ¿el qué? —preguntó Carol.

—La guerra.

—¿Por qué habrían de pararla?

Max explicó el significado de la bandera blanca.

—Ah, no creo que lo hayan entendido —dijo Carol.

Katherine soltó unas risitas.

—Y nosotros todos aquí, preguntándonos por qué hacías eso con el palo y la cosa blanca. Pensábamos que era algún tipo de arma, pero luego te han dado tal paliza que hemos deducido, bueno, que probablemente no podía ser un arma, visto la que te estaba cayendo y eso.

Se rió hasta no poder más. Carol y Douglas rieron con ella.

Max estaba perdiendo la paciencia. Les contó a sus camaradas que intentaba explicar al enemigo que no debían lanzar animales durante la guerra y que las piedras eran demasiado duras y podían causar heridas graves, que los palos podían sacarle un ojo a alguien.

—Pueden causar daños permanentes —dijo, asegurándose de que Katherine le oyera. Esta asintió con seriedad.

—Entonces solo debemos usarlos nosotros. Tiene lógica.

—¡No, no! Nadie.

Los compañeros de equipo meditaron la cuestión un rato, mientras alrededor seguían explotando animales, piedras y árboles.

—Uau, Rey —dijo Douglas—. Ojalá les hubieras explicado todo eso antes de empezar. Ahora va a costar mucho que se atengan a las reglas nuevas porque estamos en plena guerra y eso.

Entonces, Max se percató de que Alexander estaba rodeando la arboleda intentando (¿sería eso?) infiltrarse en su búnker. O como mínimo ejecutar alguna clase de ataque por sorpresa. Max pensó a toda velocidad, cogió la piedra más grande que encontró y se la pasó a Douglas.

—¡Dale a la cabra! —gritó.

Con un único movimiento fluido, Douglas rotó el brazo y descargó un disparo

láser que mandó la piedra directa a la espalda de Alexander, derribándolo completamente.

—¡Uau! ¡Qué potencia de brazo! —se maravilló Max. Douglas se miró el brazo como si fuera la primera vez que lo veía—. ¡Repítelo!

Y Douglas lanzó otro golpe devastador contra Alexander, que seguía en el suelo. Este disparo le dio en el muslo y se oyó un doloroso y ruidoso zurriagazo. En realidad a Max no le caía muy bien Alexander y se alegraba de vengarse del ataque inesperado que había desencadenado toda la batalla.

—¡Es alucinante! —le dijo Max a Douglas—. ¡Tienes el mejor brazo de todos!

Carol giró la cabeza y lanzó a Max una mirada sorprendida y dura. Max no estaba seguro del porqué y no tenía tiempo para pensar en ello porque en ese mismo momento Alexander empezaba a incorporarse. La cabra gimoteaba, se sorbía la nariz y tal vez incluso llorara.

—¡No deberíais pegarme en la espalda! —chilló—. ¡No es justo!

Entonces se oyó la voz de Judith:

—Venga ya, Alexander. No llores. En la guerra no se llora. —Luego se la oyó debatir entre murmullos con Ira—. Hasta Ira dice que no deberías llorar en la guerra. Ah, espera un momento. —Se volvió de nuevo hacia Ira, que le susurró algo al oído—. Ira dice que puedes sollozar, pero no llorar.

—¡Me da igual lo que diga Ira! —replicó Alexander—. ¡Aquí no pinta nada!

Tanta charla aburría a Max y la voz de Alexander, mucho más que ninguna otra que hubiera escuchado, le daba ganas de acallarla.

—Dale otra vez —le pidió a Douglas.

Y Douglas lanzó una piedra, mayor que las dos últimas, y por un segundo eclipsó completamente la cabeza de Alexander. Luego se vio a la cabra en el suelo, inmóvil.

Max se alegró muchísimo unos segundos —porque era digno de verse, una puntería así— y luego, poco a poco, empezó a sentirse mal. Alexander seguía sin moverse. A Max se le encogió el estómago pensando que había ordenado matar a un chico-cabra de verdad, pero justo entonces Alexander se incorporó de un brinco. Se cruzó de brazos y dedicó una serie de gestos feos tanto a Los Malos como a Los Buenos.

—Lo dejo —gruñó, y se marchó.

Max tenía que meditar sobre los últimos acontecimientos. No le había gustado recibir una pedrada —todavía le dolía la barriga de la piedra que le había tirado Judith— pero, por otro lado, cuando su equipo había empleado piedras contra Alexander, había conseguido que este se rindiera. Ahora a Los Malos solo les quedaban tres soldados, lo que hacía más probable la victoria del equipo de Max. Así que tenía sentido. Se había equivocado al querer prohibir las piedras e incluso los animales. La clave estaba en utilizar todas y cada una de las armas a disposición de cada uno, bastaba con asegurarse de ganar cuando las emplearas. Max estaba convencido de que con el brazo de Douglas de su bando, Los Buenos vencerían. Y de

todos modos, aunque quisiera cambiar las normas y restringir el uso de ciertas municiones, tendría que encontrar la manera de que Los Malos le escucharan. No habían respondido a la bandera blanca, por tanto Max concluyó que la única forma de acabar con todo pasaba primero por ganar, y ganar de modo que los incapacitara tan a conciencia que le diesen la ocasión de decirles —si así lo decidía— que la próxima vez no dispararan piedras ni animales. Parecía bastante sencillo.

Con este plan en mente, formuló una estrategia. Se retirarían a lo alto de la colina que había detrás y desde allí lanzarían el ataque definitivo.

A la orden de Max, todos abandonaron el búnker y corrieron hacia el bosque, luego subieron la colina.

A su alrededor continuó aterrizando artillería animal, que se estrellaba contra el suelo con chillidos y mamporros antes de alejarse renqueando. Se oía tanto grito y gruñido que cuando Douglas se cayó en un agujero y pegó un chillido ninguno de los miembros del equipo de Max se dio cuenta. Max, Carol y Katherine se habían refugiado detrás de una roca grande cerca del agujero cuando por fin lo oyeron.

—¿Hola? —llamó Douglas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Max.

—Creo que me he caído en un agujero —contestó Douglas.

Carol chasqueó los dedos.

—¡Lo sabía! Iba a decir que se había caído en un agujero o que se había vuelto invisible.

Nadie sabía cómo sacarlo de allí. Estaba a unos seis metros de profundidad.

Entretanto, el fuego de artillería animal se acercaba. Max sabía que debían subir más para quedar fuera de su alcance. También sabía que cuando subieran lo suficiente para preparar un contraataque, tendría que dejar al enemigo tan aturdido que a su equipo le diera tiempo de salvar a Douglas del agujero.

Desde las profundidades de la tierra, Douglas se aclaró la garganta.

—Oh y me parece que una planta se me está comiendo la pierna izquierda. Así que cuanto antes me saquéis, mejor.

Max estaba de pie junto al agujero, intentando imaginar cómo sacarlo de allí, cuando algo le golpeó en el cuello. ¿Una piedra? Parecía una piedra pequeña. Miró al suelo y descubrió que había sido una serpiente enroscada en una piedra. La serpiente, intuyendo que Max era la cosa más cercana a la que podía morder, le mordió.

—¡Ah! —gritó el niño.

Katherine miró a Max como si acabara de hacer algo de muy mala educación.

—Chiss... —ordenó—. Vas a herir sus sentimientos.

La serpiente, abatida, se alejó deslizándose.

—Eso no ha estado nada bien —dijo Katherine—. Ni que fuera un mordisco venenoso o algo así.

De pronto Max estaba muy preocupado.

—¿Veneno?

—Oye, un momento, puede que fuera venenosa —dijo Katherine, apoyando el mentón en una mano—. Supongo que nos enteraremos en cuestión de segundos.

Clavó la mirada en Max, examinándole ojos y boca. Al final sonrió, satisfecha.

—No era venenosa. Si no, ya estarías muerto. Buen trabajo, has conseguido que te muerda la serpiente adecuada.

¡Bum! Otra piedra, otra piedra de verdad golpeó a Max en el estómago, en el mismo punto que antes. Esta vez no tenía claro quién la había lanzado, pero se enfadó como nunca en la vida.

—¡Subid la colina! —ordenó.

Max, Carol y Katherine avanzaron con dificultad, arrastrándose y renqueando, hasta la cima de la colina y se refugiaron detrás de una roca grande cubierta del musgo rojo con aspecto de bordado que Max había visto la primera noche de camino a la hoguera.

El niño se dejó caer contra la roca. Se le dormía una pierna. El estómago le latía dolorosamente. Quería venganza, y pronto. Ahora el plan se antojaba inevitable y debía ponerse en práctica de inmediato. A nivel personal, sentía necesidad de una represalia y, a nivel más práctico, el equipo necesitaba aplastar al enemigo de tal modo que le diera tiempo de salvar a Douglas de la planta que estaba devorándole la pierna en el fondo del agujero.

—Tenemos que acabar con ellos —sentenció Max—. Matarlos. Destruirlos.

Debatieron la forma de conseguirlo, de matar y destrozar al enemigo, hasta que Max cayó en la cuenta de que en la cima de la colina el equipo no disponía de munición.

—Solo tenemos esas rocas gigantes redondas y cubiertas de musgo —apuntó Carol con desdén.

—Sí, y el río de lava que corre por debajo de la superficie —lamentó Katherine.

Sin excesivo esfuerzo, Max tramó un plan que implicaba que su equipo levantara las rocas, las empapara en lava y luego las lanzara ladera abajo para aplastar al enemigo. Se lo propuso a las tropas.

—Vaya, eso los mataría seguro —dijo Carol.

—Y también los destruiría —añadió Katherine.

De modo que empezaron.

Katherine abrió un trozo de suelo y sacó a la luz un lento río de lava. Max no se lo podía creer: lava a menos de diez centímetros de la superficie. Quería saber el cómo y el porqué pero no era el momento.

Carol levantó una roca y la hundió en la corriente fundida. La rotó y consiguió cubrirla de lava, lo que prendió el musgo.

—¿Y ahora qué, Rey? —preguntó con aire algo incómodo mientras sostenía la roca candente.

—Tírasela rodando —respondió Max.

Y así Carol transportó la roca cubierta de lava hasta el borde de la colina y la

empujó en dirección a Los Malos. La roca rodó por la pendiente, ganando impulso a medida que avanzaba, derribando árboles, incendiando arbustos y hierbas y desprendiendo innumerables piedras y grava. Para cuando se acercó al fondo, media colina ardía y Judith, Ira y Alexander chillaban porque la roca ardiente y los miles de piedras y rocas más pequeñas que arrastraba iban directos hacia ellos.

Llegado este punto a Max se le planteó un dilema porque, por una parte, el espectáculo era de lo más increíble. Presenciar una destrucción de tanto alcance, contemplar un plan así en acción y verlo funcionar tan bien... no había nada igual en el mundo. Por otra parte, la cosa tenía visos de terminar con Los Malos arrasados y tal vez hasta muertos de verdad por culpa de la avalancha que les venía encima. De pronto tuvo mucho miedo.

—Eh —llamó a su equipo—. ¿Os parece que esa cosa los matará de verdad?

—Uy, segurísimo —contestó Katherine.

—¡Eso espero! —dijo Carol.

—¿Qué? —Max estaba horrorizado.

—Creía que se trataba de eso —repuso Carol, sinceramente desconcertado.

Max les explicó lo más rápido que supo que nunca había querido decir que quisiera que los mataran de verdad.

Carol contemplaba la avalancha sonriendo y asintiendo, pero todavía perplejo.

—¿De modo que cuando has dicho «¡Matadlos!» querías decir «¡Ganémosles la partida tirándoles tierra!»?

Max asintió.

—¿O sea que ahora deberíamos evitar que acaben muertos?

Max asintió.

—Vale —dijo Carol. Luego se quedó de pie un rato largo—. Pero ¿cómo?

La roca continuaba rodando ladera abajo, cada vez más rápido.

—Te dije que no lo hicieras —se quejó Katherine.

—¿Qué? —preguntó Carol—. ¡Nunca has dicho nada parecido! Eres la más mentirosa del mundo, Katherine.

—Pero el violento eres tú —replicó ella—. Se siente.

En ese instante la roca en llamas, y los miles de piedras y arbustos incendiados que la acompañaban —incluso un par de búfalos que habían sido disparados contra la colina como munición y ahora la bajaban corriendo, huyendo de la avalancha—, golpeó y arrolló a Los Malos. Las posibilidades de supervivencia parecían nulas.

No la siento muy bien —dijo Douglas, agarrándose la pierna medio mordida que, después de haber sido roída por una enredadera carnívora subterránea, recordaba mucho a un caramelo de regaliz negro—. Aunque no me quejo.

Era más tarde, de noche, y estaban todos reunidos en torno a una pequeña fogata. Las bestias hacían cuanto podían por recuperarse de la guerra y esperaban de mal humor la comida que Douglas había preparado: la cena de la victoria, lo llamaba él. Aunque le habían devorado parte de la pierna, estaba de un humor estupendo, contento por el cumplido que Max, el rey, le había dedicado a su brazo, que hasta entonces había pasado sin pena ni gloria.

Alexander miró fijamente a Max.

—Ha sido una idea de burros.

—Todavía me siento como hueco —gimió Ira—. Noto los globos oculares sueltos...

—Cállate, Ira —espetó Judith—. Los ojos son así. Yo apenas me noto el cerebro. ¿Alguien se siente el cerebro?

Nadie contestó. Nadie se sentía el cerebro.

Sin mediar palabra, el Toro se aproximó a Max, le quitó la corona de la cabeza y la plantó en mitad del fuego. Como antes, Max no quiso cuestionar la tradición, aunque desde luego no le gustaba ver su corona allí, bajo las llamas.

Tenía la cabeza hecha un lío. Tal vez no hubiera analizado bien la guerra. La primera vez que la había imaginado, le había parecido una diversión inofensiva con un principio magnífico, un desarrollo difícil pero lleno de valor y un final victorioso. No había tenido en cuenta el hecho de que tal vez la batalla no se resolviera ni tampoco había imaginado la sensación de que la guerra más o menos acabara sola, sin que nadie admitiera la derrota ni le felicitara por su coraje. En lugar de eso, Ira y Judith se habían caído por el acantilado y Katherine y Carol se habían enfadado todavía más, además Alexander no le dirigía la palabra a Ira porque no se sabía por qué le consideraba responsable de que le hubieran golpeado tantas rocas. Mientras, el Toro se había sentado algo alejado de la hoguera, completamente cubierto de tierra. Se había pasado el día cruzando el campo de batalla, recibiendo cientos de golpes, sin ni siquiera agacharse o correr. Con todo, aparte de los arañazos y el polvo, estaba igual. Si acaso, se le veía más vivo, más predispuesto a hablar.

—Y bien, Max —dijo Judith—. ¿Ha salido como tenías pensado o he entendido algo mal? ¿Llegas a la isla, te nombras rey y luego intentas matarnos de media docena de maneras diferentes? ¿Esa era la idea?

—Basta, Judith —dijo con firmeza Carol—. Todo el mundo ha intentado matar a todo el mundo. No te enorgullezcas tanto. Además, seguro que Max lo tenía previsto.

Carol miró a Max y le dedicó una cálida sonrisa. Max intentó devolverle la sonrisa, pero todavía le costaba cuadrar el Carol amable que conocía y admiraba con

el Carol que no había dudado lo más mínimo al ver a sus amigos aplastados por grandes rocas en llamas. Max se sentía hecho pedazos por dentro. Nunca antes había sido tan claramente responsable de un desastre semejante. Él había propuesto la guerra y la mitad de los participantes casi habían muerto. Le parecía que todo lo que hacía, en casa o aquí, en la isla, ocasionaba daños permanentes. Y Katherine, que parecía la única capaz de escucharle, no estaba en ninguna parte.

—La comida casi está —anunció Douglas, pavoneándose con el brazo derecho a medio flexionar como si esperara otro comentario acerca de su extraordinaria extremidad—. Cierra los ojos, Max.

Max cerró los ojos.

—Te he preparado una sorpresa. Para el primer banquete real.

Max olió que le ponían algo debajo de la nariz. Se estremeció sin querer. Era el olor más intenso y espantoso con el que se había topado jamás. Olía a peces muertos desde hacía siglos y empapados en huevos y gasolina.

—Vale, ya puedes mirar —dijo Douglas.

Max abrió los ojos.

Casi da un brinco. Era una serpiente enorme. O un gusano. De unos treinta centímetros de diámetro. Húmedo, marrón y púrpura, de más de tres metros de largo. Douglas se lo había dejado sobre el regazo.

—No te preocupes. Lo matamos —dijo Douglas. Se rió—. Creías que estaba vivo, ¿eh? Qué risa.

Max se levantó, dejando caer el gusano. El bicho dejó un residuo marrón y verde en el pelaje blanco.

—¿Ocurre algo, Rey? —preguntó Douglas.

Max intentó disimular su espanto.

—¡No, no! —dijo, luego dio con la respuesta apropiada—. Quería verlo mejor.

Douglas sonrió.

—Sí, lo he sacado de la laguna. Estaba enroscándose alrededor de Judith, así que me zambullí y lo cacé. ¡Debía de llevar cientos de años viviendo allí! ¡Y tú te lo comerás!

Douglas miraba fijamente a Max en busca de alguna señal de aprobación. Max intentó sonreír.

—Puedes comerte la boca, si quieres —añadió Douglas—. Es la parte más consistente.

Max notaba el estómago escurriéndosele piernas abajo. Tenía que pensar una razón para no comerse el gusano.

Miró a su alrededor, sin hallar respuesta en la tierra ni en los árboles, pero cuando alzó la vista al cielo, encontró la solución.

—Me temo que esta noche no puedo cenar. Te lo agradezco muchísimo, pero los reyes de donde vengo no cenan la noche que no hay estrellas.

Las bestias aceptaron la explicación —«Vaya», «Peor para ti», «Qué duro es ser

rey»— y empezaron a comer. Agarraron la carne húmeda del gusano gigante con las zarpas mientras el jugo sanguinolento les resbalaba por la barbilla y entre los dedos. Max no podía mirar. Clavó la vista en la hoguera.

Mientras comían, Max se percató de que el gusano provocaba reacciones distintas en cada bestia. Ira se calló y se puso melancólico, y se le humedecieron los ojos mientras rememoraba algo dulce y lejano. Douglas intentaba resistirse a los efectos del gusano moviendo los ojos rápidamente mientras la boca se le volvía flácida y empezaba a arrastrar las palabras. En cuanto a Judith, le dio por coquetear, tocaba a todos el brazo y los hombros y reía por lo bajo, encontrando media docena de razones para levantarse y acercarse a Douglas y así tocarle la nuca. Pero cuando él le apartó la pata de un manotazo por última vez, reapareció la parte menos amable de Judith y miró a Max con los ojos entornados.

—No puedo creerme que sigamos sin hablar de lo que todos pensamos —dijo Judith—. Aquí, el rey, intenta matar a algunos de nosotros. ¿Es que a nadie le importa?

Nadie respondió, pero saltaba a la vista que el tema ocupaba la mente de al menos la mitad de las bestias.

—¡Así que Max navegó durante más de un año! —dijo Carol, intentando cambiar de tema.

—Es mucho tiempo —comentó Douglas, alegremente.

—Todo un año solo —dijo Ira, mirando a la oscuridad—. Qué triste.

—¿Por qué tardaste tanto, Rey? ¿El barco era lento? —preguntó Judith con mirada amenazadora.

—No, era un buen barco —repuso Max.

—Entonces, ¿no eres buen marinero? —le hostigó ella.

—No, soy muy buen marinero. A ver, el barco no tenía motor. Navegaba todo lo rápido que la barca...

—Ay, estoy haciéndote pasar un mal rato —rió Judith, sin la menor alegría—. ¡No seas tan sensible! Pero no, en serio, ¿ya hemos experimentado todo el alcance de tus planes para arreglar las cosas de la isla? ¿Un desfile, una guerra y luego la muerte de todos por lava fundida?

Carol fulminó a Judith con la mirada. Ella terminó por apartar la vista y seguir comiendo.

—Vuelvo a sentir el vacío —añadió Ira.

—No te preocupes, Ira —dijo Douglas—. Max lo arreglará. Siempre da la respuesta correcta. Tú, espera. ¿Verdad, Max? Adelante.

Todos se quedaron mirando a Max y a él le sorprendieron la expectación y esperanza sinceras de sus caras. Confiaban verdaderamente en que Max, su rey, tuviera un plan.

—Bueno, pensaba... —farfulló Max. Lo cierto es que no tenía ningún otro plan. El silencio se alargó, incómodo. Al final llegó la idea esperada, aunque de dudosa

calidad—. He pensado... He pensado que podía otorgaros títulos nobiliarios.

Ira parecía confundido.

Judith carraspeó.

Alexander se rió.

No impresionó a nadie, ni siquiera a Carol. Su expresión correspondía más a la decepción. No podía creer que Max no supiera hacerlo mejor. El niño intentó acicalar un poco el plan: —... y podríais tener responsabilidades especiales y, bueno, cosas de esas que cruzan el pecho —añadió, gesticulando en diagonal por el torso, intentando recordar la palabra «banda».

—¿Serpientes? —probó Judith.

—No...

—Ya tenemos serpientes —dijo Judith.

—No, no... —insistió Max.

—No me gusta ponerme serpientes en el pecho —se quejó Ira.

—¡Que no son serpientes! —espetó Max—. Es una cosa más de rey. Es...

—¿Un palo? —apuntó Douglas, intentado ayudar.

—¡No! —bramó Max.

—Pues a mí me suena a serpiente —dijo Judith—. Y a nadie le gusta ponerse una serpiente en el pecho...

—¡Dejadme acabar! —rugió Max.

Max intentó recordar la palabra.

—Es... —Se paseó sin rumbo, señalándose el pecho de nuevo—. Es...

Al final se rindió, derrotado.

—Tendréis títulos nobiliarios —masculló.

El silencio era hondo. Los súbditos de Max quedaron tan poco impresionados que no necesitaban decir nada. Max tenía que avanzar y superarse lo antes posible, de modo que se levantó, pensando que ya sabía lo que hacer. Había animado a su madre, había hecho reír como histéricos a su hermana y sus amigos... tenía que funcionar. Puso las piernas y los brazos rígidos e inició su increíble baile del robot.

Pero mientras bailaba —y lo hizo muy bien, mejor que nunca— las bestias, lejos de admirarse, se alarmaron.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Judith—. ¿Qué es eso?

—Oh, oh, alguien ha roto al rey —concluyó Ira.

—¿Está enfermo? —se preguntó en voz alta Judith.

—No lo sé, pero a mí sí que me está poniendo enfermo —refunfuñó Alexander—.

¿Qué clase de rey haría algo así?

Max se rindió. Dejó de bailar. Las bestias parecían muy aliviadas viéndole de nuevo sentado.

—Creo que ya ha terminado —apuntó Ira.

—Eso espero —dijo Alexander.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Judith.

—Estaba haciendo el robot —explicó Max—. Se suponía que os reiríais. Nadie se había reído. Nadie sonreía.

—¿Qué es un robot? —preguntó Ira. Parecía asustado.

—¿Un robot? —repitió Max—. ¿Un robot?

Nadie sabía lo que era un robot.

—Venga ya, un robot —dijo Max—. Los robots son lo mejor que hay.

—¿Qué es eso? —preguntó secamente Carol.

—Los robots son lo mejor —repitió Max, menos seguro.

Carol parecía desconcertado de verdad.

—¿Eso es lo que estábamos esperando? —dijo Alexander—. Patético.

—¿Esas cosas funcionaban en el último sitio donde fuiste el rey? —quiso saber Judith.

Douglas frunció el ceño. La mirada del Toro imponía. Hasta Carol parecía decepcionado con Max, profundamente decepcionado.

—Me está entrando hambre —dijo Alexander, mirando intensamente a Max.

—Acabas de comer —gruñó Carol—. Nadie tiene hambre.

Judith lanzó una mirada a Max y se relamió.

—Todos tenemos hambre y lo sabes.

Carol se puso en pie, imponiendo su figura sobre todo el grupo.

—No. Nadie tiene hambre. Ahora, arriba. Nos vamos —dijo.

Las bestias se quedaron mirándole, como si lo evaluaran de nuevo: ¿había perdido fuerza? ¿Tenía algún punto vulnerable nuevo? Al cabo, concluyeron que no, de momento nadie podía desafiar su primacía. Todos empezaron a levantarse y prepararse para irse.

En ese instante apareció un copo de nieve. Luego llegaron más: nevaba en espirales borrachas. La admiración que Max despertaba en Carol se había desvanecido y la bestia le miraba con cara de pocos amigos.

—Menuda idea destrozarnos las casas, Rey.

Alexander se sumó contento a las críticas.

—Gracias, Su Atroz. O sea, Su Alteza.

Judith, Alexander e Ira se marcharon. Douglas no tardó en seguirlos, meneando la cabeza. Mientras se alejaba del campamento se detuvo un instante, quería decirle algo a Max, pero no estaba seguro del qué.

Carol esperó a que todos se fueran. Estaba del otro lado de la fogata, mirándose las manos.

—Los robots son lo mejor, ¿eh? Creía que yo...

—No quería decir eso —dijo Max—. No quería decir que sean mejores que tú.

—Pues has dicho que son lo mejor que hay. Y de todos modos ¿qué son? ¿Son más grandes que yo? ¿Más fuertes? No creo.

—No lo son. Tú eres el más grande. Con diferencia.

—Entonces, ¿por qué tienes que decir que son lo mejor? Eso significa que crees

que son mejores. En fin, olvídalo. No tenemos por qué hablar de esto. Lo dicho, dicho está.

Max estaba perdido. Se sentía tan cansado y confuso que no sabía qué decir. Clavó la vista en el suelo un momento y luego la levantó, Carol estaba agachado con la oreja pegada al suelo.

—No me gusta nada cómo suena. Suena alto, suena a barullo y suena muy enfadado.

Carol se giró para irse.

—Buenas noches, Max. Supongo que tienes mucho en lo que pensar esta noche. Buena suerte.

Con las mismas, se perdió en el bosque.

Max oyó un crujido de ramitas al partirse. Se volvió y vio al Toro, gigantesco y amenazador, plantado detrás de él. Se miraron fijamente. Ninguno parpadeó. Luego, sin abrir la boca, el Toro dio media vuelta y se alejó en la noche.

Max estaba solo. El fuego era cada vez más pequeño, nevaba ligeramente y estaba en una isla en medio del mar, solo.

Max pasó toda la noche mirando el fuego, frío y tembloroso mientras continuaba nevando. Encontró algunos troncos y los añadió a la hoguera, acercándose a toda prisa a las llamas, tratando de mantenerse caliente.

Tenía que ordenar sus ideas, tenía que poner en fila sus codornices. Empezó por la que sabía, catalogando lo que había aprendido hasta el momento. Sabía que a Douglas le gustaba que elogiaran su brazo como el mejor, pero sabía que a Carol no le gustaba escuchar esa clase de alabanzas dirigidas a otro que no fuera él y, desde luego, tampoco le gustaba que le dijeran que los robots eran lo mejor porque, presumiblemente, él se consideraba el mejor. Sabía que Katherine prefería estar a solas con Max. Sabía que a Judith, Ira y Alexander no les gustaba que los arrollasen rocas cubiertas de lava y que probablemente la posibilidad de daños graves recordaba a Ira el vacío, cuya mera idea había que evitar a todo coste.

Sabía que quería comida. Casi deliraba de hambre. Sentía la cabeza liviana y el estómago mellado. Y lo que quería, más que cualquier otra comida, era sopa. La sopa le entraría fácil, le calentaría y calmaría por dentro. Cualquier clase de sopa serviría, pero la crema de champiñones que le preparaba su madre cuando estaba enfermo sería la mejor.

Quizá, pensó, debería irse a casa. No estaba seguro ni siquiera de poder volver navegando porque el continente del que había partido parecía haber desaparecido por completo a las pocas horas de zarpar de sus costas, pero sin duda podía intentarlo. Y si no conseguía llegar hasta allí, seguro que habría otras islas, con otros animales o gentes a los que gobernar.

Pero incluso aunque consiguiera llegar a casa, estaba convencido de que su familia le habría olvidado. Llevaba varios días fuera y ya le habrían dado por muerto o perdido y, probablemente, con bastante alegría. Quizá la casa se hubiera venido abajo por culpa de todos los daños que había causado. Quizá su madre y su hermana hubieran perecido aplastadas bajo el peso de las vigas que él había debilitado con tanta agua. No, no, se convenció a sí mismo. Estaban vivas, pero contentas de haberse librado de un animal como él.

Pensó otra vez en dirigirse al destino que tenía pensado en primer lugar, al piso de su padre en la ciudad. Todavía podía hacerlo. Si navegaba sur-suroeste, terminaría por llegar. Y una vez allí, podría quedarse a vivir, y sabía lo feliz que estaría su padre de tenerlo con él.

El primer problema sería la cama. Su padre solo tenía una cama, y no era muy grande, así que Max solía dormir en el sofá-cama de la leonera, pero el colchón era delgado y todas las juntas crujían. La habitación era fría y los ruidos de la calle, altos e impredecibles. Toda la noche se sucedían estallidos diversos de la ciudad, que nunca dormía: sirenas y discusiones, carcajadas, botellas que se rompían en los contenedores y los silbidos de los camiones. Y cuando su padre tenía compañía,

además se oían otros ruidos.

Se llamaba Pamela.

Era guapa de un modo llamativo, de ojazos verdes y boca grande y lustrosa. Trabajaba en un restaurante o lo tenía en propiedad o algo así y habían ido a comer allí, fue la primera vez que Max se sentaba a la mesa en un sitio así, con una vela en el centro de la mesa y el local entero en penumbra ambarina. Se aburrió tanto que quiso gritar.

Pamela había pedido para todos una sucesión de platitos pequeños, grasientos y de color barro, y Max había acabado comiendo solo un poco de pan. Su padre le había lanzando miradas suplicantes, pero Max sabía que no le gritaría por no comer, delante de Pamela, no.

Después Pamela los había llevado a un sótano lleno de botellas y por fin había despertado su interés. Max quería ser dueño del lugar. No por las botellas, sino por todas las estanterías de madera, los cuchitriles, los umbrales arqueados y los rincones oscuros. Era como un castillo, una mazmorra, el laberinto debajo de un antiguo reino. Pero para Pamela era solo un lugar para guardar el vino. Sacó dos botellas oscuras de la pared y volvieron arriba.

Después de la cena los tres cogieron un taxi de regreso al edificio de su padre. Pamela se había despedido de Max y de su padre frente a la entrada, pero luego había cuchicheado algo, se había reído por lo bajo y se había alejado hasta perderse a la vuelta de la esquina con una botella en cada mano.


Max se acostó pero no durmió. Se quedó tumbado despierto, pensando en el laberinto de debajo del restaurante, en lo seguro que se sentía entre aquellas paredes de piedra, de fría y negra solidez, hasta que oyó el chirrido de la puerta al abrirse y el golpe de un par de zapatos contra el suelo. Después siguió el tintineo de botellas chocando entre ellas y una retahíla de susurros. Luego unos pasos se alejaron por el pasillo y la puerta de su padre se cerró.

Max no podía ir al piso de su padre. No podía ir navegando al piso de su padre, no podía ir navegando a su casa y la probabilidad de encontrar otra isla y convertirse en su rey parecía remota. Tenía que intentar que esta funcionara. ¿Tanto podía costar dominar este lugar y contentarlos a todos todo el tiempo?

Max se despertó en plena noche, con los hombros temblando. Se había quedado dormido antes de alimentar debidamente el fuego y la fogata se había apagado. La nieve había cesado y era negra noche. No veía nada en ninguna dirección, solo vagas manchas grises donde se había juntado algo de nieve. Se llevó un puñado a la boca para saciar la sed pero sabía que estaba en apuros. Con la temperatura en descenso y sin nada con lo que encender un fuego, acabaría por congelarse. Si echaba a andar en cualquier dirección se lo comerían, o le picarían o caería en algún agujero interminable. No podía ir a ninguna parte.

Y al final lloró. Cuando por fin llegaron las lágrimas, se sintió bien. Sacudía el pecho y las lágrimas le calentaban la cara y le sentaba tan bien que se echó a reír. Las lágrimas siguieron cayendo, muchísimas lágrimas, una por cada frustración y miedo que había experimentado desde que se había ido de casa. «Ay, chico —pensó—, qué gusto.» Le encantaban esas cálidas lágrimas, su liberación. Le encantaba poder llorar allí, a solas, en la oscuridad, sin nadie que le viera. Podía llorar cuanto quisiera y nadie lo sabría jamás.

Lloró durante lo que le parecieron horas pero el llanto y los temblores y el sorber montones ingentes de mocos de algún modo sirvió para mantenerle caliente en las horas más frías del amanecer mientras las lágrimas y el frío y todo lo que había estado pensando se combinaban para formar en su mente algo parecido a una idea. Y la idea le dijo que cogiera un palo, y su mano empezó a mover el palo por la tierra y las cenizas y al poco había dibujado un proyecto que tenía la oportunidad de conseguir todo lo que había que hacer por él y todas las bestias de la isla: llenaría el vacío, eliminaría la cháchara, conectaría todo y todos los que habían estado desconectados y, lo mejor de todo, garantizaría que Max nunca más durmiese en la nieve, sin fuego, solo en una isla en medio del mar.

 ran parte de la nieve caída la noche anterior se había derretido. Max se despertó con la visión borrosa con las luces previas al alba. El disfraz de lobo estaba mugriento. Pero el niño estaba tan emocionado que había pasado la mayor parte de la noche en vela, esperando la primera luz azul que le permitiera encontrar a Carol y anunciarle a él y al resto de las bestias que sabía cómo cambiarlo todo, de una vez y por todas.

Cuando la luz bastó para abrirse camino hasta el puesto de Carol en las dunas altas, Max recogió la corona de las cenizas de la hoguera y se la puso. Todavía estaba caliente, y el calor le hizo estremecer, pero se armó de valor y partió hacia el mar.

Cuando el bosque dejó paso a la playa, Max distinguió a todas las bestias reunidas en la arena espolvoreada de nieve, habían dormido allí. Era probable que fuera el lugar más frío en toda la isla que alguien podía elegir para pasar la noche.

Max encontró a Carol sentado a solas, en su duna alta, de cara al horizonte. El niño corrió hacia él.

—¡Carol!

El grito despertó a Ira y Judith, vestidos ambos con un fino mantón de nieve. Observaron a Max pasar de largo.


—¡Carol! —chilló Max.

Carol seguía mirando a lo lejos, contemplando el mar. E igual que la mañana anterior, justo cuando el húmedo sol naranja se levantó en el horizonte, Carol exhaló un profundo suspiro de alivio y se dio media vuelta.

—Ah. Hola, Max —saludó.

—Tengo una idea, Carol. Ya sé lo que vamos a hacer.

—Bien, bien, Max. ¿Cuál es el plan?

 Carol reunió a todo el mundo y juntos encontraron una zona de arena lisa para que Max dibujara sus planos. Con el palo trazó los esbozos en los que había trabajado toda la noche. Cuando terminó, eran tal como los había imaginado y pensó que, aunque algo toscos, transmitían la grandilocuencia necesaria para convencer a cualquiera.

—¿Qué es eso? —preguntó Judith. Ira estaba tumbado debajo de ella, mordisqueándole el tobillo y babeando profusamente.

—Es un fuerte —dijo Max.

—¿Qué es un fuerte? ¿Y por qué un fuerte es mejor que, pongamos, que me coma tu cabeza?

—Es mucho mejor —respondió Max—. Será el mejor fuerte de todos los tiempos. Será en parte castillo, en parte montaña, en parte barco... —Eché una mirada a Carol y se corrigió—. Pero no navegará, porque no se mueve. Está fijo.

»Sí. Será tan alto como seis de vosotros y una docena como yo. Lo bastante grande para que quepamos todos dentro. Podremos dormir amontonados como la primera noche.

Carol y Douglas asintieron respetuosamente.

Para entonces Ira tenía dentro de la boca toda la parte inferior de la pierna de Judith, pero se la sacó lo justo para contestar: —Hum.

—Nos hará sentir bien —añadió Max, por Judith—. Todo el tiempo.

—¿El qué? —preguntó Judith.

—El fuerte.

—No es verdad. ¿Por qué un fuerte para ti iba a hacernos felices a nosotros? ¿Qué pasa con comer? A mí me hace feliz.

—Chsss... Judith. Escucha —dijo Douglas.

—No es solo mi fuerte —explicó Max—. Lo construiremos juntos. Será de todos, como un único equipo.

Judith casi pareció impresionada.

—Oh. Un fuerte de esos.

—Sí, y dentro tendrá todo lo que pudiésemos desear. Tendremos nuestra propia agencia de detectives y nuestro propio idioma. Alexander, ¿quieres encargarte tú de inventar un idioma nuevo?

—No.

—Vale, ya me ocuparé yo del idioma —dijo Max, siguiendo adelante—. Y fuera quiero que haya montones de escaleras de mano. Y vidrieras de colores. Y un árbol falso, que no será un árbol, sino un túnel que conducirá al interior a través de un compartimento...

Max dibujó el árbol fuera del fuerte, pero el dedo del pie del Toro estaba justo en el trozo de playa donde iba el árbol. Max dibujó medio árbol y se topó con el dedo

del Toro. Miró arriba, al Toro, pero estaba claro que este no pensaba moverse. De modo que Max dibujó alrededor del enorme dedo de manera que la copa redonda del árbol se convirtió en una media luna. La media luna le recordó algo. El fuerte necesitaba túneles. Montones de túneles.

—Ira, ¿te encargarás tú de los túneles? —preguntó Max—. Son como agujeros, tú sabes hacer agujeros, ¿no?

—Sí, hago agujeros.

—Vale, pues estos túneles tienen que ser los agujeros más largos que se conocen. Y ya que estarás allí abajo excavando, de paso podrías hacer también el sótano, el más grande de todos los tiempos, donde guardaremos un millón de juegos para cuando llueva.

Todas las bestias asintieron, escuchando con atención, como si miraran una serie de instrucciones razonables y muy específicas. Douglas iba tomando notas en el brazo.

—Tendremos una gran torre para los búhos —continuó Max—. Necesitamos muchos búhos porque tienen buena vista y no se asustan fácilmente. Y los amaestraremos y los guiaremos con control remoto. Nos advertirán de la presencia de invasores.

—Conozco a algunos búhos —dijo Katherine.

Todo el mundo miró y descubrió que Katherine llevaba rato con ellos.

—Bien, bien —dijo Max.

—¿Son búhos majos o distantes y sentenciosos? —quiso saber Carol, mirando con recelo a Katherine.

—No son distantes ni sentenciosos —contestó ella, en voz baja pero firme—. Son buenos búhos. Se preocupan. Solo que no saben cómo expresarlo.

Carol se ablandó.

—Vale. Necesitaremos algunos búhos buenos.

Y una especie de corriente eléctrica parecía recorrer el grupo mientras todos, desde Max a Douglas pasando por Ira y Judith, reconocían que acababan de presenciar el acuerdo silencioso, no firmado pero igual de importante, de una tregua entre Carol y Katherine.

—Será en contra de todos los demás —prosiguió Max, con vigor extra—. No podrá entrar nadie que no queramos.

—Y la cháchara quedará fuera, ¿verdad, Max? —preguntó Carol, casi de forma retórica.

—Por supuesto. ¿Cómo iba a colarse en un sitio así? —respondió Max, señalando las increíbles fuerza y dimensiones del fuerte tal como lo había dibujado con el palo en la arena.

Judith caminó alrededor del dibujo, todavía algo escéptica.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Max.

—La verdad, no creo que una cosa así vaya a funcionar. Pero si funcionase... —

dijo Judith elevando la voz a un tono casi esperanzado—. No sé —continuó, sentándose de nuevo—. Yo no sé nada. Pero me gusta mucho el túnel árbol.

—Lo mejor de todo —prosiguió Max mirándolos a todos— es que dormiremos todos juntos en un montón. Como la otra vez.

Este aspecto en particular de la propuesta levantó un murmullo generalizado de aprobación.

Entonces Max se volvió a Carol.

—¿Te encargarás de construirlo?

Carol no se lo esperaba.

—¿Yo? Oh. Esto. Bien. Yo... Yo solo...

Douglas intervino:

—Está claro que deberías encargarte tú, Carol. Nadie más podría.

—Sí, sí. Lo sé —dijo Carol, henchido de orgullo—. Tenéis razón...

—Katherine, ¿tú no crees que debería construirlo Carol? —preguntó Max.

—Sí —contestó ella, para sorpresa de todos—. Nadie más podría hacerlo.

—De acuerdo —aceptó por fin Carol—. Entonces lo haré.

Las obras comenzaron inmediatamente y avanzaron a una velocidad considerable. Carol midió el perímetro del fuerte utilizando a Ira como unidad básica de medición —Douglas y él lo cargaban como una regla gigante—, y pronto terminaron los fundamentos con piedras y barro.

El Toro recogía árboles y rocas y los lanzaba a cientos de metros de distancia desde dondequiera que se encontrara hasta el solar del fuerte. Así fueron acumulando materiales de construcción.

A mediodía habían levantado la primera pared, recta y alta, que fácilmente haría nueve metros.

—Vaya, si casi es divertido, Rey —dijo Judith, confusa ante su propia actitud positiva.

Se alejó murmurando y contando con los dedos.

Douglas se pavoneaba por ahí, animado por tener un objetivo.

—No está mal, Rey —le dijo a Max—. Carol y tú juntos... habéis diseñado un fuerte muy elegante.

Hasta Alexander parecía estar disfrutando. Él se dedicaba a recoger y embalar el barro que compactaba las paredes y parecía enorgullecerse mucho de una tarea tan sucia.

Max encontró a Ira debajo.

—¡Bien cavado! —le felicitó Max, sinceramente admirado.

En solo unas horas, Ira había excavado un sótano mayor que el de casa de Max y los principios de varios túneles secretos de salida.

—Gracias, Rey. Ya sabes, nunca se me había ocurrido, pero en realidad los sótanos vienen a ser como agujeros, solo que tapados. De momento, ¿te gusta?

—Sí, está muy bien.

—¿Los laterales no te parecen demasiado frágiles... ni la base demasiado curvada?

—No, no. Está perfecto.

—Ah, bien. Bien. Me alegro mucho —contestó Ira, retomando la excavación—. Me alegro de cavar para ti, Max.

La actividad continuó toda la tarde. Apilaron piedras, tejieron enredaderas, Douglas y Judith clavaron postes en el suelo y saltaron encima de ellos, como sobre saltarines de juguete, para hundirlos más.

A medida que el sol descendía, la estructura, aunque todavía esquemática, empezaba a recordar al dibujo de Max, en lo bueno y en lo malo. Estaba algo torcida aquí y allá —y curiosamente Carol había respetado la entrada en forma de media luna que Max había dibujado para esquivar el pie del Toro—, pero en conjunto daba gusto

verla.

Max trepó a un risco no muy lejano para tener mejor perspectiva de la construcción. El fuerte medía ya unos veinticinco metros de alto y se elevaba a toda velocidad.

—¿Qué opinas, Rey?

Era Carol, que se le había acercado por la espalda. También él estaba inspeccionando el progreso realizado hasta el momento.

—Es asombroso —dijo Max—. Ni me creo lo grande que es.

—¿Es demasiado grande? —preguntó la bestia, súbitamente preocupada.

—No, no. Es perfecto. Solo que me sorprende que sea real y eso. Es perfecto. Has hecho un gran trabajo. El mejor.

Carol estaba radiante.

Cuando cayó la noche, las bestias estaban agotadas pero felices. Se reunieron en la sala principal del futuro fuerte para un banquete de celebración. Una vez más optaron por un alimento imposible de comer para Max —se parecía sospechosamente a una foca— y una vez más el niño se sentó a verlas comer mientras su estómago rugía de hambre.

—¿Sabéis qué? De veras que creo que estamos haciendo algo grande —dijo Douglas, recostándose después del atracón—. Creo que podría funcionar.

Hubo un consenso general en que Douglas tenía razón. Y Max, pese al hambre, estaba muy contento. Su plan había funcionado, todos estaban felices y sentados en un círculo ante un fuego calentito en el fuerte que él mismo había diseñado con un palo en la arena.

Mientras rememoraba el día mentalmente, con sus numerosos momentos destacados, un ruido empezó a abrirse paso en el aire nocturno. Sonaba como un instrumento de cuerda, tal vez un violonchelo, gordo, resonante y denso. Max levantó la vista, pero nadie parecía sorprendido ni curioso. A nadie más le parecía raro.

Después se encontró con Katherine tumbada con la cabeza apoyada en el muslo de Judith y la boca abierta mirando al cielo. El ruido, una especie de canto, venía de ella. Y pronto se le sumaron otras bestias. La primera fue Judith, en un tono más afilado, más tosco, pero no obstante, bonito: parecía rodear y cruzar la voz de Katherine en perfecta armonía. Uno a uno los demás elevaron sus voces para entrelazarlas con el resto, cada sonido complementaba y mejoraba el conjunto. Era la música más bella que Max había escuchado jamás y el hecho de que existiera, de que pudiera surgir de esos torpes animales parecía convertir en insignificantes y anodinos todos los problemas que pudieran haber surgido entre ellos.

Max.
Un susurro.

—¡Max!

Una voz femenina.

Max dormía con el brazo de Carol de almohada cuando abrió los ojos y vio a Katherine agachada a su lado.

—Tenemos que conseguir los búhos —susurró ella.

—¿Ahora? —preguntó Max.

—Sí, es el único momento posible —contestó ella, echando un vistazo a Carol para asegurarse de que no le había despertado—. ¡Ahora!

Max se sentía obligado a conseguir los búhos, eran esenciales para proteger el reino. Se levantó con cuidado de no despertar a Carol ni a nadie más y trotó detrás de Katherine, que se encontraba ya en la entrada del fuerte. El sol acababa de salir y justo mientras Max caía en la cuenta de que era la primera mañana que Carol no había sentido la necesidad de sentarse a esperar la llegada del astro, Katherine le izó y se lo cargó a la espalda.

—Agárrate del cogote.

Max se agarró e inmediatamente Katherine saltó fuera del área del fuerte y aterrizó primero en la pradera multicolor, luego en una de sus plataformas rayadas de las copas de los árboles y después en un bosque de plantas rosas traslúcidas, tocando el suelo en cada ocasión con la velocidad y delicadeza de un colibrí.

Vieron zonas de la isla que Max no sabía que existían, como una parte de altas hierbas amarillas poblada de serpientes andantes, serpientes que se erguían sobre patas traseras y vivían en un claro con docenas de géiseres que escupían brillantes penachos naranjas de chispas y vapores. Por último aterrizaron en el lado opuesto de la isla, en una amplia playa blanca de grandes dunas y formaciones rocosas como tirabuzones de color azul celeste asomando de la arena por todas partes.

—¿Te gusta? —preguntó Katherine.

Max asintió. Le encantaba.

—Vengo aquí cuando me apetece estar sola —explicó ella—. Tengo que venir aquí para recordarme quién soy y quién no. ¿Los ves?

Katherine señaló arriba y Max vio dos pájaros, dos puntos rojos en el cielo, volando en elipses, luego cruzándose perfectamente sincronizados para dibujar varios ochos. La simetría de sus vuelos le hipnotizó.

—¿Son los búhos? —preguntó, en murmullos.

—¿Son los búhos? —repitió Katherine, imitándole—. Pues claro. Focas no son. Nos comimos las últimas en la cena de anoche.

Antes de pensar en una respuesta ingeniosa y justo mientras asimilaba la imagen de varias focas siendo devoradas por sus amigos, Max vio caer en picado a uno de los

búhos. Había recibido una pedrada, lanzada por Katherine, y por tanto un borrón rojo descendió en línea casi recta desde el cielo. Max lo contempló horrorizado, paralizado, sin querer ver despanzurrarse el pájaro en el suelo pero incapaz de apartar la vista.

Sin embargo, justo cuando el pájaro se acercaba al suelo, Max vio a Katherine colocada debajo, esperando con indiferencia su llegada. Katherine atrapó el búho como un jardinero una pelota con efecto. Sin dejar pasar un segundo y con el primer búho todavía en el brazo, Katherine lanzó otra piedra al aire y acertó a un segundo búho, que siguió la misma suerte que el primero: se precipitó hacia el suelo. Katherine siguió su trayectoria de vuelo y lo atrapó con sumo cuidado.

Con un búho bajo cada brazo, trotó hacia el lugar donde Max se había quedado paralizado, mirando.

—¡Aquí están! —anunció Katherine—. ¿A que son fantásticos?

Max no sabía qué decir. Era unas aves magníficas, de plumaje carmesí y grandes alas color caoba, pero se las veía desorientadas y perjudicadas tras haber sido derribadas por las pedradas de Katherine. Sus pupilas giraban igual que carruseles diminutos. Katherine, como si leyera la mente de Max, lo tranquilizó.

—No sienten nada. Tienen huesos y alas y todo lo demás preparado para, eh, bueno, para que no noten las pedradas que les lanzamos. —Cogió los pájaros por las garras y los colgó bocabajo—. ¿Ves? No están heridos. En realidad, les encanta.

Max no tenía claro que colgarlos bocabajo lo demostrara, pero estaba demasiado desconcertado para discutir y, además, ¿qué sabía él sobre la salud y el bienestar de los búhos marinos?

—Sentémonos a descansar un momento —dijo Katherine, dejándose caer sobre una duna alta.

Max quería regresar al fuerte para colaborar en la construcción y, en general, para supervisar las obras, pero Katherine no tenía prisa.

—Oye, Max, ¿te gusta que te lleven?

Max no tenía idea de lo que significaba la pregunta, pero bien pensado, sonaba divertido. Se había divertido cuando todos lo habían llevado a hombros durante el desfile.

—Sí —contestó.

—Sí. ¡Y a mí! ¡Nos parecemos mucho! —exclamó Katherine, recogiendo el pelo detrás de la oreja, entusiasmada—. Pero una vez tuve un mono de carga —explicó gesticulando como si aguantara a un bebé—. Se lo conseguí a Carol para que no tuviera que ir a pie hasta el estudio. Está muy lejos y no quería que se cansara antes de llegar. Y a todo el mundo le gusta que lo lleven, ¿no?

—Sí.

—Vale, pues bien —continuó Katherine—, le di el mono y luego, cuando cargó con Carol, me reí y le dije que me sorprendía que el mono fuera tan fuerte. Pero Carol se ofendió porque pensó que estaba llamándole gordo o algo así. ¡Pero era broma!

Así que me dijo: «Bueno, visto que soy tan gordo debería comerme al mono». Y ¿sabes lo que hizo? ¡Se comió al mono de carga! ¿Te lo puedes creer?

Max no se lo podía creer.

—No sé —añadió ella, moviendo la cabeza—. Carol consigue que piense que no sé hacer nada bien.

Siguieron sentados un rato, mientras Max intentaba ordenar todo lo que acababa de escuchar.

—Perdona que te cargue con mis asuntos —dijo Katherine, y luego se alegró—. Oye, pidamos un deseo.

Con un único movimiento sordo de su zarpa, arrancó una capa de duna. Max se arrodilló a su lado y observó. A escasos centímetros de la superficie, la lava fluía igual que en la cima de la colina, lanzando destellos rojos y resbalando ladera abajo por el subsuelo, muy lentamente. Un puñado de llamas saltó a la arena. Max retrocedió. Katherine se rió.

Katherine cogió un guijarro celeste y se lo entregó a Max.

—Piensa un deseo.

Max cerró los ojos con fuerza, luego asintió.

—Vale, ahora tira el guijarro dentro —dijo ella.

Max tiró el guijarro y miró cómo se sumergía rápidamente con una pequeña chispa.

Katherine cerró los ojos y pidió un deseo antes de tirar una piedra. Volvió a cubrir la zanja, reemplazando la arena que había retirado y aplastándola con el pie.

—¿Sabes qué deseo he pedido? —preguntó Katherine—. He pedido que seas siempre el rey. ¿Es lo mismo que has pedido tú?

Max asintió, pero algo le rondaba la cabeza y no conseguía olvidarlo.

—Espera —pidió el niño—. ¿Se comió el mono de carga?

—Uy, sí —confirmó Katherine asintiendo vigorosamente—. Se ha comido casi todos los regalos que le he hecho.

—¿Cómo de grande era el mono?

—Bueno, pues como un mono de carga normal —respondió ella, levantando la mano hasta la altura exacta de Max—. Y fue muy de repente.

Al ver la impresión de Max, a Katherine se le iluminó la cara.

—Vaya, menuda aguafiestas, ¿eh? No te preocupes. No era para nada mi intención. Regresemos.

Esa noche, mientras el fuerte encaraba la fase final, las bestias cenaron juntas de nuevo, esta vez atiborrándose de los enormes pies planos de un animal que Max ni siquiera había visto intacto y del que no quería devorar nada. Después todas cayeron redondas de agotamiento y glotonería, dispuestas en una cadena de extremidades y torsos alrededor de la hoguera, cada vez más débil.

Todo el mundo se durmió enseguida, menos Max, que se quedó despierto pensando en monos devorados de un mordisco. Desde esa mañana con Katherine apenas había pensado en otra cosa. Aunque la tarde había estado plagada de éxitos — se ensamblaron las paredes, se construyeron las escaleras de mano, se terminó y cubrió el sótano, se excavaron túneles en todas las direcciones para poder escapar de cualquier calamidad—, le afligía la idea de que se lo pudieran comer tan fácilmente como a un mono de carga y, además, en cualquier momento.

¿Haría Carol algo semejante? Max había entrevisto destellos de su ira, se había sorprendido cuando le entraban ganas de matar de verdad a los enemigos del campo de batalla de mentira. Una cosa era temer que lo devoraran el resto de las bestias, porque Max siempre había contado con la protección de Carol. Pero si el propio Carol decidía comérselo, devorarle cabeza, brazos y piernas, ¿quién le detendría?

Max llevaba tanto tiempo entre criaturas muchísimo más grandes que él que, en cierto modo, debía temer por su vida más o menos todo el rato. Era solo cuestión de proporciones, en realidad. No se trataba de que siempre quisieran hacerle daño — aunque habían amenazado con comérselo en numerosas ocasiones—, sino que también, por error o por descuido, habían estado a punto de lisiarlo o matarlo media docena de veces. Habían estado a punto de tirarlo por un acantilado, lo habían acribillado con búfalos pelones y casi lo habían aplastado con bestias-roca rodantes.

Podía dedicar mucho tiempo, ahora o en el futuro, a tratar de adivinar lo que las motivaba: por qué hacían ciertas cosas que él desearía que no hicieran y no hacían otras que quisiera que hicieran. A menudo se encontraba a las criaturas ocupadas en quehaceres desconcertantes: por ejemplo, Max corría por el bosque en busca de algo que hacer y de pronto veía la espalda de Judith y a Ira de costado. Y luego veía la mano de Ira dentro de la oreja de Judith y el pie izquierdo de esta tamborileando nerviosamente y a las dos criaturas tarareando con fuerza. «Oh, hola, Rey», le saludaban, e inmediatamente Ira retiraba la mano de la oreja de Judith y paraban de tararear y tamborilear. Más de una vez se había encontrado a Douglas sentado a solas cerca de los acantilados calcáreos, gimiendo y meciéndose y, una vez, hasta golpeándose la cabeza.

Y mientras cavilaba sobre todo esto, oyó raspar algo por donde estaba Carol. Max miró en su dirección y se lo encontró presa de un sueño inquieto. Carol arañaba el suelo con las garras, abriendo profundos surcos en la tierra. Max le observó gimotear, gruñir y mostrar amenazadoramente los dientes, todo ello en sueños. De pronto, en

plena pesadilla, Carol se abalanzó sobre Max y le plantó las zarpas a escasos centímetros de la cara. Max ahogó un grito y reculó. Retrocedió al estilo cangrejo hasta refugiarse dentro de Katherine, que murmuró una bienvenida. Mientras Max se acurrucaba más adentro, Carol continuó arañando y rugiendo y el niño permaneció vigilante, con los ojos bien abiertos, desde las sombras.

El cielo matinal se veía bajo y del color del papel. Max estaba dentro del fuerte, midiéndolo a pasos y esbozando en el suelo. Carol se le acercó y enseguida se fijó en las anotaciones de Max.

—¿Qué es eso?

Max no esperaba tener que exponerle a Carol su idea tan pronto. Sabía que podía preocuparle, pero no había marcha atrás y no quería mentir.

—Bien... —dijo Max—. Estaba pensando que necesitamos incorporar... un lugar donde el rey pueda ocultarse. Una especie de cámara secreta para el rey.

Carol echó un vistazo al fuerte, ladeando la cabeza.

—¿Una qué secreta? No te entiendo.

—Bueno —contestó Max, adoptando el aire de un experimentado arquitecto de castillos y reinos—, todos los reinos tienen un lugar especial para el rey, con una puerta y una llave... Un lugar pequeñito. —Max señaló un espacio justo de su tamaño.

—¿En el que solo quepas tú? —preguntó Carol, como si la idea fuera una ridiculez.

—Exacto, el rey necesita pasar cierto tiempo a solas, en un rinconcito... Todos los reyes tienen algo así. Es... Es donde se les ocurren los mejores planes para mejorarlo todo para todos.

Carol lo meditó un segundo.

—Un rinconcito... Vale, vale. Interesante. Pero nosotros, ¿cómo entraríamos?

—Bueno, pues os invitaría a entrar.

—Pero la puerta que has dibujado es demasiado pequeña.

A medida que Carol comenzaba a comprender las implicaciones de la puerta secreta, su expresión se ensombrecía.

—No sé —dijo, estudiando el fuerte—. No me lo había imaginado con puertas secretas. Las puertas secretas no quedan bien en este fuerte.

—Pero es mi fuerte, ¿no? O sea, el rey soy yo, ¿no?

—Sí, por supuesto —admitió Carol, deprimido—. Necesito unos momentos para hacerme a la idea. —Dio la espalda a la puerta y luego se giró otra vez—. Y nos dejarás entrar... —Lo pensó más, mirando fijamente la pared como si pudiera atravesarla con la vista—. ¿Y si hacemos un lugar grande con una puerta secreta?

—No, no. No se hace así —insistió Max—. Debería...

Carol abrió un agujero en la pared de un puñetazo.

—¿Así de grande? —preguntó, indignado.

—Sí.

—Bien.

Carol salió del fuerte con los hombros tensados por la rabia y se encontró con Douglas.

—Oye, Douglas, vamos a necesitar una sala nueva aquí en medio, una sala pequeña con una puerta secreta. La puerta principal se queda como estaba, pero la de dentro será secreta.

Douglas estudió la estructura un momento. No le gustaba tener que rehacer su trabajo y sabía que la directiva de Max tampoco agradaba a Carol.

Con un suspiro, Douglas anunció a todos:

—A ver, todo el mundo: aquí en medio va una salita pequeña y la puerta... ¡tiene que ser secreta!

Un murmullo confuso recorrió el solar. Douglas repitió la directiva, esta vez en voz más alta: —¡La puerta será secreta! ¡La puerta será secreta!

Pst. Ven aquí —dijo una voz. Max se giró y vio a Judith.

Se acercó a la criatura, que acaba de asomar por un agujero del suelo: el túnel del falso árbol. Ira estaba a su lado, mordisqueándole el brazo en silencio.

—Puertas secretas, ¿eh? —dijo Judith, inclinando la cabeza y entrecerrando los ojos—. Verás, he estado observándote. Ayer mismo pensaba que nos habías salvado a todos, pero ahora me doy cuenta de lo que pasa. Y, la verdad, resulta muy interesante verte en faena.

Judith le miró fijamente sin prestar la más mínima atención a Ira, que le roía el brazo cada vez con mayor intensidad. Max no sabía de qué le estaban hablando.

—Estás hecho todo un manipulador, ¿lo sabías? —dijo Judith—. ¿Comprendes la palabra?

—Sí —contestó Max, aunque no era cierto.

—No, no la comprendes. Se refiere a la habilidad para dar con el momento oportuno y la forma idónea para conseguir que alguien haga lo que tú quieras.

—Yo no he hecho eso —espetó Max.

—Pues mira cómo has hecho que se sienta Carol. ¿Solo porque tienes miedo de que se te coma necesitas una cámara secreta? Es de locos. ¿Sabes qué? Si Carol te importa algo y quiere comerte, debería poder hacerlo. Aclara tus prioridades, Rey. — Se oyó un ruido de dientes contra ligamentos, igual que el de un chicle al partirse. Judith se volvió a Ira—: Basta.

Después se dirigió a Max.

—¿Te he ofendido, Max? Si te he ofendido, lo siento. A la gente no siempre le gusto porque digo lo que pienso. Digo la verdad, pero lo hago por el bien de todos. Y la verdad es que, si esta pequeña maniobra tuya de la puerta secreta sirve para lo que yo pienso, tal vez haya otros que quieran comerte. Hasta es posible que yo misma tenga que hacerlo.

—¡No, no, no! —gritaba una voz desde el fuerte.

Era Carol. Estaba de rodillas, con la oreja pegada al suelo.

—Alto, alto, alto. ¿Qué es eso? No está bien.

Douglas estaba cerca.

—¿Qué es?

—Es malo —susurró Carol.

—¿Es la cháchara? —preguntó Douglas.

—Un montón de cháchara.

Ira y Judith corrieron a reunirse con ellos.

—¿Y los susurros? —preguntó Judith.

—Sí. Oigo un montón de susurros —confirmó Carol, levantando la cabeza y mirándolos a todos con expresión grave—. Me temo que nos han alcanzado, incluso dentro de estas paredes tan altas.

Alexander estaba hiperventilándose.

—¿Qué quieres decir? ¿Aquí no estaremos a salvo?

—No estoy seguro —contestó Carol—. Pero está claro que algo falla en el diseño del fuerte. —Se volvió a mirar a Max—. Algo está muy mal. Ya sabía yo que no debían incluirse puertas secretas. ¡Arrrgh!

Carol rodeó los muros en tropel. Lanzó una mirada de odio incontrolado a la puerta secreta.

Max se había arrodillado y escuchaba tratando de distinguir lo que Carol había oído. Max no oía nada en absoluto.

—Aquí no se oye ninguna cháchara —dijo Max—. Dentro del fuerte, no. Es demasiado grande y poderoso para preocuparnos por cosas así.

Carol le miró con una expresión que transmitía decepción en una docena de variantes. Empezó a marcar muros y vigas con las garras.

—Tendremos que empezar de cero —anunció.

—Pero el fuerte todavía no está acabado —se quejó Max—. ¿No deberíamos esperar...?

Carol le cortó.

—Max. Ahora mismo no me apetece oír tu voz. Necesitamos rehacer el fuerte. Tenemos que derribar todas estas partes y empezar de nuevo. Necesitaremos un foso. Y paredes más altas. Y un muro exterior. No sé en qué estaba pensando. Tal y como estaba diseñado, nunca nos habría protegido de nada.

El mal humor se contagió a todos.

Cayó la noche y Max sintió miedo. Las criaturas actuaban de un modo extraño. Alexander lloraba tan fuerte que hipaba. Judith estaba en un rincón, comiendo gatitos a puñados mientras Ira le roía la pierna.

—Ven conmigo, Max —dijo Katherine.

Katherine esperaba en un rincón silencioso y oscuro del fuerte. Max se acercó a ella y dejó que le abrazara. Pero justo cuando empezaba a sentirse a salvo y a quedarse dormido, miró fuera y vio que Carol los miraba atentamente. Carol entrecerró los ojos y siguió arañando las paredes del fuerte, marcándolas para la destrucción.

La voz de Carol atronó en la oscuridad.

—¡Arriba! ¡Despertad! ¡Salid! ¡Afuera todo el mundo! ¡Ya!

Todos se despertaron, desorientados, y salieron al exterior. Estaban en plena noche. Carol miraba fijamente el cielo.

—¡Mirad! —rugió—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué ocurre? —preguntó Douglas.

—¿Dónde está? ¡Debería estar ahí! —bramó Carol.

Todos los demás se contuvieron, les pareció mejor que Douglas se ocupara del asunto.

—¿A qué te refieres, Carol? —preguntó Douglas en tono comedido—. Yo... Bueno, diría que todavía es de noche.

—No, señor —repuso Carol, muy serio—. No he dormido. He pasado toda la noche en vela contando las horas. Es por la mañana, Douglas.

Ira ahogó un grito.

—Pero está oscuro —apuntó.

—Exacto —dijo Carol, señalando a Ira como si fuera el único cuerdo de todos los presentes.

Entonces Douglas miró al cielo como si comenzara a comprender lo que quería decir Carol.

—A lo mejor solo llega tarde.

—No seas burro —le riñó Carol—. ¡Nunca se retrasa! —Miró entonces a Max—. ¡Ha muerto!

Max intentó protestar.

—¡No! Eso no pasará hasta dentro de muchísimo tiempo.

Judith se encaró al niño:

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Le dije que...

—¿Le dijiste que el sol iba a morir? —preguntó Judit, enfurecida—. ¿Qué te dije yo acerca de andar contándole cosas que le preocupen? Y ¿por qué no nos lo contaste a los demás?

Alexander corrió hacia Judith y se escondió entre sus piernas.

—El sol no puede morir, ¿verdad?

—Pues claro que puede morirse —dijo Carol—. ¡Acaba de hacerlo!

Ira se tapó la boca con las manos.

—Ay, Dios mío. El vacío. Está aquí de verdad.

Todas las bestias clavaron la vista en el punto del cielo donde se suponía que debía estar el sol. No había nada, solo oscuridad.

Ahora Max sí que estaba preocupado. Aunque sabía de corazón que el sol no moriría en varios millones de años, no podía ser, empezaba a creer que quizá Carol

estuviera en lo cierto y, efectivamente, el sol hubiera fallecido hacía unas horas. Quizá las cosas en la isla fueran diferentes.

—Tenemos que pensar en una forma nueva de vivir —dijo Carol—. Y lo primero de todo, tenemos que deshacernos de este fuerte.

—¿Qué? —preguntó Max.

Carol no le hizo caso.

—Douglas, empieza a derribarlo.

—¿Qué tiene de malo? —quiso saber Douglas.

—¡Todo! —contestó Carol y tiró una de las paredes interiores de una patada—. Este fuerte estaba pensado para que no ocurrieran estas cosas. Y ahora han ocurrido. Por tanto es un fracaso y quiero derribarlo por completo.

—Por favor —pidió Douglas—. Otra vez no. Espera...

Carol tiró otra pared.

—Que espere ¿a qué? ¿A que crezca otro sol en el cielo? Este fuerte solo sirve para recordarnos nuestros fracasos.

—Cálmate, Carol —insistió Douglas, apoyando una mano en el hombro de su compañero.

Carol se la sacó de encima.

—No intentes tranquilizarme. Es el fin del mundo ¿y quieres mantener la calma? Sabía que no podía confiar en ti.

Carol corrió contra uno de los pilares de tronco que sostenían el techo. El tronco se partió y mandó la mitad de la cubierta al suelo. Casi aplasta a Alexander, que rompió a llorar y temblar.

—Ya está otra vez —dijo Douglas.

Carol no le hizo caso y se volvió al resto de bestias.

—Tenemos que derribar el fuerte. Vamos. Ahora mismo. Aquí nadie está a salvo.

—No, contigo cerca, seguro que no —puntualizó Douglas, cerrándole el paso.

Carol le siguió, encolerizado.

—¿Qué significa eso? ¿Que soy peligroso? ¿Que doy miedo? ¡Ira, a derribar!

Douglas cambió de opinión:

—Como quieras, de todas maneras acabarás por derribarlo. ¡Quémalo todo!

—¡Cállate! —chilló Carol.

—¡Cómete a todos! —le dijo entre dientes.

—¡Pues quizá lo haga! —gritó Carol, y agarró a Douglas del brazo y lo apartó.

Pero Carol intentó algo más con éxito: le arrancó el brazo. Se lo descoyuntó y lo sostuvo en alto como si hubiera agarrado algo podrido y repugnante.

Douglas se quedó de pie mientras de su hombro manaba arena mojada. Se aplicó presión en el agujero con la otra mano, pero la arena se le escurría entre los dedos.

—Tu brazo ya no mola tanto, ¿eh, Douglas? —dijo Carol, y tiró el brazo como si no fuera nada.

Douglas se marchó sin mediar palabra y Katherine le siguió, tratando de contener

la hemorragia de arena. Max se quedó de pie en el umbral del fuerte, con los ojos clavados en Carol. La bestia parecía asustada, consciente de que nunca podría reparar lo que acaba de hacer en presencia de Max. Dio media vuelta y se encaminó al bosque.

Justo entonces, la primera luz del día rasgó la oscuridad como un cuchillo que separara el cielo de la tierra. El sol, con aspecto de gominola blanca, rompió el horizonte y los pájaros empezaron a chismorrear en los árboles.

Max entró en las ruinas del fuerte con Judith, Ira, el Toro y Alexander pisándole los talones.

—Entonces, ¿qué? —dijo Alexander—. ¿El sol no ha muerto? ¿Es el mismo de antes?

—Sí, es el mismo sol —espetó Judith, lanzando una intensa mirada a Max—. ¡Solo era de noche! —Corrió hecha una furia hacia Max—. Desde luego desde que has llegado tú esto es un caos. Nos has dado un susto de muerte porque ¡le hiciste creer a Carol que el sol moriría!

Alexander, escondido detrás de Judith, añadió su propia invectiva: —Douglas ha perdido un brazo porque tú querías un fuerte. ¡Menuda idea!

—¡Lo sé! —dijo Max.

—¡Vaya, que tienes un montón de malas ideas!

—¡LO SÉ!

Judith se irguió sobre él.

—Tengo hambre. ¿Tú no, Ira?

Ira, incluso Ira, miró a Max entornando los ojos.

—Más o menos. Sí.

—No, no tienes hambre —repuso Max, manteniéndose firme—. Nadie tiene hambre.

Judith le miró como si fuera una uva que hubiera aprendido a hablar.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Yo soy el rey.

Alexander se mofó.

—¿El rey? No eres más que un niño que finge ser un lobo que finge ser rey.

Max le fulminó con la mirada. Nunca había odiado una cara más de lo que odiaba la de Alexander.

—¡No finjo ser el rey!

Alexander puso los ojos en blanco.

—Pues entonces es que no eres un buen rey.

—¡Sí que lo soy! —gritó Max.

—¡Ni siquiera sabes quién eres!

Max embistió. Empujó a Alexander contra la pared del fuerte. Alexander se golpeó la cabeza con fuerza y cayó al suelo. Max saltó encima de él y empezó a darle puñetazos. Nunca había pegado a nadie tantas veces ni tan fuerte. Era agradable, le gustaba la sensación de los nudillos contra la cara áspera de Alexander mientras este intentaba parar los golpes con los brazos. Max pegó y pegó hasta que se le cansaron los brazos y se le pelaron los nudillos. Pegó hasta que Alexander dejó de chillar y gritar y se ovilló con fuerza, a la espera del final.

Cuando Max terminó y se incorporó, las bestias le miraban con lo que parecía un

nuevo respeto.

—Me ha gustado —dijo Judith, y estalló en un gorgojeo de risas.

—Y a mí —dijo Ira.

Max estaba aturdido. No podía mirar a las bestias. No quería estar cerca de ellas ni de nadie. Necesitaba alejarse un tiempo. Si hubiese podido abandonar su propio pellejo, lo habría hecho.

Salió del fuerte y vagó en dirección al sol, que se cernía bajo por encima del agua como una madre vigilando a sus hijos.

Max pasó unas horas en la playa, pensando en lo que podía y no podía hacer, y en lo que tenía que hacer. El sol estaba alto cuando decidió regresar al fuerte.

Encontró a las bestias acurrucadas en diversas partes del fuerte en ruinas, echando una cabezadita después de pasar la noche en vela. Douglas también estaba, con la cabeza apoyada en la barriga de Judith y el brazo de Ira colgando encima del suyo como para evitar que se viera la herida. El Toro dormía con el lomo en el suelo y las extremidades despatarradas a placer.

Max vio otra figura en un rincón oscuro y alejado del fuerte. Se acercó y encontró a Alexander sentado en la cámara del rey detrás de la puerta secreta, que había dejado abierta.

Max se sentó frente a la puerta.

—¿Quieres que me vaya? —susurró Alexander.

—No.

Max miró atentamente a Alexander y por fin comprendió que tenían más cosas en común que diferencias. El tamaño, el pelaje: eran versiones distintas de la misma criatura pequeña y esforzada. Pensó en apoyar la mano en la espalda de Alexander, pero cuando levantó el brazo, la bestia se encogió. La herida estaba abierta, le faltaba pelo y tenía la piel enrojecida y magullada.

—¿Te lo he hecho yo? —preguntó Max.

—Sí.

Max se quedó mirando la herida un rato, luego se arrodilló junto a Alexander.

—¿Te duele? —preguntó, confiando en una respuesta negativa.

—Un poco, sí —respondió Alexander, estremeciéndose.

Max cogió la cola del disfraz de lobo con una mano, la lamió y la usó para limpiar la herida.

Alexander sonrió.

—Mucho mejor. Gracias.

—Ahora tengo que marcharme, tengo que ir a otro sitio.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Destrozo cualquier lugar al que voy. También este. Yo... No quería que el brazo de Douglas... bueno...

No pudo decirlo.

—No se lo has arrancado tú —dijo Alexander—. Ha sido Carol.

—Pero yo quería tener un fuerte. Y le dije a Carol que el sol moriría. Y quise una puerta secreta...

Alexander le miró como si estuviera loco.

—¿De veras crees que te has cargado la isla? ¿Tan poderoso te crees? ¿Te crees la razón de la felicidad o tristeza de los demás?

Max quería contestar que no, pero era exactamente lo que creía.

—Pero te he pegado. De eso no hay duda.

Max terminó de limpiar la herida y soltó la cola.

—Por eso tengo que irme. No quiero volver a hacer una cosa así nunca más.

—Pues puede que la hagas.

—Pero no quiero.

—Pero podrías. Dondequiera que vayas.

—Pero no quiero.

Alexander apenas dejó una pausa. Optó, en cambio, por sonreír como si Max estuviera particularmente espeso.

—Pero podrías.

Permanecieron sentados en silencio, contemplando dormir al resto de las criaturas. Dormidas, las bestias gigantes parecían niños pequeños, resultaban casi bonitas y, al mismo tiempo, patéticas, trágicas, sofocadas por todo el peso que cargaban con ellas, mucho mayor de lo que Max o Alexander podían saber.

—Con todo lo que han hecho, con todo lo que han devorado y todo lo que han dicho... —Alexander se rió.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Bueno, me asombra que sean capaces de dormir.

Max necesitaba ver a Carol. Solo se le ocurría un sitio donde podía estar, ahora que el sol viviría un día más.

Max cruzó la isla corriendo por entre los bosques y los campos de lava y las grandes rocas de la playa. Distinguía el gran estudio de Carol en lo alto de los acantilados, pero no había rocas que le ayudaran a trepar hasta allí. Max y Carol las habían lanzado todas al mar.

Max regresó al campo de lava y se aproximó al estudio desde arriba. Era una ruta más difícil que la de las rocas y se sentía fatal por haber complicado el acceso. Cuando viera a Carol se disculparía, por eso y por otras muchas cosas.

Al entrar en el estudio, Carol no estaba. Pero había estado allí hacía poco. Habían arrasado la miniciudad. Quedaban restos desperdigados, vidrios y metales por todos lados, como si Carol la hubiera destrozado en un ataque de ira. Los peces yacían en el suelo, un par de ellos todavía respiraban, lentamente, y entonces Max comprendió que Carol había llevado a la práctica su idea y había construido una ciudad subacuática, con su línea de trenes submarinos. Ver todo el trabajo de Carol aplastado y machacado le daba arcadas.

Sabía que tenía que dar con Carol. Dio media vuelta y regresó corriendo por el campo de lava y el bosque en dirección al fuerte. Pero al acercarse vio una oscura espiral de humo elevándose desde el solar. Aceleró y, cuando llegó al borde de la cantera desde donde había supervisado el avance de las obras con Carol, vio que el fuerte estaba ardiendo, estaba envuelto en llamas, todo naranja y tembloroso. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. En lo alto, los búhos volaban en círculo y graznaban con fuerza.

—¿Es lo que querías?

Era Carol. Se había plantado frente a Max. Su rostro era un nubarrón de ira, su pelo se teñía del naranja del incendio que tenía detrás.

Max retrocedió.

—No. Yo no quería eso. ¿Qué ha ocurrido?

Carol se encogió los hombros con gesto teatral.

—¿Quién sabe? Puede que yo lo sepa, pero tal vez no te lo diga. Igual que tú no me has dicho que pensabas irte de la isla. ¿Te vas de verdad?

Max asintió.

Carol suavizó la expresión.

—No te vayas —pidió en voz queda.

—Tengo que irme.

Carol se giró rápidamente, como sofocando el impulso de embestir a Max. Volvió a girarse hacia él, esforzándose por aparentar jovialidad.

—De acuerdo. Pero ¿te acercarías un momento y volverías a meter la cabeza en mi boca?

Max siguió retrocediendo.

—No, Carol. Ahora no me apetece. —Se había propuesto poner mayor distancia entre Carol y él.

Carol respiraba profundamente por la nariz. Retorcía el rostro, congestionándolo. Dejó escapar un gruñido desde muy hondo. Recobró la compostura y dijo sin alterarse: —Eres un fracaso de rey, Max.

Carol se acercó al niño, mostrándole los dientes.

—Mira el fuerte: ¡arruinado, incendiado! ¿Eso querías? ¡Mira lo que has hecho!

Max se mantuvo firme.

—Yo no he incendiado el fuerte.

—¿Qué? ¿Crees que ha sido culpa mía? ¿Es culpa mía que seas tan hiriente? — Carol tenía mirada de loco—. ¿Es culpa mía que este sitio esté destrozado?

Max no dijo nada. Retrocedió unos pasos. Carol respondió a cada paso atrás del niño dando uno adelante.

—¡Contéstame! —chilló la bestia.

—Culpa mía no es —repuso Max, y se estremeció.

—¿Qué? ¿Es culpa mía que pegaras a Alexander? ¿Es culpa mía que te marches? ¿Que no te sientas a salvo en la isla? ¿Tan malo soy? ¿Tan terrible? ¿Es culpa mía que tu reinado sea un fracaso?

Max planeó la huida. Miró a izquierda y derecha.

—¿Es culpa mía que tenga que comerte? —rugió Carol, alzando los brazos. Sus garras destellaron a la luz de las llamas.

Max dio media vuelta.

Carol le embistió. Max cayó de cuatro patas. Carol erró la embestida. Max salió rodando del sendero y echó a correr por el bosque. Cruzó como el rayo un claro pequeño y bajo en la densa espesura, demasiado pequeño para Carol, y así le sacó cierta ventaja. Max corrió por los bosques serpenteantes, con los rugidos y las zancadas de Carol pisándole los talones. Mientras corría tenía que ir saltando troncos y rocas y agachándose debajo de las ramas bajas al tiempo que oía a Carol, justo detrás de él, abriéndose paso como una apisonadora. Max oía su respiración, áspera y salvaje. Estaba ganándole terreno.

—¡Ven aquí! —dijo una voz que no era de Carol.

Era Katherine, de pie en el hueco de un árbol. Agarró a Max del brazo y lo sacó del sendero de un tirón. Se lo cargó a la espalda y correteó árbol arriba.

Carol pasó de largo corriendo y rugiendo enfurecidamente. No quedaba nada del Carol de antes. Ahora era todo rabia, acaloramiento y gruñidos, con los ojos apagados y asesinos de un tiburón.

Katherine llegó a la copa del árbol en unos segundos y Max miró alrededor, a las montañas y las playas de la isla. Se sintió a salvo momentáneamente, pero luego el árbol empezó a moverse. Carol estaba trepando por él, los perseguía.

—¡Entra! —susurró Katherine.

—¿Qué?

Katherine tenía la boca abierta e intentaba empujar dentro a Max.

—¡Entra!

—No quiero...

Las sacudidas del árbol se volvían más violentas a medida que Carol se acercaba. Max no tenía opción. Metió los brazos en la boca de Katherine de modo no muy distinto a como había hecho al ayudar a Carol la primera noche. De inmediato Katherine empujó a Max hacia dentro y se lo tragó. Max chilló y desapareció dentro del blando estómago de Katherine.

Igual que si lo hubieran tirado en una bolsa de tela llena de comida mojada. La textura del estómago era mohosa y carnosa, una mezcla entre comida podrida y ácido estomacal. Estaba oscuro y el ambiente era sofocante, solo entraba una fugaz pizca de aire o luz cuando Katherine abría la boca.

Carol atronó muy cerca y enseguida subió a la plataforma y se cernió sobre Katherine. Max la notó echarse hacia atrás e intentar mantener el equilibrio.

—¿Dónde está? —rugió Carol.

Max intentó respirar lo más bajito posible.

—¿Dónde está quién? —preguntó Katherine.

—No empeores las cosas —bramó Carol, todavía más fuerte—. ¿Dónde está, Katherine?

—¡No lo sé! —gritó ella, desafiante.

—¿Quieres que te coma a ti también?

—¡Adelante!

Carol la empujó con una brutal sacudida de la plataforma y Max notó que había saltado fuera. Pero justo cuando el niño empezaba a sentirse aliviado, llegó una explosión de gritos y movimientos. Carol había regresado y la plataforma crujía y chirriaba bajo tanta presión.

—¡Dámelo! —chilló Carol.

—¡No está aquí! —dijo Katherine, apretando los dientes.

—Un momento —susurró él—. Le huelo.


Max oía a Carol justo del otro lado de la fina pared de piel y pelos que los separaba.

—¡Te huele el aliento a él!

La enorme zarpaza de Carol se sumergió en el estómago de Katherine tratando de atrapar a Max. Max la esquivaba de un lado a otro de la barriga de Katherine. Entonces el niño notó algo tenso y ascendente y, de pronto, con un enorme gruñido de dolor, la mano de Carol desapareció. Por lo visto Katherine le había golpeado con todas sus fuerzas y Carol se había caído de la copa del árbol, desde una altura que fácilmente alcanzaría los sesenta metros. Max oyó el crujir de ramas que acompañó el descenso de Carol, que intentaba frenar la caída. Por último se oyó un golpetazo y un gruñido grave.

—Espera —le dijo Katherine a Max, y el niño notó que la bestia saltaba de una plataforma a otra.

Y luego a otra. Katherine saltó alto y lejos una y otra vez hasta que Max estuvo seguro de que habían cruzado la isla para ponerse a salvo.


 uando se detuvieron, Max detectó el tenue olor del agua salada del mar. Katherine, con el niño en su barriga, había escapado a su playa. Max se sentía aliviado y cansado y solo quería salir y zarpar.

—¿Se ha ido? —preguntó Max.

—Se ha ido —contestó Katherine—. Estamos a salvo.

Max estaba aturdido y le faltaba el aliento.

—Aquí dentro cuesta respirar. ¿Me puedes sacar?

Katherine no dijo nada.

—¿Katherine? —dijo Max, más alto.

No obtuvo respuesta.

—¡Katherine! —chilló, aporreando las paredes del estómago.

Empezó a intentar trepar por el interior de Katherine, pero resbalaba demasiado. No tenía donde agarrarse.

—¿Katherine? —preguntó.

Por fin ella contestó.

—¿Qué pasa, cielo?

—¿Qué estás haciendo? Necesito salir.

Max no oyó nada.

—¿Katherine?

No hubo respuesta.

—¿Katherine? ¿Dónde estás?

—Aquí dentro estás a salvo —dijo ella—. Yo te protegeré.

—¿Qué?

—¿No te gusta estar aquí?

—No. Déjame salir.

Katherine dejó otra pausa larga antes de volver a hablar.

—Eras un mal rey. No puedo dejarte salir.

—¿Qué? No era un mal rey. Katherine, necesito salir. —Max no tenía aire y notaba palpitaciones en la cabeza—. No creo que deba estar aquí dentro. No puedo respirar.

—Sí que puedes —insistió ella—. ¿Por qué me haces esto? —preguntó, enfadada de pronto—. ¡Tú no me quieres!

—No es verdad. ¿Por qué lo dices?

—¡No lo sé! —gimió ella.

Max iba debilitándose en el interior de Katherine, respirando cada vez peor. Se sentía muy ligero.

—Max, no te vayas, por favor. Formas parte de mí.

—Tengo que irme —susurró el niño.

Siguió una pausa que pareció interminable. Max estaba entumeciéndose, notaba

un cosquilleo en los dedos y el corazón agitado.

Justo cuando empezaba a caer en algo similar al sueño, lo alzaron hacia la luz. Katherine. Se había metido un brazo por la boca y agarrado a Max por el pellejo de la nuca. Izó a Max del estómago, lo sacó al aire fresco y lo depositó con cuidado en su regazo.

El aire estaba frío y limpio y Max lo aspiró a bocanadas. El océano lucía brillante y sereno en la distancia y le atraía. Pero el niño se sentía tan débil que no lograba mantener los ojos abiertos. Mientras Katherine le acariciaba el pelo mojado, se rindió a un sueño superficial.

Al despertar vio al resto de las bestias, a todas menos Carol, delante de él. Habían desamarrado su barca y la habían dejado lista para navegar. Max se levantó del regazo de Katherine y se puso de pie, todavía algo mareado.

—De modo que te marchas —dijo Douglas. Su pierna, medio devorada por la planta, estaba verde y olía a jamón. Se había atado un palo al hombro, en sustitución del brazo que le faltaba.

Max asintió.

Douglas le tendió la mano izquierda. Max la estrechó.

—Eres el mejor pensador que hemos tenido —dijo Douglas.

Max intentó sonreír.

—Lamento todo esto —dijo Ira en voz baja—. Es culpa mía.

Max le abrazó.

—No.

Judith y Max se miraron. Ella puso cara de «¡Uy, lo siento!» y luego soltó una risa nerviosa.

—Nunca sé qué decir en estas situaciones —se excusó.

Max y Katherine empujaron la barca hacia el agua con la ayuda de Douglas. Max recordó que todavía llevaba la corona, de modo que se la quitó con sumo cuidado y se la entregó al Toro.

Ahora Max notaba la cabeza más ligera, los pensamientos más claros. Miró a las bestias tratando de memorizarlas a todas y cada una. Deseaba que Carol estuviera presente, pero al mismo tiempo sabía que las despedidas rara vez resultaban tan oportunas y cuidadas como uno desearía. Se volvió hacia la barca y el mar, mirando las olas con ojos entornados para ver los retos que le presentarían.

Cuando el casco dejó la arena y flotó en aguas tranquilas, Max se subió. De pie en la popa, se giró a abrazar a Katherine. Ella se estremeció, lloró, pero cuando se separaron se la veía bien, fuerte.

Max izó la vela y asió el timón. Estaba listo. Ira y Douglas empujaron la barca los últimos metros hasta liberarla de la playa.

Cuando la marea expulsó a Max de la orilla se oyó un gran revuelo de hojas en el bosque. Todos levantaron la vista. Dos frondas enormes se separaron y por fin apareció. Era Carol. Se abrió paso entre el follaje y corrió hacia la orilla agitando los brazos.

Max miró a Carol a los ojos y en ese preciso instante la bestia se detuvo en lo alto de las dunas, con los hombros caídos. En el rostro de Carol, Max solo vio tristeza. Ya no había ira ni necesidad, solo pena y pesar.

Mientras la vela alejaba al niño, Carol y Max no apartaron la mirada de los ojos del otro. Casi en trance, la bestia empezó a caminar hacia la orilla. Descendió las dunas y cruzó la playa con pasos tambaleantes y una angustia creciente en la mirada a

medida que iba aproximándose al mar. Pasó junto a las demás bestias y entró a trompicones en el océano, sin saber dónde estaba. Hasta que el agua no le llegó al pecho no comprendió que Max estaba demasiado lejos para alcanzarlo. En ese momento Carol pareció que iba a desmoronarse, a caerse a trozos en el mar.

Consciente de que era lo único que podía hacer, Max aulló.

El aullido sonó a perdón y, por lo visto, era lo único que Carol necesitaba. Estaba vencido, con los ojos anegados en lágrimas. Se detuvo, sumergido hasta el pecho en el océano, a punto de ahogarse. Entonces recuperó la compostura y devolvió el aullido.

—¡Auuuuuuuuuu! ¡Auuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

Los aullidos de ambos se elevaron en el cielo y se retorcieron juntos hasta formar uno solo, y las otras bestias también se sumaron a ellos y todas sus voces juntas crearon una canción quejumbrosa y salvaje de pena y abandono, de ira y amor. Aullaron juntos hasta que Max se perdió en el mar, para siempre.

Max navegó bajo la luna llena, sin tierra a la vista ni por delante ni por detrás. Puso rumbo al sur, confiando en que si viajaba en dirección contraria llegaría a casa. Pero por lo que él sabía, podía acabar en cualquier otro lugar.

Navegó durante días y noches, por tormentas y plácidas mañanas soleadas tan largas que parecía que nunca darían paso a la tarde. Y por fin, una mañana vio una oruga avanzar lentamente por el horizonte y esa oruga pronto creció hasta convertirse en una franja de tierra que se extendía de oeste a este, y esa tierra creció hasta convertirse, Max estaba seguro, en el bosque desde el que había zarpado.

Cuando por fin tocó tierra, fondeó la barca en la misma ensenada y la amarró al mismo árbol donde la había encontrado. Corrió todo lo rápido que pudo bosque a través. La nieve se había derretido y ya solo quedaban algunos focos blancos. Estaba muy cerca de casa.

Salió del bosque y llegó a la carretera, encantando de notar asfalto bajo los pies. Corrió por el vecindario, donde todas las casas estaban a oscuras menos la suya. La distinguía claramente a lo lejos y en sus ventanas todavía brillaba la luz.

Max corrió como nunca hasta que solo faltaron unas casas, entonces redujo la velocidad al trote y luego a un paseo. ¿Por qué? Max tampoco lo entendía. Quizá fuera el peso de estar de nuevo en casa. Llevaba mucho tiempo fuera. Parecían años. Y ahora había regresado y era una persona diferente. ¿Le reconocería su madre? ¿Claire? En cierto modo se sentía demasiado grande para aquella casa. Pero también capaz, de un modo nuevo, de encajar en ella.

Max entró intentando cerrar la puerta sin hacer ruido. Cruzó el vestíbulo de entrada y vio el pájaro de su clase de arte, que milagrosamente había sido reparado. Al inspeccionarlo de cerca vio que su madre lo había arreglado con extraordinaria delicadeza y cuidado. Estaba entero y como nuevo.

Al pasar por la cocina, Max vio una comida esperándole en la encimera: un cuenco de crema de champiñones, un vaso de leche y una porción de pastel. Todavía de pie, lo engulló todo con glotonería y, mientras lo hacía, vio a su madre dormida en el sofá.

Tragó la comida, se retiró la capucha de lobo y se dirigió hacia su madre. De pie a su lado, Max vio que se había quedado dormida con las gafas puestas. Tenía el pelo pegado a la sien.

Max se quedó mirándola, con la cabeza ladeada, contemplándola. Le quitó las gafas con cuidado y se las dejó en la mesilla de delante en silencio. Le rozó la cara delicadamente y le enganchó detrás de la oreja un mechón de pelo. Permaneció un rato junto a su madre, conociéndola por fin, casi conociéndola de verdad, feliz de verla descansar.

AGRADECIMIENTOS

Ni que decir tiene que este libro no habría existido sin Maurice Sendak y Spike Jonze. En 1963, Maurice publicó un libro ilustrado extraño y sin precedentes, un libro que leí de niño, que me aterró y que finalmente entendí con veintipocos años. Épocas después, Spike me llamó inesperadamente un día de 2003 para preguntarme si me gustaría colaborar en el guión de una adaptación cinematográfica que estaba haciendo del libro. Acepté y no hay forma de medir cuánto le debo por pensar en mí en lugar de, por ejemplo, un guionista experimentado.

Y así empezó el proceso. Spike expuso las bases de lo que tenía en mente: que Max era hijo de padres divorciados y algo ausentes, que tenía una hermana y que, cuando navega hacia la isla, el viaje, la isla y todos los que en ella conoce son muy reales. Spike y yo intentamos dar cuerpo a la historia a partir de esos elementos, empezando por la cuestión no de dónde viven Los Monstruos, sino de quiénes son y qué quieren de la vida y de Max.

A lo largo de los años (¿las décadas?) que estuvimos trabajando en el guión, tuve ocasión de conocer al señor Sendak, un artista y un hombre auténtico e independiente como no he conocido otro. Maurice telefoneó un día y me dijo que él y más gente habían pensado que podía escribirse una novela a partir del material acumulado y me preguntó si me gustaría encargarme de hacerla. Dije que lo intentaría y este es el resultado.

Si habéis visto la película, notaréis que la historia de la novela se ciñe mucho a ella en muchos momentos mientras que en otros se aleja del film. Cuando me senté a escribir este libro, al principio pensé que más o menos transcribiría la película. Pero durante el proceso, mientras me perdía, igual que Max, en la espesura del argumento, descubrí otros caminos de entrada y salida de la isla y, en general, añadí interpretaciones propias a la historia de Max. Al fin y al cabo el Max del libro infantil es una versión de Maurice y el Max de la película, una versión de Spike. El Max de este libro, por tanto, es una combinación del Max de Maurice, el Max de Spike y el Max de mi infancia.

Por las lecturas apasionadas y clarividentes del libro, quiero agradecer a mi mujer Vendela y mi hermano Toph; ambos comprenden a los Maxes del mundo y por ende de la infancia, de niños y niñas, y por tanto, de la humanidad. Gracias también a mis amigos Michelle Quint, Tish Scola y Adrienne Mahar por su tempranas y agudas lecturas del manuscrito; a Nick Thomson, Onnesha Roychoudhuri y Henry Jones por su revisión experta; a Vince, Natalie, Russell, KK, Eric, Sonny, John, Ren, las dos Catherines y a todos los demás lunáticos creadores de la película; a todos los editores y trabajadores de McSweeney's; a Daniel, Michael, Nick, Roddy y Neil por abrir el camino y colocar el listón (alto); a Simon Prosser y Andrew Wylie, que defendieron juntos este libro en un momento crucial; y a Mac Barnett, un gran escritor joven de libros para jóvenes. Si no habéis leído su obra, corred a por ella y hacedlo. Los libros

juveniles tienen un futuro rico y me atrevería a decir ilimitado —empujad a la cuneta a cualquiera que diga lo contrario— y Mac ocupa un lugar central en ese futuro sin límites. No os opongáis a él ni a nadie como él.



DAVE EGGERS (Boston, 1970), además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria.

Otros libros que ha publicado son *Ahora sabréis lo que es correr* (2002), la colección de cuentos *Guardianes de la intimidad* (2004), *Qué es el qué* (2006), finalista del premio del National Book Critics Circle, *Los monstruos* (2009), el libro de no ficción *Zeitoun* (2009), *Un holograma para el rey* (2012), *El Círculo* (2013) y sus memorias *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (2000). Actualmente *Héroes de la frontera* (2016) es su novela más reciente.